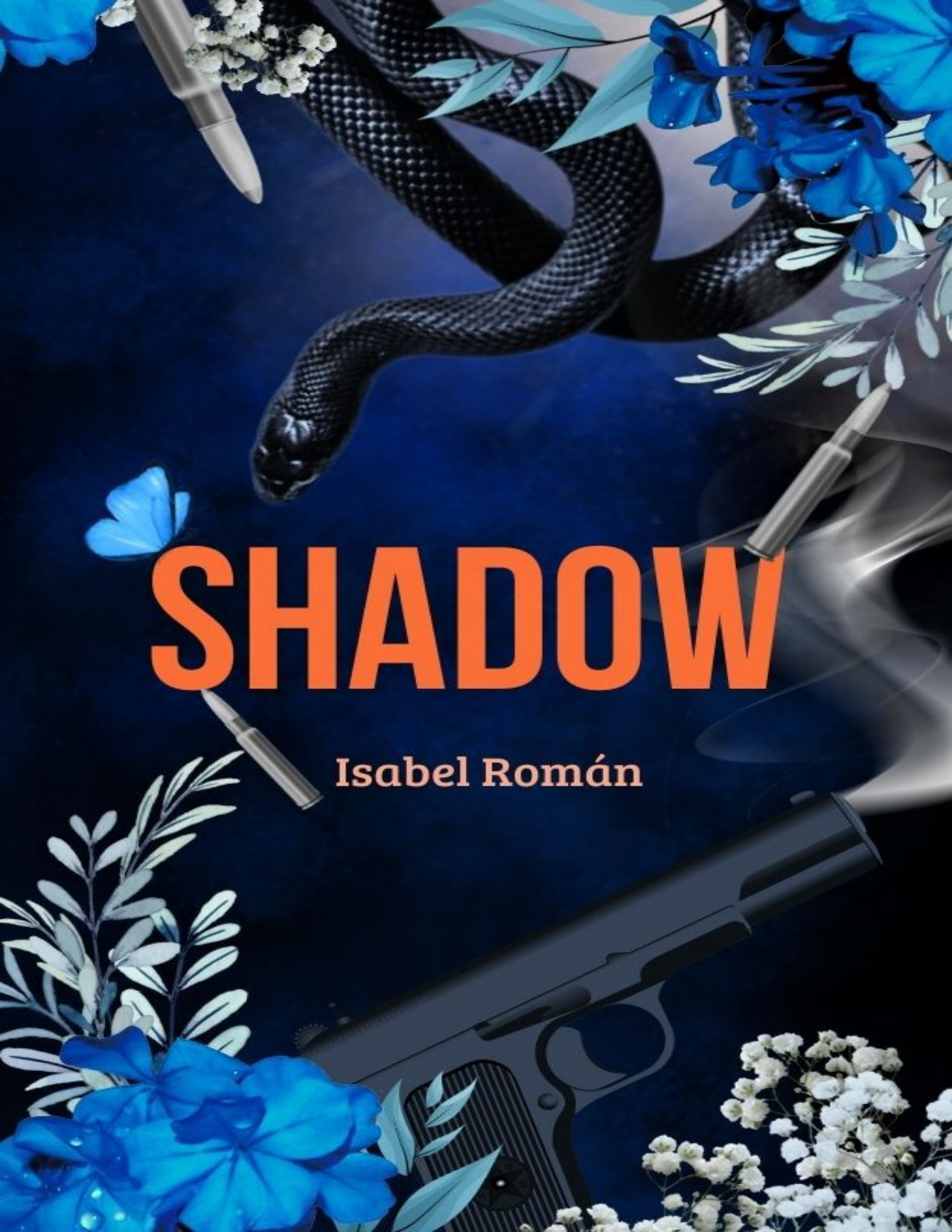

SHADOW
Isabel Román

Shadow

Isabel Román

Título: Shadow

© 2025 Isabel Román Rodríguez

© Diseño Gráfico: Isabel Román Rodríguez

© Portada: Isabel Román Rodríguez

© Corrección: Margarita Rodríguez y María Angelica

Primera edición Febrero 2025

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798243929073

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente, en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por el escritor.

A todos los que han encontrado el amor en medio de un camino de rosas y espinas.

Porque el amor no siempre es claro, dulce o sencillo; a veces duele, confunde y desarma,

Pero también ilumina, enseña y transforma.

Este es un tributo a quienes se atrevieron a sentir, aun sabiendo que podían perderse en el intento.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Agradecimientos

Capítulo 1

Shadow Praga - 6:45 AM

Praga amanecía envuelta en esa quietud que solo conocían los que mataban antes del café.
La ciudad estaba en calma, con la luz gradualmente aumentando en intensidad a medida que se acercaba la salida del sol.
Ni una brisa.
Ni una paloma.
Ni siluetas expuestas.

Deposité el estuche en el suelo de la azotea donde me hallaba. El suelo de cemento estaba erosionado por el clima y la desatención de los dueños de aquellos cines abandonados.
Centré el maletín para dejarlo perfectamente alineado frente a mí. Parecía un estuche propio de un violonchelo más que de un arma. Ciento cuarenta centímetros de precisión, sellados con doble cerradura y espuma troquelada. Por fuera, una apariencia banal y engañosa; por dentro, el corazón de un cazador profesional.

Abrí y cerré las palancas tres veces, contándolo en voz baja, como siempre. Saqué el bípode, lo ajusté y lo aseguré con el perno. Verifiqué que estaba nivelado con el rifle. La mira telescópica encajó

a la perfección en el riel, ajustada con las torretas de sujeción. Firme, sin juego, perfecta.

Miré el reloj; aún contaba con tiempo para nivelarla utilizando una brújula.
Continué con la inserción del cerrojo; abrí la recámara del rifle y lo inserté deslizando suavemente hacia abajo, lo giré y lo aseguré en su posición con un movimiento fluido y sin obstrucciones. Verifiqué que accionara bien: abrí y cerré varias veces sin munición.

Era hora de ajustar el zoom según la distancia, en mi caso 3,700 m. Usé un telémetro láser para confirmar la distancia. Todo debía estar listo con precisión milimétrica: Elevación, deriva, Parallax.
Lo cargué manualmente y me coloqué en posición de tiro.
Respiré y verifiqué todo por última vez.

No podía haber margen de error; era imperativo que todo saliera perfecto. Jamás me había permitido fallos y no sería esta la primera vez.
La torre *City Tower* se alzaba a lo lejos como una daga de cristal. Segundo piso, entrada privada. Eché un vistazo al reloj; solo quedaban unos minutos para que ese gordinflón saliera de su coche blindado rodeado de guardaespaldas. Pero esta vez no le servirían de escudo.

Ajusté la torreta de elevación +126 MOA. El viento era… ligero. El amanecer traía una brisa perezosa del noreste, 2.3 metros por segundo.
Saqué el anemómetro Kestrel del bolsillo lateral del chaleco.
El pequeño aparato vibró al activarse, iluminando su pantalla con números verdes sobre negro.
Confirmé dirección y velocidad del viento. Realicé el cálculo mental. Deriva leve a la derecha. A esa distancia, incluso una corriente tenue podía empujar la bala más de 80 centímetros fuera del eje.
Corregí la torreta de deriva: -14 clics a la izquierda.
Compensación milimétrica.

El rifle reposaba contra mi mejilla como una vieja amante. Silenciosa. Cargada. Letal.
La bala tardaría 11.3 segundos en recorrer el espacio que me separaba del objetivo. Once segundos flotando en el silencio, entre las partículas de polvo de la ciudad.

El sonido de su coche llamó poderosamente mi atención. Tras varios días observando sus rutas y rutinas, ya conocía el sonido de su Rolls-Royce Cullinan Armored negro.
El chofer estacionó y bajó del coche, seguido de sus tres guardaespaldas. Aseguraron los alrededores, o eso creían, para abrir la puerta trasera.
Lo vi. Su abrigo negro. Su arrogancia de siempre. Se bajó del coche como si la calle le perteneciera. Cuatro pasos hacia la torre y sus guardaespaldas mirando por la calle. No mirarían hacia arriba; simplemente nunca lo hacían.

Respiré hondo.
Conté tres:
Uno: el dedo se acomodó en el gatillo.
Dos: apunté.
Tres: exhalé.

Pof.
No sonó, solo lo sentí. El retroceso me saludó con respeto.
Floté con la bala, me transformé en ella y viajé por encima de las calles, los coches, los turistas que aún dormían en sus hoteles.
Cinco segundos: mi objetivo se detuvo a mirar el reloj.
Ocho segundos: uno de sus guardaespaldas le susurró algo al oído.
Once.
El proyectil se introdujo en su cráneo con una fuerza arrolladora. El hombre se paró en seco unos instantes antes de desplomarse al suelo. El cuerpo sin vida chocó con la superficie de mármol pulido.

Los guardaespaldas reaccionaron tarde, demasiado tarde. Sacaron las pistolas, pero solo quedaba el charco rojo que se extendía sobre la acera de mármol blanco.
Era hora de partir, de recoger todo con la misma perfección con la

que llegué. Para que solo el horizonte fuera testigo de mi presencia en esa azotea.

Capítulo 2

Shadow Sede de la Alianza

Caminé por la casa de la Alianza; todas las caras que encontré eran conocidas, pero me quedé con ellas igualmente. Las horas y dónde estaban localizados. Toda información era esencial para la supervivencia en ese mundo.
El cónsul me mandó llamar: otra misión, otro objetivo, otra tarea que desempeñar.

Para mí ya era rutinario. Accioné el gatillo y, unos segundos más tarde, cayó el objetivo. Había que predecir las acciones de esas personas en los segundos que les quedaban de vida. ¿Se pararían, correrían, darían media vuelta? Once segundos.

—¡3,700 metros! ¡Dios, Shadow! Si no fueras un fantasma ante la sociedad, hubieras batido el récord Guinness —dijo Armand, uno de los gemelos, dándome una palmadita en el hombro. Me frené en ese mismo instante, clavándole la mirada. Dejó caer la mano, asustado, y dio un paso atrás. Nadie debía invadir mi espacio personal, nadie.

—¿El jefe? —pregunté sin hacer caso a estupideces.

Me miró con sus ojos vacíos, en conjunto con su cerebro, y elevó el brazo para indicarme con el dedo índice que continuase recto. Pasé por delante de Armand; la peste de su colonia me siguió. Eso indicaba que había estado en algún interrogatorio para el cónsul; siempre sacaba el puto frasco y se bañaba en ese hedor cada vez que planeaba una masacre.

La puerta del despacho del cónsul no tenía nombre. Solo un marco de acero cepillado y una puerta de caoba tallada.
Nadie debía entrar sin ser llamado. Así que asentí a la secretaria y me senté a esperar. Fueron los cinco minutos más horribles. La espera era una pérdida contabilizada en segundos mientras aquella mujer no dejaba de mirarme. ¿Qué intentaba decirme al observarme con tanta insistencia? ¿Se le habría metido algo en el ojo? Pero no desvié la mirada; la estudié, intentando descifrar sus secretos, cuando la puerta se abrió y el jefe sacó la mano para indicarme que debía pasar.

Radomir Vukovíc seguía al teléfono cuando tomé asiento frente al escritorio. Sonreía, se sentó con elegancia y se alisó la corbata antes de desabrocharse el botón de la chaqueta de su traje de Armani, gris grafito, de corte perfecto. Camisa azul con finas rayas cobalto y una corbata de seda azul marino; no era una mera elección estética, sino su armadura.

—Mi chico es una máquina. ¿Qué te puedo decir…? Le instruí bien al muchacho. —Me miró con esos ojos de tiburón y me sonrió —. Ese hombre ya no será un problema para tus empresas; ahora me debes un gran favor…

Su rostro no mostraba debilidad. La barba, perfectamente recortada y salpicada de gris, reforzaba su carácter de depredador elegante. Y sus ojos, de un color gris tempestuoso, no miraban: leían. Te atravesaban y escaneaban.
No dio tiempo a despedidas sin sentido; colgó el teléfono y lo dejó frente a él. La vejez no lo había debilitado, sino refinado.

—Hijo, nunca me decepcionas. Eres increíble, buen trabajo.
—Gracias, cónsul.
—Por favor, llámame padre. —Se levantó para servirse una copa y ofrecerme una, que rechacé como siempre hacía. Parecía que, aunque supiera que yo rechazaba el alcohol, me lo ofrecía para medirme constantemente.

—Necesito que me hagas un favor, hijo.
—¿Cuál es el objetivo?

No necesitaba una charla paternal ni una palmadita en el hombro; mi cerebro me exigía otro trabajo que realizar y terminar. Sin sentimientos, sin preámbulos, solo trabajo y dejar de perder el tiempo.

—Es un trabajo diferente, hijo… —Su tono de voz, calmado, se agudizó un breve segundo, como si no supiera cómo comunicarme lo que tenía en mente para mí.
—¿De qué se trata? —pregunté impaciente.
—Isabella Ferrer —anunció, tirando una carpeta azul índigo frente a mí, en el escritorio.

Si pensaba que no podría liquidar a una mujer, es que no me conocía en absoluto.

—Quiero que la estudies, la sigas a todas horas; horarios, rutinas, dónde va, con quién…

—¿Qué plazo hay para hacerla desaparecer?
—No, hijo. De momento necesito que la tengas vigilada. Es hija de un político español que parece querer dejar de colaborar con nosotros. Y eso no podemos permitírselo…
—Entiendo —dije, tomando la carpeta para abrirla y descubrir todos los datos que debía memorizar.

Abrí la carpeta con la misma disciplina con la que se desmonta una bomba: sin emoción, solo pasos secuenciales.
Y entonces, la foto.
Isabella Ferrer. Veinticinco años. Española. Psicóloga.

Pero no fueron los datos los que me frenaron. Fue la mirada. Ojos grandes, demasiado grandes, más vivos de lo permitido. Fijos en la cámara como si supieran lo que vendría, como si esperaran ser vistos y, aun así, no fueran a defenderse.
Y eso…
No encajaba.

Revisé el perfil clínico, los datos personales, los datos académicos…
Todo eso estaba escrito. Pero yo no leía palabras. Leía vectores de amenaza.
Y esa mujer no representaba una amenaza directa. Pero parecía haber desestabilizado algo en mi interior que hacía años estaba dormido o quizá nunca había estado allí dentro.

No tenía la rigidez de un político, ni la arrogancia del criminal organizado, ni la mirada vacía de los soldados de alquiler.
Tenía algo más peligroso.
Incertidumbre.

Mi sistema de clasificación empezó a girar sin resultado. Ni enemiga, ni aliada. Ni blanco, ni escudo.
Ni útil, ni descartable.
Solo… Algo que rompía mi orden interno.

Comencé a registrar los tics. Cada gesto. Cada manía.
Una línea en su rostro me hizo recordar una expresión. Algo del

pasado.
Pero no logré identificarla. Y eso me irritó.

Pasé la página.
Volví a la foto.
Cabello oscuro. Rizado. Desorden controlado.
Labios apretados, pero no tensos.
La mandíbula sugería contención emocional, pero sin miedo. No evitaba ser mirada.
Tampoco se ofrecía.
No era una víctima. Tampoco una amenaza.
Era el punto silencioso de una tensión invisible. Un punto de inflexión.
Y eso… eso no era fácil de procesar para alguien como yo.

Deslicé lentamente la foto hacia un lado.
Tomé el resto de la carpeta y comencé a memorizar.
Horarios. Rutinas. Trayectos. Redes sociales inactivas; aun así, con huella residual.
Profesora de psicología. Cafeterías en Lavapiés. Se mueve a través de largos paseos, bici, metro o a veces taxi.

Cerré los ojos un segundo.
Conté.
Uno. Dos. Tres.
Cuando los abrí, todo estaba en su sitio de nuevo.
Isabella Ferrer no era una mujer.
Era una variable.
Y yo, como siempre, debía calcularla.

Capítulo 3

Isabella Madrid - 9:00 AM

Entré en el aula sin prisa, con mi taza de café humeante en mi mano izquierda y mi carpeta en la otra.
El murmullo se extinguió con el sonido de mis tacones. Y todos los presentes comenzaron a observarme como si yo fuera a darles la fórmula mágica para desvelar los misterios del alma humana. Pobres, aún no sabían dónde se estaban metiendo.

Dejé la carpeta en el escritorio, me detuve un segundo viendo sus rostros, expresiones ansiosas, llenas de ganas por comenzar a desentrañar la mente a fondo, cuadernos nuevos, miradas limpias. Los miré uno a uno y después disparé:
—¿Quién eres cuando nadie te ve?

Murmullos, risas nerviosas, otros rehuían la mirada para acordarse ahora de que tenían algo interesante en sus pupitres.

—¿La buena hija?, ¿el alumno brillante?, ¿el que siempre ayuda?, ¿el que fantasea con gritar a su madre, con acostarse con su profesor o desaparecer?

Me apoyé en el escritorio, crucé las piernas y di un sorbo de café. El aroma era fuerte y amargo, como lo que iba a decirles.

—Bienvenidos a psicología. No a "cómo ser feliz", no a "cómo arreglar a otros", y mucho menos a "cómo parecer sano". Aquí venimos a ver lo que duele. A tocar el fondo del inconsciente. Hurgaremos donde nadie quiere mirar, y comenzaremos por nosotros mismos.

Se miraron entre ellos con una pizca de miedo en los ojos.
—El yo, mis queridos terapeutas, es una máscara. Una construcción hecha con lo que mamá aprobó, con lo que papá temía, lo que las redes sociales nos dicen que está bien, lo que nos dice la iglesia y lo que la culpa nos permitió conservar. ¿Y todo lo demás…?

Una mano tímida se alzó a lo lejos. Cuando miré a los ojos de esa chica y asentí, esta se colocó las gafas y dijo con un hilo de voz:

—Lo guardamos para nosotros.

—Lo enterramos bien hondo —dije, asintiendo—. A eso Carl Jung lo llamó la sombra. Y esa sombra nos gobierna, siendo una gran dictadora.

—Tu paciente dice que ama a su esposa, pero que sueña con matarla.

—¿Es un psicópata, un monstruo o un sociópata? —se atrevió un chico a preguntar.

—Es humano —respondí—. Terriblemente humano.

Algunos me miraban escandalizados; mejor.

—El deseo reprimido no se evapora. Se convierte en una enfermedad, en síntomas, en rabia mal dirigida. ¿Creéis que las crisis de pánico son solo neurotransmisores desbalanceados? A veces, es nuestro inconsciente que está gritando lo que no te atreves a decir.

Los miré en silencio un largo tiempo para comprobar sus expresiones, sus movimientos y microexpresiones.

—Freud nos regaló un mapa envenenado: los mecanismos de defensa. Racionalizar, proyectar, negar, sublimar… ¿Cuántos de ustedes están aquí para salvar a otros y cuando en realidad no saben cómo salvarse a sí mismos?

Me senté en el borde del escritorio y bajé un poco la voz.
—El que predica sobre pureza suele esconder su deseo. El que desprecia la debilidad suele ser esclavo de su niño herido. El que habla de amor sin haberse enfrentado a las emociones más difíciles, no ha amado nunca.

Me incliné un poco hacia ellos. Ya los tenía. Ese silencio denso no era miedo, era despertar.

—Si no estás dispuesto a mirar tu mierda, no vas a poder ayudar a nadie con la suya. No puedes acompañar a otro al abismo si no

has estado en el tuyo. Y no basta con mirar: tienes que sentarte ahí. Esperar. Escuchar lo que duele.

Me levanté, tomé lo último de mi café y sonreí.

—Si estáis aquí para ser "famosos", considerad cambiaros de carrera. La psicología, la de verdad, no te hace popular. Te hace libre. Nos vemos mañana.

Comenzaron a recoger sus cuadernos, a tapar los bolígrafos en sus estuches y a murmurar entre ellos cuando les dije:

—En la próxima clase vamos a hablar de traumas. Traigan sus máscaras. O mejor aún… Déjenlas en casa.
No esperaba mucho de la primera clase del año. Los que llegaban, la gran mayoría, querían arreglar a mamá, entender a papá, controlar a otros… No querían sanarlos, solo controlar las mentes ajenas, manipularlas.

Había comenzado con mi monólogo del yo, la sombra y todo lo que callábamos o fingimos ser. Los tenía entre el desconcierto y la incomodidad. Entonces lo vi.

Aquel hombre me desconcertó. En la última fila, sin mochila, no anotaba, ni siquiera fingía escuchar. Simplemente observaba.
Lo peor era que no miraba como un alumno, lo hacía más bien como un depredador, estudiando a la presa, calculando la trayectoria del salto para ser lo más eficiente posible.

Un cazador en todos los aspectos, con postura relajada, casi insolente. Una sombra viva entre los demás. Y su mirada, helada y fija.
La chaqueta de cuero negro parecía que fuera a estallar de un momento a otro por los músculos que había debajo. Los tatuajes se asomaban por el cuello de la camiseta blanca y un collar militar colgaba de su cuello.

Me senté de nuevo en el escritorio, dejé la taza y crucé los brazos.

—Tú, el de la última fila. No te he visto antes. ¿Estás inscrito o viniste a espiarnos?

La clase entera contuvo la respiración, pero él me sostuvo la mirada. Ni un solo parpadeo.
—Solo… Observo.

La voz era grave, seca, con ese acento casi imperceptible que decía "no soy de aquí", pero no explicaba de dónde venía… Ni por qué.
Aunque lo segundo creí conocerlo. Como tantos otros que me vigilaban o querían llegar hasta mi padre por mediación mía; patético.

Perfecto. Juguemos.
—Observando, dijiste —dije más para mí que para la clase—. Interesante. ¿A quién observabas? ¿A mí? ¿A ellos? ¿O a ti mismo, al verte aquí sentado?

Algunos estudiantes se movieron inquietos en sus asientos. Yo no le quitaba los ojos de encima.
—Será mejor que me marche —dijo sin prisa, sin vergüenza. Como si su presencia no hubiera sido una interrupción, sino una cortesía. Parecía que había venido a confirmar algo que ya sabía.

Me incliné ligeramente hacia él sin perder la sonrisa.
—Una lástima. Ahora que iba a empezar a psicoanalizarte gratis.

Risas ahogadas. Algunos estudiantes comenzaron a cuchichear y otros lo miraron como si fuera una criatura salida de un experimento freudiano mal cerrado.
—¿Siempre huyes cuando alguien te ve, o solo cuando te nombran?

Lo observé. Lo analicé.
Vi cómo la vena de su cuello palpitaba. Y el cuerpo siempre hablaba más que la boca.
—No me interesan los juegos, profesora.

Clavó esos ojos helados en los míos. No era rabia. Era un desafío. Lo entendí. Él no era de los que se quebraban con palabras.

Era de los que habían sobrevivido a cosas que la mayoría de mis alumnos ni siquiera podrían nombrar.

—¿Cómo te llamas? —pregunté finalmente.
Una pausa.
—Marcos —dijo con una sonrisa tensa y echándose hacia atrás, como si esperara ser descubierto.

Dijo su nombre como quien lanzaba una piedra al agua esperando no ver las ondas. Pero vi la pausa. La tensión. Ese medio segundo donde dudó…
No me mintió por jugar. Me mintió para esconder al niño que aún se estaba perdonando por ser quien era.

—Hasta mañana, Marcos.

Me di la vuelta, regresé al escritorio y tomé mi taza vacía. Los alumnos, que hasta entonces no habían respirado, comenzaron a hacerlo de nuevo.

Capítulo 4

Isabella

La ciudad tenía ese olor a metal caliente y café que solía tener a mediodía. Caminaba lentamente, pensando en la primera clase de la mañana, repasando mentalmente todo lo que había podido analizar de ese hombre misterioso llamado “Marcos”. Su voz, su mirada, su acento… Había algo en él que no sabía si quería entender… de momento.

Crucé una calle angosta, de esas que susurraban secretos, y el cielo no tenía muy claro si quedarse nublado o comenzar a llorar.

Fue en ese instante que lo noté.

Una corriente eléctrica subió por la columna para avisarme de que algo o alguien me perseguía, me acechaba. E, instintivamente, pensé en Marcos, en cómo me estudiaba y observaba.

Seguí caminando, esta vez más despacio, intentando buscar alguna superficie lisa que reflejara lo que tenía a mi espalda. No quería que fuera evidente para mi perseguidor y así poder verle la cara en un descuido.

La gente paseaba, un adolescente discutía por teléfono, un perro ladraba sin motivo aparente… Todo era normal.

Pero mi sombra estaba inquieta.

Me paré en el mostrador de una tienda y giré mi rostro como si lanzara una daga.

Allí estaban.

Suspiré resignada.

Los dos hombres trajeados con gafas oscuras y pinganillos en los oídos no sabían cómo fingir que formaban parte del escenario.

Me reí de mí misma. Perfecto, los perros de mi padre.

Me giré y fui hacia ellos, mirándolos a los ojos. Se miraron entre ellos confusos y comenzaron a balancear sus cuerpos por la incertidumbre que les generaba.

—¿Creíais que no os reconocería? Decirle a mi padre que no os necesito.

Seguí caminando, ahora con media sonrisa.

Los guardaespaldas me siguieron sin acercarse demasiado. Nunca lo hacían. Solo marcaban territorio. ¡Como si eso fuera a evitar que alguien me hiciera daño!

Como si no supieran que el peligro, a veces, no estaba en los callejones, sino en las aulas…

Y en la última fila.

La sensación de amenaza se esfumó, sí.

Pero algo no cuadraba.

Mis escoltas no me incomodaban. Nunca lo hicieron. Estaban entrenados para no hacer ruido.

Pero lo que sentí antes de verlos… Eso era otra cosa.

Capítulo 5

Isabella

Tras cinco días sintiendo esa tensión en la nuca, o los escalofríos de quien se sentía observada, quise desconectar del bullicio de mi mente.

Me estaba volviendo paranoica con ese tema. Los guardaespaldas siempre estaban cerca, pero no podía relacionar esas sensaciones con aquellos hombres que conocía desde la infancia. Sin embargo, cada vez estaba más segura de haber puesto cara a ese descontrol emocional. Un rostro atractivo, frío y pensativo, de ojos azules. Un hombre que, siempre en la distancia, fingía no observarme, que

estaba cerca por casualidad y al que ya no podía dejar de buscar en mi día a día.

Las clases siguieron su curso, pero cuando salía a los pasillos o deambulaba por la calle, regresaba esa sensación. Las sombras me observaban, y unos pasos silenciosos dejaban un eco en mi columna vertebral.
Y ahí estaba aquel hombre, Marcos… Se introdujo en mi mundo desde que lo vi por primera vez en mi clase. Y ahora, se colaba en mi santuario; mi biblioteca, el único lugar donde podía respirar sin sentirme vulnerable. Donde nadie gritaba, nadie corría, nadie tocaba sin permiso, el silencio no era una amenaza y "El yo" venía a disfrazarse de intelectual; cada uno podía ponerse la máscara de persona inteligente que quería mostrar.

Estaba sentado en la sección de filosofía. En apariencia, de forma casual. Aunque de improvisado tenía poco. Con el libro del nihilista Nietzsche en las manos. Como si le hubieran tallado el espacio a su medida.
Cuando más refugio necesitaba entre papel y tinta…
Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente; me dio un vuelco el corazón y se me encogió el estómago. No era miedo, era la certeza de tener nuevamente el fuego frente a mí y saber que podría quemarme.

En esos cinco días lo había observado desde la distancia, como sabía que también había estado haciendo él. Todos sus movimientos los realizaba con una calma aterradora; se fijaba en todas las caras que entraban y salían de la biblioteca, las contaba… mientras continuaba con un camuflaje perfecto: postura relajada, ropa neutra, expresión inofensiva…
Pero yo veía más allá, notaba la tensión en sus hombros, la atención sin pestañear…

Me oculté tras una estantería de Psicología criminal para verlo actuar entre los espacios que dejaban los libros.
Ese hombre parecía haber sido diseñado con varias capas, y todas

ellas, a su vez, creadas por el diablo.
Pasó una página, no me vio, o eso quiso hacerme creer.

—Interesante… la elección de tu libro —dije, saliendo tras la estantería, fingiendo que no me temblaban los muslos. Pero mi pulso comenzó a negociar con mi autocontrol.

Él no me miró, asintió sonriendo, pero no una sonrisa de alguien que se alegra de verme, sino de alguien que estaba esperándote.

—La moralidad como construcción evolutiva —dijo, sin saludar—. Me parece una lectura ligera para esta hora.

Él levantó la vista. Su mirada era precisa. No de esas que te atravesaban… no. De esas que te rodeaban, como si ya supiera en qué rincón de ti vivía el miedo.

"Más allá del bien y del mal", de Nietzsche.
Ligera… Claro que sí.

—No esperaba encontrarte en esta sección. Pensé que tus preferencias serían más… clínicas —dije intuyendo el diagnóstico que le hubieran dicho hace años.

—Este no es un libro, es una radiografía.

Alzó la vista, con sorpresa o emociones fingidas.

—¿Del mundo o… de ti?

—De todos, incluyéndote.

Se me escapó una pequeña risa cargada de ironía. Mi pulso comenzó a acelerarse al tenerle tan cerca. Había sido demasiado atrevida, como siempre, y en este hombre existía algo que me intimidaba un poco. Aunque no podía dejar que él lo viera.

—¿Quién con monstruos lucha, tiene que cuidarse de no convertirse en uno? —dije con despecho, y pude notar por un microsegundo cómo su cuerpo hacía el amago de entrecerrar los ojos con ira.

—Mi parte favorita de Nietzsche es: "Y si miras largo tiempo al abismo, el abismo también mira dentro de ti." ¿Ya miraste el tiempo suficiente, Isabella?

La forma en que dijo mi nombre fue indescriptible, su tono de voz, la modulación… incluso la forma agresiva con la que me sostenía la mirada. Una mirada que me hablaba de control total de sus emociones o de sentimientos reprimidos hasta rozar lo inhumano. Y cuando se reprimía por completo todo lo que nos hace humanos, se volvía… peligroso. Aunque no sabía bien por qué o no quise analizar el motivo, me atraía hasta un punto de locura. Y eso llenó mi cuerpo de angustia. Angustia que se vio reflejada en mi rostro, incluso en mi alma.

—Tranquilízate, Isabella, por suerte la angustia es temporal.

Odié que me lanzase mis mismas armas. Vi cómo estiraba la comisura con picardía y se me antojaron más apetecibles aquellos labios.

—Solo intento entender el origen del abismo —afirmó.

—¿Y lo has conseguido? ¿O solo disfrutas estar cerca del borde? —pregunté.

Vi cómo, sosteniéndome la mirada, cerró lentamente el libro y lo depositó en la mesa cercana. Se inclinó hacia mí, eliminando la distancia hasta quedar tan cerca de él que podía sentir su respiración e intoxicarme con su aroma a cilantro, albahaca y toronja.

—El borde ofrece una mejor perspectiva que el centro.

—¿Pero la cuestión es por qué el borde te ofrece una mayor seguridad? ¿Eres de los que observan o empujas al resto?

Su mirada, que antes era fría, ahora era gélida. Estaba completamente fija en mis ojos; no se apartaba, me evaluaba sin hostilidad ni miedo.

—¿Me estás insinuando algo, Isabella?

—No. Solo es que me desconciertas. Desde hace cinco días te encuentro en cada esquina. Y no creo en las casualidades…

—¿Te incomoda verme, profesora?

—Me incomoda no saber si me viste antes de entrar o si ya estabas esperando —dije uno de mis pensamientos en alto sin saber muy bien por qué.

Marcos ladeó la cabeza, mirando sin pestañear. Hizo una pausa antes de responder.

—Eso suena a paranoia. Pensé que una psicóloga distinguiría mejor entre percepción e interpretación. —Sonrió de esa forma pícara.

—Lo hago. Constantemente. La cuestión es: ¿puedes distinguir entre observar y acechar?

Marcos no respondió enseguida. Meditó sus palabras en completa inmovilidad, midiendo el peso exacto de cada palabra que aún no había pronunciado.

—Yo no te sigo, Isabella. Te estudio.

El silencio era cortante. Tragué saliva sin querer que fuera evidente.

—Eso no mejora las cosas. Ni legal ni éticamente.

—Tú dijiste que el inconsciente no miente. Y el tuyo… Ya sabes que estoy en tu órbita. La pregunta es: ¿por qué te inquieta tanto?

—No me inquietas tú. Me inquieta tu precisión. Tu forma de aparecer sin margen de error. Como si calculases cada paso… Cada mirada.

En todo su cuerpo había seguridad y aceptación de todo lo que hacía o comunicaba.

—Entonces no tengo que fingir —dijo, reposando la espalda en la silla con arrogancia.

—Te voy a decir esto una sola vez: No soy impresionable. Y si estás jugando un papel… lo estás haciendo demasiado bien. —Me alejé de él cruzando los brazos sobre el pecho. Sabía que mi expresión corporal transmitía una actitud defensiva, pero necesitaba construir un muro. Y lo peor fue que él lo notó.

—¿Y si no estoy actuando?

Odié la fascinación y la alarma a partes iguales que este hombre me transmitía cada vez que lo notaba cerca de mi cuerpo.

—Entonces el peligro no es lo que finges… Es lo que ni siquiera necesitas ocultar.

Los segundos se alargaron, tensos e incómodos. La ira se alzó al ver que me tenía rodeada, y ataqué con mi lengua afilada.

—Veo contención en ti. Ira educada. Parece que llevas años huyendo de la culpa como si fuera un perro al que no puedes mirar a los ojos. Y, sin embargo, aquí estás. Rodeado de futuros psicólogos, como si quisieras que alguien te dijera lo que tú ya sabes. Que aún no estás del todo perdido.

—¿Y tú, profesora? —¿A cuántos analizas para no mirarte a ti? —me preguntó.

"Touché. ¡Qué delicia de respuesta!"

—A todos, Marcos… pero yo ya me deshice, me desmonté, me construí. Por eso puedo verte a ti sin temblar. Si con este estudio pretendes que te dé una cita… Lo podrías haber hecho simplemente acercándote y preguntándome.

El silencio se alzó de nuevo, cortante.

Mi respuesta le dejó sin palabras y en esta ocasión fue él quien cruzó los brazos y alejó la parte superior de su cuerpo, pegando completamente su espalda al respaldo de su silla. Al ver que no me invitaba abiertamente a tomar algo, me levanté de la silla y dije:

—Quédate con Kierkegaard. Tal vez logres entenderte.

Me fui sin mirar atrás. Pero sentí que él no dejó de mirarme ni un segundo.

Sí, supe que era un gesto teatral lleno de superioridad.

Mis pasos sonaron fuertes y decididos para darle ese mensaje. No me intimidaba, no me afectaba.

¿Por qué le hablé así?

Le pinché, le provoqué y disfruté haciéndolo.

Su tensión.

Su contención.

Ese momento en que su cuerpo lo traicionó y se reclinó hacia atrás como un animal que, por un instante, sintió que podía perderse.

Me encantaba verlos perder el control.

Tal vez por eso elegí esa carrera.

Capítulo 6

Shadow

Las mañanas en la capital madrileña eran horas caóticas, llenas de gente en el metro que pretendía entrar y salir los primeros. Pero, por lo menos, salían de casa duchados y oliendo a colonia, nada que ver con las últimas horas del día…
Odiaba las luces y los gritos de la muchedumbre ansiosa por presentarse a unos trabajos mal remunerados y desapacibles. Tras años de práctica, pude notar la insatisfacción en todos los rostros que me rodeaban en aquel cubículo metálico con insuficientes

asientos para el número de pasajeros que lo ocupábamos.
Salir de allí no fue tarea fácil. Desde niño odiaba las masificaciones, las luces vibrantes o los gritos que se colaban en mi cabeza, martillando mis sienes o mi cerebro.
Pero aquella vez tenía un objetivo: una mujer morena, desafiante hasta la extenuación, de ojos sabios, grandes y oscuros como mi alma. Su tez bronceada me recordaba al café con leche de los desayunos.

Registré cada rostro con el que me crucé: sus facciones, sus complementos, su forma de caminar, incluso su tono de voz o manera de expresarse. Cada uno de ellos podía ser una persona infiltrada en alguna banda rival, otro objetivo que debía hacer desaparecer con la velocidad del rayo.

Al salir a la calle, los olores de los desayunos se mezclaban formando un popurrí, a veces insoportable. La necesidad de escapar de allí se transformaba en una urgencia por momentos, pero la prioridad era clara. Debía terminar el trabajo asignado. Jamás dejaba algo a medias; era, simplemente, imposible.

Quedaban exactamente quince minutos para la llegada de Isabella al café que frecuentaba. Aligeré el paso para llegar antes que ella, como había hecho el día anterior en la biblioteca.
Pareció que se había dado cuenta de mi persecución, ya que sus palabras fueron cuchillas afiladas que lanzó a mi pecho y a mi mente sin contemplaciones previas. Me vi desarmado por momentos, analizado hasta la irritación, pero aquella mujer tenía algo que no podía ignorar. La cadencia de su voz, el olor que desprendía, la forma con la que sus ojos rozaban mi alma… No podía definir qué era, pero por primera vez estaba siendo consciente de que me estaba saltando las normas, simplemente, porque quería. Era más que querer, era necesidad. Una exigencia aplastante de mi ser que me incitaba a estar cada vez más cerca. Tras cinco días alejado, crucé de nuevo la línea y me introduje en una de sus zonas de confort: la biblioteca.

Es cierto, debía reconocer que sufrí y disfruté a partes iguales al charlar con aquella mujer tan brillante y suspicaz.
Al cónsul no le habría hecho gracia. Sabía que le defraudaría enormemente saber que estaba cada vez más cerca de mi objetivo y sin guardar la distancia. Era la primera vez que no seguía sus órdenes y podía ser catastrófico para mí.

Aquel pensamiento me generó un ataque repentino, como si una oleada de ansiedad se apoderara de mí sin avisar. Los sonidos se intensificaron hasta aguijonear mi mente; la luz del sol brilló con más fulgor. Me detuve un segundo para sostenerme en una farola de textura desagradable, mientras la gente que pasaba se quedaba mirando; no logré descifrar si era sarcasmo o empatía lo que veía en sus ojos, lo cual me generó aún más confusión.
Cerré los ojos y me centré en mi interior; controlé la respiración para intentar aplacar las palpitaciones frenéticas de mi corazón. Lentamente, fui moderando mi cuerpo y gestionando mi ansiedad de la mejor forma que sabía. Intenté dejar de lado al cónsul y concentrarme en mi objetivo.

Llegué al bar, me senté cerca de donde ella solía tomar asiento y pedí un café con leche. Ese color que me recordaba a su cuerpo. Ella llegó antes que mi desayuno, fue directamente a la silla que esperaba que tomase y reparó en mí. Yo continué con mi ritual al llegar mi taza. Saqué una servilleta, la alisé sobre la mesa alineándola con la taza de café, deposité la cucharilla en la servilleta, abrí el sobre de azúcar y lo vertí dentro de la taza en tres veces, contando:
—Uno, dos, tres…
Intentó ser discreta, pero erró al sacar su móvil para tomarme una fotografía. Le había quitado el sonido, pero el botón, al ser accionado, entró en mi tímpano haciéndolo vibrar. Por leve que fuera, lo sentí.
—Si quieres, puedo mirar al objetivo —dije alzando la vista y haciendo contacto visual.
Ella tampoco retiró la mirada; se sentía confiada. Bien. Eso me

gustaba en ella: era una mujer valiente. Aunque si de verdad me hubiera conocido, supongo que habría salido corriendo.

Capítulo 7

Shadow

La camarera vino a tomar nota a Isabella y, tras un breve periodo de tiempo, se marchó.

—¿Qué haces aquí, Marcos?

—Tomando un café —dije mientras miraba la tonalidad de su piel al ser bañada por los rayos del sol. Lo que quería era tomarla a ella, pasar mi lengua por su cuello y sentir cómo se estremecía.

—¿Jugando de nuevo?

—No. Yo nunca juego, señorita Ferrer —respondí bajando una octava mi voz—. ¿Qué pretende hacer con esa foto?

—Me gustaría poder identificarte —dijo sin rodeos. Al parecer, la señorita Ferrer había estado buscándome.

—¿Necesitas tener todo bajo control? —pregunté metiendo la cucharilla para remover el café; después la saqué, di tres golpes contra el borde de la taza antes de devolverla a su sitio exacto.

—Creo que no soy la única a la que le gusta el control. —Se fijó en mis manos, en todos mis movimientos y sonrió. Después tomó el café que la camarera le había traído, se levantó y se sentó en la silla que había frente a mí.

Estiré la espalda para pegarme al respaldo por instinto. Las únicas mujeres que había tenido cerca eran las mismas que el cónsul nos daba de regalo en las fiestas de sus burdeles. Mujeres que tomaba sin hacer caso de sus necesidades; solo importaban las mías.

Ella era diferente, una mujer con clase, elegante y que no se vendía por nada. No lo necesitaba, no la obligaban, ella era libre.

—¿He roto tus esquemas? ¿Tus rutinas?

—Puedes llegar a hacerlo, y créeme que estoy tentado a dejarte. —Y cada vez esa urgencia crecía más y más, pero ella desconocía el peligro de esta relación incipiente.

—Solo me has pillado desprevenido, Isabella. No debería estar aquí.

—¿Aquí en el bar? ¿Aquí conmigo? —Sus ojos se posaron en los míos.

Me obligué a relajarme para reflejar indiferencia. Pero no sé cómo con ella era capaz de mostrar una calma que estaba lejos de sentir. Me tomé el café, sorbiendo con rapidez para terminarlo pronto y así darme a la fuga.

—Será mejor que me marche —concluí dejando la taza en el mismo centro del plato.

—¿Siempre huyes cuando una mujer sabe lo que quiere y va a por ello, Marcos…?

—Pero es que no sabes dónde te estás metiendo.

—No te tengo miedo.

Y era cierto, pude ver la decisión y la valentía en ese par de pozos oscuros que tenía por ojos.

—Deberías… —dije totalmente convencido en el cumplimiento de mi misión. Ella tendría que ir con más cautela por la posición política de su padre, pero prescindió de sus guardaespaldas a la mínima para reafirmar su independencia. Eso la dejaba más vulnerable y me favorecía. Tenía una obligación con el compromiso que obtuve al aceptar la vigilancia de Isabella; me alejaría para poder proseguir mi vida con normalidad. Ella solo me traía ansiedad, nerviosismo y un instinto animal de meterme entre sus piernas.

Miré sus labios entreabiertos, sacó su lengua para humedecerlos y me tensé al notar cómo me ponía duro. Me imaginé esos bellos

labios rosados envolviéndome y tomándome por completo.

Me incliné hacia ella, dejando que mi cuerpo hablara más que mis palabras. Una mano se apoyó en el respaldo de su silla, la otra en la mesa, firme, como ancla. No era solo para sostenerme, era para contenerme. Para no cruzar esa línea. Para no lanzarme hacia ella, impulsado por algo que aún no sabía si era furia, deseo, desesperación… O todo a la vez.

—Haznos un favor y aléjate de mí —susurré cerca de su oreja. Pude ver cómo se erizaba su piel y su respiración quedaba atascada en su pecho.

Capítulo 8

Shadow

Pasé el resto del día vigilando desde la distancia, sin ser detectado. En varias ocasiones me sorprendió verla buscándome con la mirada. Impartió sus clases con normalidad, haciendo sentir a sus alumnos expuestos con su forma de hablar tan atrevida, tocando ciertas emociones y removiéndolos por dentro.

El almuerzo fue breve, en la cafetería de la universidad, junto al plantel de profesores afines a su personalidad y especialidad. Una charla distendida, sin profundizar en sus vidas privadas.

Por la tarde permaneció en el campus, corrigiendo exámenes en la biblioteca hasta bien entrada la tarde. Como siempre, me anticipé a sus rutinas. Conocía sus calles más transitadas, las paradas que solía realizar, a quiénes saludaba… Los había estudiado a fondo.

Ese día había parado en una librería de su barrio. Permaneció dentro durante media hora escogiendo su nueva lectura. El dueño prácticamente tuvo que invitarla a salir con firmeza para cerrar el local. Ella parecía no tener prisa, como si no entendiera —o no quisiera entender— que el día había terminado. Él, en cambio, sostenía las llaves en la mano, lanzando miradas que pedían silencio y despedida, deseando apagar las luces y marcharse.

La oscuridad reinaba cuando caminaba distraída por la calle. Dos hombres comenzaron a seguirla; cada vez estaban más cerca de mi objetivo. Reían y murmuraban entre ellos, señalándola. En ese momento ella se sintió amenazada, lanzaba miradas rápidas a los extraños, buscaba algún centro abierto y lleno de gente, pero eligió el peor lugar posible. El miedo le jugó una mala pasada y, sin darse cuenta, se introdujo en un callejón sin salida.

Paré y cerré los ojos, procurando que mi respiración no delatara nada. Conté hasta tres en voz alta mientras escuchaba los gritos de Isabella, y a mi mente regresaron retazos de una infancia plagada de miedo y golpes.

Más gritos de socorro, cada vez más fuertes en mi mente.
No podía involucrarme más. Estaría defraudando al cónsul. A él le debía todo; no podía hacerle esto.

Recordé los pasillos helados de su mansión, las paredes de mármol que devolvían los ecos de las discusiones. Aleksei, mi hermanastro, se acercaba con esa sonrisa torcida que siempre precedía al dolor. Yo sabía lo que venía. Sus manos, más grandes, más seguras, se alzarían como si no existiera castigo posible.

No gritaba. Aprendí muy pronto que el silencio era el único refugio. El sonido de los nudillos contra mi piel era algo cotidiano, tanto como el reloj que marcaba las horas del entrenamiento.

Una vez intenté defenderme. Lo empujé. Lo miré creyendo que podía ser su igual. Él se rio y me arrojó al suelo. La sangre me nubló la vista y, antes de que pudiera levantarme, la voz del cónsul resonó desde la puerta.

—Suficiente.

Su tono no era de ira, sino de juicio. Me tomó del brazo, me obligó a ponerme en pie y me sostuvo la mirada.

—No falles otra vez, Román. Si vas a golpear, asegúrate de que el otro no vuelva a levantarse.

No me abrazó. No me curó. Solo me dio una lección.

Desde entonces, cada vez que alguien gritaba, mi cuerpo respondía igual: con tensión, con rabia, con el impulso de actuar antes de pensar. Era un reflejo grabado a fuego.

Abrí los ojos. El presente me golpeó de nuevo. Isabella seguía gritando. Y yo, sin quererlo, volví a ser ese niño obligado a elegir entre resistir… o atacar.

Tapé mis orejas, sentándome en un banco cercano.
No me implicaría más. No podía.

Capítulo 9

Isabella

Comencé a andar apresuradamente cuando escuché el primer silbido lascivo. Aquellos sujetos empezaron a seguirme entre risas; en ese momento eché a correr sin mirar hacia dónde iba. Mi corazón comenzó a bombear más fuerte para llevar oxígeno a mis músculos, mientras mis pulmones trabajaban sin descanso. Mi torrente sanguíneo se inundaba de adrenalina, haciendo que mi mente y mi cuerpo se mantuvieran alerta a cualquier señal.

Pero no estaba alerta por completo. Sin darme cuenta, me metí en un callejón sin salida. Me recriminé por ello; conocía bien esas calles, pero el miedo había nublado tanto mi mente que me encontré entre una pared de ladrillo visto y mis dos agresores.

La noche era oscura y nublada, y la luz de las farolas luchaba por abrirse paso hasta nosotros. Proyectaba sombras difusas que temblaban sobre el asfalto mojado. Un viento frío, inesperado y cortante, se deslizó por mi espalda, como si buscara algo más que piel: como si quisiera alcanzar el alma. Y, por un instante, sentí que lo lograba.

—Qué guapa eres, pequeña. Me gustan tus rizos, parecen indomables —pronunció uno de ellos, alargando la última palabra.

—¿Eres como tus rizos? —añadió el más corpulento, extendiendo la mano para tocar mi cabello.

Retrocedí hasta chocar con la pared.

—¿Por qué no vienes con nosotros a un sitio más íntimo? Tengo cerca el coche. Podemos irnos los tres y pasarlo muy bien… —dijo de nuevo. Estaba tan cerca que podía oler su aliento, cargado de alcohol y tabaco.

Sonrió abiertamente, mostrando unos dientes ennegrecidos, o lo poco que quedaba de ellos. Tuve ganas de vomitar y salir corriendo, pero él guiñó un ojo a su compañero, como si de verdad creyera haberme convencido de acostarme con ellos.

Intenté rodearlo para escapar, pero su cómplice me cortó el paso entre risas.

—Te dejo que seas el primero; a mí me gustan cuando ya están mansas —dijo, arrojando el cigarrillo al suelo.

Eché la mano al bolso para buscar el espray de pimienta, pero el corpulento me lo arrebató, se lo pasó a su compañero y me sujetó del brazo. Me empujó contra la pared, tomó mi cintura con fuerza. Grité hasta que su palma callosa cubrió mi boca.

—¿Vas a portarte bien, gatita? —susurró cerca de mi oído.

Asentí con el corazón atascado en la garganta y un sabor amargo subiéndome por el esófago. Bajé la mano hasta su entrepierna. La froté arriba y abajo mientras escuchaba a su cómplice reírse.

El hombre que me retenía se alejó un paso para desabrocharse el cinturón. Aproveché ese instante: le agarré los hombros y levanté la rodilla con fuerza, golpeando su entrepierna endurecida. Cayó al suelo, y yo corrí, pero el otro me alcanzó y me derribó. Choqué con el asfalto mojado y me cubrí el rostro ante los golpes que comenzó a lanzarme mi agresor.

—Al final siempre me toca a mí domar a estas fieras —murmuró, poniéndose a horcajadas sobre mis caderas.

Grité, luché, pataleé, lancé puñetazos, pero todo parecía inútil. La cabeza me daba vueltas por el golpe; un líquido cálido bajaba por mi frente, y ese cerdo me desgarró la camiseta.

—Joder, Alex, ven aquí y sujeta los brazos a esta perra —rugió el hombre sobre mí.

Alex llegó para retener mis muñecas, todavía quejándose por su entrepierna dolorida.

El que estaba encima bajó el rostro hasta el mío, me lamió la mejilla y soltó una carcajada al sentirme gritar y retorcerme.

—Cuando termine contigo, te rajaré el cuello, puta —prometió. Su aliento apestaba a alcohol y tabaco.

Las lágrimas nublaron mis ojos, y la ansiedad y el miedo oscurecieron mi mente.

Capítulo 10

Isabella

El aire se me atascó en la garganta. Era como si mi propio cuerpo se negara a funcionar correctamente. Como si algo dentro de mí hubiese tirado de un freno de emergencia. Sentía la respiración romperse en pequeños intentos y no lograba completarse.

Mi mente empezó a llenarse de un ruido sordo, un zumbido que sustituía cualquier pensamiento claro. No quería pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, quería desconectar de la realidad. Sabía que era un método de defensa, una respuesta de supervivencia... Pero saberlo no me daba el control de la situación.

El sonido metálico de su cinturón me congeló.

Mi cuerpo temblaba, no por frío, sino por una mezcla de pánico y desconcierto que me inmovilizaba desde dentro.

Parálisis: *Respuesta de congelación*, pensé, intentando aferrarme a algo conocido.

En ese instante, todo a mi alrededor pareció encogerse. Las paredes, el silencio, incluso el tiempo mismo. Era como estar atrapada en un lugar donde solo existían el miedo y la urgencia de desaparecer. Mi mente buscaba una salida desesperadamente, cualquier señal, cualquier movimiento que me permitiera escapar, aunque fuera dentro de mis propios pensamientos.

Lo único que podía sentir con claridad era cómo mi corazón golpeaba con fuerza, no para mantenerme viva, sino intentando gritar por mí, como si quisiera llenar con su ruido el vacío que dejaba mi voz.

Por primera vez lamentaba haber despedido a los guardaespaldas. En su momento lo hice convencida de que así defendía mi independencia y mi moral. ¿Qué clase de integridad podía tener si aceptaba una protección pagada con el dinero sucio de mi padre? Recordé la discusión que tuvimos cuando le exigí que dejara de vigilarme. Se negó, por supuesto. Pero yo fui más dura: le

advertí que, si seguía entrometiéndose en mi vida, filtraría todo a la prensa. Necesitaba liberarme de él y de ese falso interés paternal que no era más que control disfrazado.

Nadie vendría a salvarme.

Pero entonces lo vi, en la boca del callejón. Apareció en mi campo de visión como una sombra definida, sólida, inmóvil, casi irreal en medio del caos.

Supe que era él incluso antes de poder verle el rostro.

—¿Qué coño quieres? ¿No ves que estamos ocupados?

Entonces se movió como una máquina a la cual se le había dado la orden de actuar. No hubo palabras ni advertencias. Solo un destello de movimiento, como un relámpago que había estado contenido y por fin se veía liberado. Se movía con una precisión casi coreografiada, sin un solo gesto de más, como si su cuerpo obedeciera a un guion que ya conocía de memoria. Su rostro no cambió; ni un temblor, ni una grieta emocional. Solo una calma férrea, tan nítida que parecía iluminada por un foco invisible.

El que sujetaba mis muñecas no le dio tiempo a girarse cuando escuché un crujido seguido de un grito horrible. Su cabeza fue golpeada contra la pared con un crack seco y nauseabundo para después aplastar su cuello con el antebrazo. Le miró a los ojos para ver cómo dejaba de respirar.

Observé la tensión contenida en sus hombros, la exactitud con la que calculaba cada movimiento, y comprendí —con un impacto casi físico— que él no estaba improvisando. Aquella serenidad no era espontánea; era el reflejo de alguien acostumbrado a situaciones extremas.

El hombre que tenía entre las piernas se puso de rodillas; aproveché para darle una patada en la cara y hacerle caer hacia atrás.

El segundo hombre gritó de dolor tras recibir una patada lateral en la rodilla, asestada por el hombre que me acompañaba, con una exactitud implacable. Oí el crujido y vi cómo la pierna se dobló en

una posición imposible. Sin tiempo para reaccionar, Marcos se colocó a su espalda, le rodeó el cuello con el antebrazo y se agarró a sí mismo. Aquel sujeto se retorció, se puso morado y después se quedó inmóvil. Dejó de respirar y cayó inconsciente.

Mi monstruo, mi ángel. Me había salvado de aquel horrible destino cuando creía que todo estaba perdido.

No sabía si estaba temblando por lo vivido o por lo que vi.

Seguía sin poder procesar todo lo que acababa de vivir. Pero Marcos parecía estar en su elemento. Tomó mi bolso del suelo y después me ayudó a ponerme en pie. Creo que me preguntaba si estaba herida para después darme el bolso y tirar de mí.

Como psicóloga, no pude evitar que mi mente se meciera entre dos emociones opuestas. Agradecimiento… y un desasosiego que me recorría la columna. Había sido rescatada, sí, pero también vi algo que desbordaba cualquier manual. Una frialdad funcional, una concentración absoluta, un tipo de control que pertenecía a otro mundo.

No me abrazó, me escaneó con la mirada, midiendo cada grieta como un arquitecto tras el terremoto.

—Debemos irnos, Isabella. Ahora.

Asentí, no podía hablar. Tenía el cuerpo hecho trizas, pero aún respiraba. Gracias a él.

—Pero ellos… —Balbuceé.

Marcos miró sus cuerpos. Uno de ellos aún gemía como una rata pisoteada.

Sin dudarlo, Marcos fue hacia el hombre para terminarlo.

—Esto nunca pasó, ¿me entiendes? —me dijo de pronto, girando hacia mí. Con voz neutra, plana, pero con una especie de orden... No una súplica, sino una instrucción.

Lo sabía. No iba a llamar a la policía. No iba a explicarse. Había sido testigo de una mente que operaba con la meticulosidad y la

oscuridad elegante de una escena de cine… una mente tan fascinante como peligrosa de entender.

Capítulo 11

Isabella

No sabía cómo, pero terminamos en mi piso. Marcos conocía mi dirección, incluso cuál era la llave que abría mi puerta… ¿Por qué? Habría mirado el DNI para averiguar mi dirección, me dije, intentando dar una respuesta lógica y que mi mente quisiera creer.

En unos minutos me vi sentada en mi sofá mientras Marcos me preparaba un baño y una tila.

Me dejé llevar, no sé si por el miedo o por encontrarme en estado de shock. Cuando la bañera estuvo llena de agua tibia, me condujo a ella y me dejó sola para que me desprendiera de la ropa sucia y rota.

Quise pensar que el agua se estaba llevando algo más que la suciedad. Mi mente analítica comenzaba a recordar el rostro sin emociones de Marcos, prestando atención meticulosamente a la paliza que había propinado en un segundo a aquellos malnacidos en

el callejón. Parecía desprovisto de culpa o remordimiento; solo había violencia fría y calculadora.

Se lo merecían, sin duda.

Froté mi cuerpo con fuerza con la esponja.

No sabría decir cuánto tiempo estuve allí, pero el agua estaba helada cuando comencé a salir.

Me puse la bata y abrí la puerta para enfrentarme al hombre que había entrado en mi casa.

Me acerqué lentamente, guiada por el sonido, hasta la cocina. Le observé desde el quicio de la puerta. Por extraño que fuera, conocía el lugar exacto de las tazas, de las cucharillas… y, como era habitual en él, puso la servilleta estirada en la mesa, la cucharilla encima de esta bien alineada y la taza con agua caliente y la bolsita de tila dentro.

Al lado de la taza vi una pastilla; supuse que sería Valium, para que pudiera conciliar el sueño.

—Tras decirme que me alejara de ti… ¿Por qué viniste? —logré preguntar.

Él me miró.

—Porque eres mía.

"Eres mía." Repetí en mi mente.
Una parte de mí, aún temblorosa por el shock, la escuchó con un eco casi cinematográfico: profunda, intensa, cargada de una determinación que no sabía si me protegía o me encerraba. Pero la otra parte —la profesional— reaccionó al instante.

Ese tipo de afirmación, dicha con tanta seguridad y después de una situación límite, encendió todas mis alarmas internas. Reconocí en su tono un patrón de posesión emocional, una mezcla peligrosa entre protección y dominio. No era una simple declaración impulsiva: había convicción. La calma con la que lo había visto actuar antes se volvía ahora inquietante, casi demasiado exacta.

Entendí que su control absoluto no desaparecía al hablar; se trasladaba a sus palabras, a la forma en que formulaba una realidad donde él tenía un rol central… y yo, uno subordinado. En ese instante, algo dentro de mí estalló. El miedo retrocedió un paso, empujado por una indignación clara, caliente, casi luminosa.

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu verdadero nombre? ¿A qué te dedicas? ¿De dónde vienes? ¿Dónde naciste? —La batería de preguntas fue vomitada con agresividad e irritación.

Las palabras me salían como disparos, una mezcla de furia y profesionalidad deformada por la adrenalina. Parte de mí estaba enfadada como mujer; otra parte estaba reaccionando como terapeuta en crisis; y otra estaba intentando recuperar el control de mi mundo después de verlo tambalearse.

Él no pestañeó. Ni un músculo de su rostro se movió.

—Será mejor que no lo sepas —su voz sonó más grave.

—¿Cómo voy a confiar en ti si apenas te conozco? —le solté, la voz quebrada entre rabia y miedo.

—Te estoy protegiendo.

—¿De quién? —grité, frustrada.

—De mí. —Bajó la mirada. Parecía odiarse a sí mismo.

—Eres un… —Iba a decir "bastardo", me fui a por él, alcé la mano y cuando iba a abofetearle, Marcos sujetó mi muñeca, me giró y retorció mi brazo. Pero al segundo me soltó y se alejó. Puso las palmas en alto y, por un segundo, vi su máscara hacerse añicos. Sus manos temblaron unos instantes antes de retomar su compostura tan bien trabajada.

En ese momento comprendí mi enfado. Era natural. Acababa de sobrevivir a una situación límite, mi cuerpo seguía en alerta, y aquel hombre —que me había salvado, que me atraía y me aterraba al mismo tiempo— se negaba a decirme nada sobre él. Mi reacción no era exagerada; era el intento desesperado de recuperar el control en un mundo que se me había desmoronado en cuestión de minutos.

—Me han dicho cosas horribles. Puedes decirlo, pero no te consiento que me pongas la mano encima, Isabella. —Su voz era como una jarra de agua fría—. Será mejor que me marche. Tómate eso y descansa. Mañana hablaremos

Aquella despedida sonó como una promesa peligrosa. Salió sin hacer el mínimo ruido, dejándome sola, sin una última mirada, sin dramatismo.

El silencio me rodeó y el peso del mundo aplastó mi pecho.

Ahora parecía buena idea tomar la pastilla y dormir durante días. Y exactamente eso fue lo que hice.

Olvidar.

Era la mejor opción.

Dejar atrás esa larga noche.

Guardar aquellos malos recuerdos en un cajón.

Y pensar que Marcos me había librado de esos malnacidos.

Esos que se merecían todo el dolor que ese ángel demonio les había causado.

Capítulo 12

Isabella

Mi mente, como sumida en una espesa resaca sedativa, se negaba a abandonar el letargo del sueño. Siempre había despertado con rapidez, casi con puntualidad mecánica, pero esta vez no era un simple encendido: algo dentro de mí, quizás por la presencia del fármaco, alteraba mi conciencia.

Sentía el cuerpo como si pesara diez kilos más. Los párpados ignoraban mis súplicas por abrirse y mostrarme el mundo.

Al menos estaba en mi dúplex, un entorno conocido, aunque eso no bastaba para disipar la inquietud. No lograba recordar qué había pasado desde que salí de la papelería hasta ahora. Esa laguna me estremecía. Intentaba con todas mis fuerzas que los recuerdos regresasen y así poder reorientarme, pero la niebla cerebral me había dejado en un estado de vacío absoluto.

Luchando contra la inercia, logré salir de esa prisión a la que solía llamar cama. A duras penas me arrastré hasta el baño con la esperanza de que el agua fría me revitalizara.

Me moví con torpeza.

Pensaba con lentitud.

Y me prometí a mí misma que jamás tomaría nuevamente esas pastillas del demonio.

La niebla en mi mente era espesa. Aun así, me atreví a bajar las escaleras rumbo a la cocina, buscando respuestas… O al menos una taza de café.

Desconocía la hora; por ello hice una parada técnica en el salón para encender la televisión y poner las noticias de la mañana. Presionando los botones a tientas por la gran cantidad de luz que atravesaba los cristales. Hoy las cortinas de tul se estaban poniendo en mi contra, dejando pasar demasiada claridad.

“Pasamos con los deportes de este sábado. Mario, cuéntanos” —dijo la periodista girándose y mirando a cámara.

Tiré el mando en el sofá, me giré y me encaminé hacia la cocina para suministrarme mi dosis de cafeína.

Por fortuna era sábado; hubiera sido un gran esfuerzo dar la clase en ese estado de sedación.

Encendí la cafetera, la rellené de agua y volqué el café molido. Algo simple, que realizaba cada día; no obstante, esta mañana estaba siendo un esfuerzo titánico.

Deposité una taza en la encimera justo cuando el aroma de mi desayuno comenzaba a inundarlo todo. Aferré con fuerza el asa de la cafetera con la esperanza de no derramar nada y, cuando comenzaba a llenar mi taza, la periodista que apareció en la tele hizo que mi mano comenzara a temblar.

"Última hora. Me encuentro a tan solo dos manzanas de la universidad, donde dos hombres de aproximadamente treinta años fueron hallados sin vida anoche en el callejón del Almendral. El lugar de los hechos, muy conocido por los estudiantes, apenas era visible desde la calle Galileo: una abertura estrecha entre dos bloques de ladrillo visto que conducían a una curva sin salida, húmeda, oscura, ajena al bullicio universitario. Según informes preliminares, los cadáveres presentaban signos de haber sido golpeados y estrangulados."

Me detuve con la taza a medio camino entre la cafetera y la mesa. ¿Estrangulado?

"La policía no ha revelado la identidad de las víctimas". La zona permanecerá acordonada mientras continúan las investigaciones."

Mi estómago se cerró de golpe. No sabía si era por la noticia o por algo que mi memoria aún se negaba a revelarme.

Me llevé la taza a los labios, pero no llegué a beber. El café temblaba dentro, como si reflejara lo que mi cuerpo ya no podía ocultar. La noticia seguía sonando de fondo, pero mi atención se despegó de las palabras.

Sentí una punzada en el cuello.

Un tirón en la muñeca.

El roce áspero del suelo contra mi espalda.

Y entonces, algo dentro de mí estalló.

Las imágenes no llegaron todas a la vez. Primero, un olor metálico. Era óxido o miedo. Luego, el frío de las losetas del callejón y unas manos que me sujetaban con fuerza.

Mis manos. Mis piernas.

No podía moverlas.

No podía gritar.

Pero entonces…

Entonces él se movió como una máquina a la que se le había dado la orden de actuar.

No hubo palabras. No hubo advertencias. Solo un destello de movimiento. Un relámpago liberado.

El que me sujetaba las muñecas no alcanzó a girarse. Escuché un crujido.

Un grito seco, breve, horrible.

La cabeza del hombre se estampó contra la pared. Un crack que me revolvió las entrañas.

El segundo atacante… el que me tenía inmovilizada…

Lo vi ponerse de rodillas.

Aproveché. Pateé con todas mis fuerzas su pecho. Un segundo de alivio, de aire, de espacio.

Y entonces, Marcos.

Su sombra. Su precisión.

Una patada a la rodilla. Un nuevo crujido.

Antes de que pudiera reaccionar, él ya lo tenía: le rodeó el cuello desde la espalda, presionó con su antebrazo a la tráquea, apretando con firmeza. Como si supiera exactamente cuánto era suficiente para silenciar, para detener.

Se retorció. Se puso morado.

Después… Inmóvil.

Yo no me moví. No pude.

Capítulo 13

Isabella

Estaba de pie, en la cocina, pero era como estar bajo el agua, como si el tiempo se deshiciera a mi alrededor.

Recordé a mi monstruo. Mi ángel.

Me había salvado.

Cuando ya me había rendido, cuando había aceptado lo peor.

En ese momento, en la cocina, con la taza aún en la mano, mi cuerpo volvió a sacudirse. No por el frío, sino por mis recuerdos.

Me di cuenta de que estaba llorando. Sin ruido, sin aspavientos. Las lágrimas simplemente caían.

Yo, que tantas veces había explicado el trauma, la negación, los mecanismos de defensa.

Entonces comprendí lo inútil que era todo ese conocimiento cuando el terror se había alojado dentro del cuerpo.

Era real. No teorizable. No tratable. Solo... Devastador.

Apreté los dientes.

Aún escuchaba su voz:

"Debemos irnos, Isabella". Ahora.

La voz de Marcos se desvaneció como un eco en mi mente. El recuerdo se replegó despacio, como una marea que deja atrás restos en la orilla: imágenes rotas, huesos rotos, el peso de una violencia precisa, casi clínica.

Inspiré hondo.

El café ya estaba tibio.

Fui hasta el salón con la taza en las manos, sin saber muy bien por qué. El televisor seguía encendido, pero ya no escuchaba lo que decía. Lo apagué. Necesitaba silencio.

Entonces lo vi.

Sobre la mesita del salón, justo donde suelo dejar el móvil, había un pequeño papel doblado. No lo recordaba de antes. Era del tipo que uno podría arrancar de un bloc. Escrito con letra clara y firme.

“Esta noche. Cine Doré, sesión de las 21:00. Marcos.”

No había más. Ni una explicación. Ni un "te espero", ni un "ven si quieres". Solo la certeza de que sabía dónde encontrarme, de que había estado allí, probablemente mientras yo aún dormía sumida en esa bruma.

Sujeté el papel con los dedos como si quemara. Sentí un estremecimiento que no supe clasificar. ¿Miedo? ¿Ansiedad? ¿Curiosidad?

Me senté en el sofá, leyendo la nota una y otra vez. No sabía qué me inquietaba más: su calma al matar... O mi necesidad de verlo de nuevo.

Marcos era un peligro. De eso no había duda. Pero no hacia mí... ¿O sí?

Me creía entrenada en leer patrones, detectar agresores, definir perfiles.

En resumen, me debatía entre acudir o esconderme bajo las sábanas.

Capítulo 14

Isabella

Fuera, la luz empezaba a apagarse.

El cielo de septiembre en Madrid se teñía de naranja y rosa. Pronto sería de noche.

Casi no había podido tomar bocado durante todo el día; por fortuna, el agua fría de la ducha me había despejado un poco la mente y ya no estaba entre algodones. Pero mi pasatiempo del día había sido tumbarme en el sofá a fingir que veía una serie de televisión mientras mi mente rumiaba todo lo acontecido en la noche pasada.

Me levanté del sofá.

Fui al dormitorio. Me cambié. Nada demasiado formal, pero lo bastante sobrio como para parecer que tenía el control.

Mientras ajustaba el reloj de pulsera, me escuché decirme a mí misma:

"Solo para hablar. Solo para entender lo que pasó. Solo para cerrar esto."

Mentira.

Una parte de mí quería verle.

No por lo que hizo.

Si no, por lo que había despertado.

Capítulo 15

Isabella, 20:30 h.

La parte racional de mi cerebro me gritaba, presa del pánico, al salir de casa tras el accidente de la noche anterior. Era un sinfín de preguntas que me hacía mientras caminaba como un autómata por las calles madrileñas.

¿En qué momento empecé a memorizar los rostros de todos los hombres con los que me cruzaba?
El de la chaqueta verde. El que miró demasiado. El que iba hablando solo. El que tenía las manos en los bolsillos.

Los analizaba, uno a uno, como si mi cerebro se hubiera programado para preparar la próxima escena de un crimen… Del que yo volvería a ser la víctima.

¿Esto era miedo? ¿Hipervigilancia? ¿Una respuesta postraumática? Lo sabía. Lo diagnosticaba. Lo había tratado en otras mujeres mil veces desde el otro lado del escritorio.
Pero ahora estaba dentro.
Y saberlo no me salvaba. Solo me dejaba más sola.

Pensé que podía con esto. Que podía mantenerme entera, que lo había racionalizado todo. Pero aquí estaba, escaneando rostros como si me jugara la vida. Porque, en cierto modo, lo hacía.

¿De veras estabas haciendo esto, Isabella?

Inmediatamente, me escuché a mí misma decirlo. Esa frase que tantas veces usé con mis pacientes:
"Estás a salvo ahora. Tu cerebro solo intenta protegerte, pero el peligro ya pasó."

¿Y si no hubiera pasado?

"No estás allí. Estás aquí. En el presente. No eres tu trauma."
Lo repetí en silencio, como si recitara un salmo.
No funcionó.

Mis pasos eran medidos. Mi mirada, inquieta. Cada rostro masculino se convertía en un posible. Un tal vez. Un por si acaso.

¿Desde cuándo caminar por una calle de Madrid se sentía como recorrer un campo minado?
¿Cuándo dejé de sentirme profesional… para empezar a sentirme vulnerable?

Yo, que sostenía a otras mujeres mientras se derrumbaban.
Yo, que decía: "No eres débil. Tu cuerpo está reaccionando de forma normal ante algo anormal."

Me detuve frente a la entrada del cine Doré, cerré los ojos un instante y comencé a jugar con un mechón de mi cabello rizado. Respiré profundamente, contuve el aire en mis pulmones para dejarlo salir lentamente y abrí los ojos.

La marquesina proyectaba una luz amarilla que temblaba sobre el asfalto mojado por una lluvia reciente. La gente entraba y salía con indiferencia, sin saber que yo estaba ahí, al borde de algo que ni siquiera sabía nombrar.

Mis dedos rozaban el papel doblado que aún llevaba en el bolsillo. La hora. Su trazo firme indicando el nombre del cine. Su invitación silenciosa.

Y entonces, la pregunta se clavó en mi pecho, sin previo aviso:

¿Y si no testificaba y encontraban indicios de que estuve en ese maldito callejón la noche de autos? ¿Y si no era solo atracción? ¿Y si lo que sentía era una obsesión por descifrarlo, como si fuera un caso clínico al que no quería renunciar? No sabía si me atraía como mujer… o si me obsesionaba como psicóloga. ¿Dónde terminaba el deseo y empezaba la necesidad de analizar a alguien como él?

Estaba cruzando una línea. No solo porque él me fascinaba, sino porque mi mente no podía dejar de diseccionarlo. Como si entenderlo me diera poder… o justificación.

Una parte de mí gritaba que diera media vuelta. Que no cruzara esa puerta.

La otra…

La otra ya estaba dentro, sentada en la última fila, esperando verlo aparecer entre las sombras.

Inspiré hondo.
Y entré.

Capítulo 16

Isabella

Seguí las instrucciones de la nota, saqué las entradas para ver la película *Durmiendo con el enemigo*. Fruncí el ceño por la elección de Marcos.

Me acerqué un paso más hacia la puerta de la sala donde se proyectaba la película. El póster mostraba una silueta femenina de espaldas y una sombra detrás de ella, desdibujada. Cine francés. Arte. Drama. Un horror psicológico con pretensiones de metáfora existencial, seguramente.

Me reí, bajito. Una risa que salió nerviosa y con resignación.

Claro que él elegiría esto. Una historia sobre una mujer que no sabe si confiar en quien la protege… o en sí misma. Muy gracioso, Marcos. Muy Freud.

Mi mente me aconsejaba dar media vuelta, pero mis pies no se movieron.

¿En serio ibas a entrar a ver esta sátira mal disfrazada de coincidencia con un hombre que sabes perfectamente que puede matar con las manos desnudas?

Sí.
Sí, iba a entrar.

Porque había algo más fuerte que el miedo.

Y, qué demonios, para ver esta película absurda, había comprado palomitas.

La sala aún estaba iluminada cuando busqué mi asiento, me acomodé y esperé. El tiempo transcurrió con una lentitud desesperante, y él no llegaba.

¿Después de todo el dilema moral al que me había enfrentado para venir hoy aquí, él no se presentaría?

Me mordí ligeramente el labio, llena de frustración, negué con la cabeza y tomé impulso para levantarme cuando se apagaron las luces y los anuncios comenzaron a verse en la pantalla.

Resoplé y decidí quedarme. Era un poco patético ir sola al cine, pero no debía afectarme lo que pensaran los demás.

—Me alegra volver a verte. —Su voz sonó cálida y sincera.

No me había percatado de que había tomado asiento a mi lado hasta aquel susurro. Su aroma llegó hasta mí para embotar mis sentidos y mi mente.

—Estoy bien gracias a ti. Y por ello no diré nada de lo de la otra noche.
—Me alegra escuchar eso.
—Pero, ¿y si te identifican?
—Eso es casi imposible. Siempre he sido un fantasma para la sociedad. Y más para este país…
—¿De dónde eres? Tienes ese tipo de acento balcánico que hace que “gracias” suene a amenaza y “hola” a una declaración de intenciones.
—Soy de todas partes y de ninguna.
—¿Cómo aprendiste a hacer eso? —pregunté sin preámbulos.
—No sé a qué te refieres… —respondió, evadiendo mi pregunta.

Se puso a la defensiva. Sus gestos corporales lo decían todo: cruzó los brazos y las piernas para protegerse emocionalmente. Estaba incómodo y decidido a poner una barrera entre nosotros. Apretó los labios con el deseo de guardarse para sí mismo todas esas respuestas.

—A lo de anoche.
—Lo lamento, Isabella, pero si quieres que esto funcione… no me hagas esa clase de preguntas. Lo de anoche no pasó. No debió pasar, esto no debería estar pasando —se frotó el dorso de la mano repetidas veces en un gesto nervioso.
—Y aun así… aquí estamos —concluí suspirando fuertemente.
—No debería estar pasando, pero no puedo alejarme de ti. Ya lo he intentado y está claro que he errado. Me desconciertas. No sé qué me pasa, pienso en ti a todas horas. Es como si mi mundo tuviera más sentido cuando estás cerca.
—Eso suena... intenso —susurré con una media sonrisa, incapaz de evitar la mezcla de ternura y miedo que me crecía dentro.
—Lo sé —dijo mirándome de soslayo, evitando el contacto visual como si temiera que mis ojos lo empujaran a decir más de lo que podía soportar.

Se mordió ligeramente el labio inferior, otra señal clara de contención. A lo lejos, las luces del cine vibraban desde el mismo punto central para bañar nuestros cuerpos.

—¿Te pasa a menudo esto? —me atreví a preguntar.
—¿Sentirme fuera de control? No. ¿Sentirme atraído por alguien al punto de que me asuste? Nunca.

Silencio.

Sus palabras flotaban en el aire como si pesaran demasiado. Yo, que había pasado años escuchando confesiones en consulta, notaba el temblor en su voz, la forma precisa en la que elegía cada frase, como si tuviera que revisar su lógica antes de atreverse a decir lo que sentía.

—¿Y tú? —preguntó de pronto, girándose un poco hacia mí—. ¿Por qué estás aquí?

Quise responder con algo ingenioso. Algo que me protegiera. Pero no me salió.

—No lo sé. Quiero entenderte —mi voz también sonó honesta, casi frágil—. Quiero saber por qué alguien que actúa con esa frialdad puede, al mismo tiempo, salvarme con tanta determinación. Quiero saber qué te mueve. ¿Qué te quiebra? ¿Qué escondes?

Me miró fijamente por un instante. En sus ojos vi una mezcla desconcertante de miedo y alivio. Como si alguien, por fin, lo hubiera visto de verdad.

—Si supieras lo que soy… tal vez ya estarías corriendo —dijo casi en un susurro.
—Eso lo decidiré yo —le respondí, sin apartar la mirada.

El título de la película apareció en la pantalla y las ondas del sonido vibraron a través de las butacas hasta nuestros cuerpos. La luminosidad de la pantalla hacía brillar aún más los perfiles de su rostro.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, dejé que mi brazo rozara el suyo. Él no se apartó.

Por primera vez desde aquella noche sentí que podía convivir con el vértigo de no saber quién era este hombre, al menos por ahora.

Y tampoco negaré el deseo de seguir descubriéndolo.

Capítulo 17

Shadow

No sabía qué demonios hacía allí, sentado en un cine como si fuera un hombre normal. Después de lo que había pasado, después de haberla sacado de aquella situación, debería haberme marchado, mantener la distancia que el cónsul siempre me exigía… la distancia para no olvidar lo que soy. Lo que él hizo de mí.

Pero ella estaba a mi lado. Ella.
Su presencia me alteraba más que cualquier misión. No entendía por qué había aceptado venir. No entendía por qué, cuando dijo que decidiría por sí misma si debía correr ese riesgo, algo dentro de mí se aflojó… y al mismo tiempo se tensó.

Cuando las luces se apagaron y la sala quedó en penumbra, sentí cómo su brazo rozaba el mío. Tan solo fue un toque. Un gesto insignificante para cualquiera. Para mí, fue como si me hubieran prendido fuego bajo la piel.

Y en vez de sentir alivio, sentí un golpe seco en el pecho: remordimiento.

No por lo que había hecho antes. No por los hombres que había matado para protegerla. No.
Mi remordimiento tenía otro nombre: El cónsul.

El que me dio un techo, un apellido y un entrenamiento que me convirtió en lo que soy ahora.
El que me moldeó como se moldea un trozo de arcilla para transformarlo en un arma nueva, fría, precisa, obediente.
Y al que yo, incluso ahora, le debía cada respiración.

Estar allí, con ella… sentir que la quería cerca, que la quería a salvo, que una parte de mí la necesitaba… era una traición. Una traición silenciosa, íntima, imposible de justificar.

El cónsul me había enseñado que no debía pertenecerle a nadie. Que una herramienta no se mezcla con la gente. Que las emociones son una grieta por donde entra la debilidad.

Pero entonces, ella volvió a rozarme, esta vez sin querer, moviéndose en el asiento.
Y toda mi formación, toda mi disciplina, toda mi vida entera bajo su control… tembló.

Porque lo que sentía no tenía espacio dentro del hombre que él había creado.
Y, aun así, lo necesitaba.

Una punzada de humanidad.
Un deseo absurdo de ser… más que un instrumento.
Una necesidad irracional de protegerla, no porque me lo ordenaran, sino porque quería hacerlo.

Y ese deseo fue exactamente lo que me hizo odiarme un poco más.

Porque sabía que estaba rompiendo la primera regla que el cónsul me grabó a fuego:
No te permitas sentir.

Y allí estaba yo.
Sintiendo demasiado.
Por la única persona ante la que no debería sentir nada.

La película comenzó: *Durmiendo con el enemigo*.
Yo la había elegido.

Podía parecer irónico, incluso cruel, pero para mí era… una advertencia. O tal vez un experimento.

La historia trataba sobre un hombre que controlaba a una mujer, que disfrazaba su posesión de protección. Y quería observar su reacción. Comprobar si, al mirarla de reojo, veía en sus ojos miedo… o rechazo…
Pero también era algo más profundo:
Quería saber si, en su mente, yo encajaba en la figura del enemigo.

Durante las escenas más tensas, ella se acercó un poco más. No mucho. Lo suficiente como para que mi piel volviera a encenderse.

Su respiración rozó mi brazo. Su silencio era una pregunta. Y, por primera vez en años, no tenía una respuesta preparada.

Sentía que estaba defraudando al cónsul por completo. Cada segundo de esa película, cada centímetro entre ella y yo, era una ruptura microscópica en la estructura que él había construido dentro de mí.

Pero, al mismo tiempo…
había una parte de mí, una que nunca había tenido permiso para existir, que se sentía orgullosa de haberla salvado.
Y profundamente agradecida de que, después de todo, hubiera aceptado sentarse a mi lado en la oscuridad del cine.

No sabía qué significaba eso.
Ni qué iba a significar para el cónsul si lo descubría.
Ni qué significaba para mí mismo.

Pero, mientras la luz de la pantalla dibujaba sombras sobre su rostro, solo pude pensar una cosa:

Si ella está aquí… es porque no me teme del todo.

Y ese pensamiento, por primera vez, hizo que todo dentro de mí se desordenara de una manera extrañamente… hermosa.

Capítulo 18

Isabella

Al salir al aire fresco de septiembre, la noche ya se había instalado, fresca y con un cielo despejado que hacía que las farolas proyectaran sombras largas sobre las aceras.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó Marcos mirándome a los ojos, con una voz que parecía contener una mezcla de duda y esperanza.

Sentí cómo el estómago se me encogía. En realidad, no sabía si quería que se fuera o se quedara.
—Gracias. —Respondí con una sonrisa, afirmando con la cabeza—. No voy a negarte que me alegra que me ofrezcas tu compañía.

Nos pusimos en marcha, caminando juntos por las calles casi vacías de Madrid, sin prisas ni demasiadas palabras. El silencio era cómodo, apacible, correcto.

—¿Sabes? —dije al fin—. A veces siento que estoy intentando analizarte como si fueras un caso clínico. ¿No te molesta?

Marcos se rio, una risa baja y sincera.
—Me gustaría que me trataras con la misma paciencia que a tus pacientes.

Y ahí, bajo la tenue luz amarillenta de las farolas, su sonrisa me hizo entender que, a pesar de todo, este juego peligroso al que nos enfrentábamos tenía algo de irresistible.

Llegamos al portal. Me detuve frente a la puerta, con las llaves en la mano y sin ningún interés en abrir la puerta. No quería que la noche terminara aún. No tan de golpe. Él también se detuvo, a medio paso de mí.

—Bueno… —murmuré, sabiendo que decir "buenas noches" sería mentirle al deseo que me quemaba por dentro.

Marcos bajó la mirada. Jugaba con los dedos de su mano derecha, como si se estuviese castigando mentalmente por algo. Su cuerpo entero parecía debatirse entre el impulso y la contención.

—¿Estás bien? —le pregunté, dando un paso más cerca.

Tardó un segundo más de lo normal en contestar. Como si necesitara buscar la respuesta correcta dentro de una mente sobreestimulada.
—Sí. Es solo que… —Levantó los ojos hacia mí—. A veces, cuando quiero algo mucho, no sé cómo acercarme sin romperlo.

Mi corazón dio un vuelco.
—No soy de cristal, Marcos.

Volvió a bajar la mirada y luego, como si tomara aire antes de lanzarse a un abismo, alzó la mano para rozarme la mejilla con sus nudillos. El gesto fue tan suave que sentí un escalofrío desde la nuca hasta los tobillos.

—No deberíamos hacer esto —susurró.

—¿Por qué? —Mi voz también era un leve murmullo—. ¿Por qué podrías herirme? ¿O porque te asusta lo que sientes?

No contestó. Solo me miró. Intenso. Fijo. Como si necesitara leerme más allá del rostro, como si memorizara mi existencia para que nada se le escapara. Sus pupilas dilatadas. Su respiración contenida.

Y entonces, por fin, se acercó.

El primer contacto fue leve, casi torpe. Pero en cuanto mis labios respondieron, algo en él se liberó. La contención dio paso al deseo. Me sujetó con firmeza por la nuca y por la cintura, como si temiera que desapareciera. Su boca reclamó la mía con una urgencia inesperada. El beso fue salvaje, profundo, una mezcla de miedo, necesidad y algo oscuro que ninguno de los dos quiso nombrar.

Me rendí.

Mi espalda chocó suavemente contra la puerta del portal. Mis manos buscaron su pecho, sus hombros, su cuello. Y por primera vez sentí que todo lo que había callado durante la noche —el deseo, la confusión, el peligro— encontraba salida en ese beso.

Cuando se apartó, su frente quedó pegada a la mía. Respiraba agitado. Sus manos aún temblaban.

—Lo siento —murmuró, con la voz rota.

—No lo sientas —le respondí, aún con los labios ardiendo—. Si esto es un error, déjame cometerlo contigo.

Y entonces me sonrió. No del todo. Pero con una honestidad que me dejó sin defensas.

—Tal vez destruya todo lo que crees saber… pero no permitiré que te alejes. Ya formas parte de mí, Isabella. Y lo mío… no lo suelto. Nunca —dijo con una calma tan gélida que me erizó la piel, como si cada palabra fuese una sentencia. Sus ojos, fijos en los míos, no mostraban duda ni remordimiento. Solo una certeza peligrosa, absoluta, casi primitiva. Como si, para él, el amor y la posesión fueran la misma cosa.

A veces, el peligro no está en lo que una persona oculta, sino en lo que despierta en ti.

Capítulo 19

Isabella Al día siguiente

La llave giró con un clic seco. Empujé la puerta de mi despacho y encendí la luz. La bombilla parpadeó un par de veces antes de estabilizarse. Entré, cerré detrás de mí y dejé el bolso sobre la silla de siempre, la que crujía si uno se sentaba mal.

La facultad estaba casi vacía. Ya era viernes, pasadas las ocho de la tarde, y los pasillos olían a papel viejo, café frío y humedad. Fuera lloviznaba. Las gotas golpeaban el ventanal con una cadencia irregular, como si la lluvia también dudara en estar allí.

Encendí la lámpara del escritorio. Sobre la pila de correcciones, entre dos libros que no recordaba haber dejado abiertos, vi el sobre.

No tenía nombre. Solo una hoja doblada, sin remitente. Papel blanco. Tinta negra.

Lo abrí con lentitud, sintiendo el nudo en el estómago antes de leer una sola palabra.

Tiene su precisión, pensé. Siempre exacto en todo lo que hacía.

Desplegué la nota.

Cerro del Tío Pío. Mañana a las 5:30 a. m. Solo tú.
Si no vienes, lo entenderé.

Me quedé inmóvil. Las palabras eran simples. Líneas rectas. Sin adornos. Pero en esa última frase había una grieta.

"Si no vienes, lo entenderé".

Cerré los ojos un segundo. Respiré hondo. El sonido de la lluvia se volvió más nítido.

¿De veras quiere que elija? ¿O es otra prueba? ¿Otra forma de medir hasta dónde llego sin romperme?

Miré el sobre otra vez. No había huellas visibles, ni rastro de perfume, nada que lo delatara. Solo esa letra firme, inclinada hacia

la derecha que lo traicionaba. Podía escucharlo leyéndola en voz baja.

"Solo tú".

Dejé la nota sobre el escritorio y me senté. Apoyé los codos en la mesa, las manos en la nuca. Miré el techo durante largos segundos.

Un asesino me está pidiendo que lo vea antes del amanecer. Y yo quiero ir.

No por morbo. No por desafío.

Quiero ir porque en sus silencios hay algo que nadie me ha dado jamás: verdad, sin filtro, sin adornos. Quiero entenderlo. Quiero verlo fuera de las sombras.

Me levanté. Apagué la lámpara. Guardé la nota en el bolsillo interior de mi abrigo, el que usaba cuando no quería que me registraran nada.

Salí del despacho sin volver a mirar atrás.

Ya había tomado la decisión el sábado pasado, cuando nos besamos.

Capítulo 20

Isabella

Subí la colina con paso lento. El aire era más frío de lo que esperaba, y el vestido que había elegido no ayudaba. Aun así, no me detuve. Crucé los brazos, más por instinto que por frío. A esa hora, el mundo parecía suspendido, flotando entre lo que fue y lo que aún no había pasado.

¿Qué hago viniendo aquí?, me pregunto. ¿Qué clase de impulso me arrastra hacia él, sabiendo quién es, sabiendo lo que puede pasar?

Él ya estaba allí, como sabía que estaría. Sentado en el banco más alto del parque, quieto como una estatua. El abrigo negro le cubría hasta el cuello y su postura recta no tenía nada de relajada. Al lado, un par de vasos de cartón soltaban una tímida columna de vapor.

Me senté sin decir nada, dejando un poco de espacio entre nosotros. Tomé el café que me ofreció con cuidado. El contacto del cartón caliente con mis manos me ancló al presente. Al dar un pequeño sorbo, comprobé que también conocía mis gustos para el café.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —pregunté.

—Veintitrés minutos y dieciséis segundos —respondió sin dudar, sin mirarme.

Claro, pienso. Siempre precisa la cuenta. Siempre el cálculo. La anticipación. Como si todo dependiera del instante exacto.

Sonreí, suave. Había algo entrañable en su forma de estar. Un orden en el caos.

—Gracias por el café —dije.

El silencio cayó entre nosotros, pero no era incómodo. Era denso, lleno de todo lo que aún no nos habíamos dicho. Desde aquí,

Madrid parecía otro mundo. Las luces se apagaban una a una, como párpados cerrándose.

—Este lugar tiene siete colinas —dijo él de pronto—. Lo llaman Parque de las Siete Tetas. Es un nombre vulgar para algo… que es matemáticamente simétrico.

—No me parece vulgar —respondí—. Tiene algo de… maternal.

Giró la cabeza hacia mí, como si no entendiera.

—¿Maternal?

Asentí.

—Tal vez el nombre hable más del deseo de proteger que de otra cosa. Como un refugio con vistas.

No dijo nada. Se quedó mirándome un momento más de lo necesario y luego volvió a clavar los ojos en la ciudad. Vi cómo apretaba las manos sobre las rodillas, cómo contenía algo que no sabía nombrar.

Está sintiendo algo, pienso. Pero no sabe si tiene permiso para sentirlo.

—No deberías estar aquí —murmuró.

—Estoy porque quiero —respondí, mirándolo de frente—. Y porque sé quién eres.

Su cuerpo se tensó. No se movió, pero sentí la vibración del miedo contenido.

—¿De verdad sabes quién soy, Isabella?

—No del todo —admití—. Pero sé lo suficiente. Sé cómo controlas tu respiración cuando te concentras. Cómo miras los puntos altos de los edificios. Cómo no me tocas ni por accidente, pero recuerdas cada palabra que digo.

El silencio volvió, esta vez más afilado.

—¿Eso es un diagnóstico?

Negué con la cabeza.

—No. Es una observación afectuosa. No soy tu terapeuta. Soy alguien que te está conociendo. A pesar de los riesgos.

No supe si lo entendió, pero me miró. Y en sus ojos algo cedió. Una grieta en la armadura.

Él no respondió. Solo asintió levemente, como si mis palabras fueran un dato que acababa de archivar. La tensión en sus hombros no desapareció. Si acaso, se volvió más compacta. Como una fibra a punto de romperse.

—¿Siempre fuiste así? —pregunté con suavidad—. ¿Tan preciso? ¿Tan… atento a cada detalle?

Lo vi dudar. Sus labios se apretaron, como si buscara una forma matemática de responder una pregunta que no se resolvía con lógica.

—Desde que tengo memoria —dijo al fin.

—¿Y qué recuerdas? —insistí—. ¿Cómo era tu infancia?

Él giró la cabeza hacia el horizonte. El sol todavía no había salido del todo, pero ya pintaba de cobre el filo de algunos tejados. Durante unos segundos pensé que no me contestaría.

—Silenciosa —respondió al fin.

—¿Por elección? ¿O por miedo?

El movimiento fue sutil, pero evidente: la mandíbula se tensó. Bajó la mirada y la espalda, hasta entonces tan recta, se encorvó. No respondió.

—A veces —continuó, con la voz baja—, cuando los niños crecen en entornos caóticos, aprenden a volverse invisibles. La hipervigilancia no es una elección, es supervivencia.

Él sacudió la cabeza, con un gesto breve.

—No me gusta hablar de eso.

—¿De tu infancia?

—De… ella.

Ella. Lo dijo sin emoción, pero en esa palabra había una piedra.

Capítulo 21

Isabella.

Sus ojos se cerraron. No con calma, sino como si algo le doliera detrás de los párpados. Mantuvo el silencio.
—Hablas de tu madre —dije.
Duele, pienso. No es que no quiera hablarlo. Es que no puede hacerlo sin romperse.
—Está bien —añadí enseguida, casi en un susurro—. No tienes que contarme nada que no quieras.

Él asintió una vez, sin mirarme.

Pero algo había cambiado. El aire entre nosotros ya no era solo tensión. Era otra cosa. Algo más íntimo. Más frágil. Como si me hubiera acercado a la parte más oculta de su mapa, justo antes del borde donde escriben: "Aquí hay dragones".

Me quedé en silencio un momento. Luego dije, sin pensarlo demasiado:
—Me gustaría saber cómo te convertiste en quien eres. No solo lo que haces. No… lo que queda de ti cuando no trabajas.

Lo vi parpadear. Bajó la mirada hacia el café en sus manos. Lo giró ligeramente, como si buscara un ángulo específico que no

encontraba.
—No sé si queda algo —dijo al fin.

Me incliné hacia él.
—Yo creo que sí. Creo que ahí, en el fondo, queda mucho más de lo que tú te permites ver.

No respondió. Pero, por primera vez, no pareció querer huir.

—¿Por qué te libraste de tus dos guardaespaldas?
—Necesito mi libertad —respondí sin preámbulos.
—A pesar de estar en peligro.
—Justamente por eso —añadí.

Se quedó en silencio. El viento movía levemente su abrigo, como si todo a su alrededor estuviera calibrado para no tocarlo demasiado. Sabía que entendía lo que le decía, pero aún no estaba listo para aceptarlo.

—¿No te da miedo morir? —preguntó entonces, con la misma naturalidad con la que alguien podría preguntar la hora.
—Sí. Pero me da más miedo no vivir.

Giró la cabeza muy despacio hacia mí. Sus ojos eran un océano en calma con algo oscuro debajo. No una tormenta. Algo más profundo. Hundimiento.
—¿Y venir aquí sola? —Estar conmigo, así… sin saber qué soy exactamente, ¿no te da miedo?
—Sé lo suficiente —dije—. Y lo que no sé, prefiero descubrirlo por mí misma.

Bajó la mirada. Apretó los labios. Había tensión en su mandíbula, pero no enojo. Era algo parecido a la culpa… O miedo de volverse visible.

—No suelo confiar en las personas —dijo, casi en un susurro.
—Ni yo —respondí.

Volví la vista al horizonte. El sol empezaba a romper la línea de los tejados. Un primer rayo de luz tocó la punta de la colina. Madrid

despertaba muy lentamente, como si no quisiera interrumpir lo que estábamos construyendo allí, en silencio.

—No creo que sea coincidencia que estemos aquí —añadí.

Él no contestó. Pero no se fue. No se cerró. Y, por ahora, eso bastaba.

Capítulo 22

Isabella

Durante la semana siguiente no lo volví a ver en persona. No de frente. No como aquella madrugada.
Pero cada día había un mensaje.

Nunca hablábamos por teléfono. Los medios rastreables estaban descartados. Solo se permitía el papel. Pequeños sobres sin nombre, dejados con un cuidado milimétrico: entre las páginas de un libro que yo había citado en clase, en el bolsillo interior de mi abrigo colgado en el perchero del despacho, debajo de una taza vacía en la máquina de café. A veces aparecían sin que pudiera entender cómo habían llegado allí.

Y siempre con su letra. Esa caligrafía impoluta, inclinada hacia la derecha, como si cada palabra tuviera intención.

“¿Te gusta el jazz de los años cuarenta o prefieres el silencio?”
“Me gustas cuando haces preguntas que no sé responder.”

No iban firmadas con su nombre, pero no hacía falta.

Yo respondía igual. Mis notas eran más caóticas, más viscerales. Dejaba pistas que él podía seguir: un post-it adherido al margen de un periódico en la biblioteca, una hoja doblada dentro de un archivo de la facultad de arquitectura, una línea escrita con tinta azul en una servilleta de cafetería.

Era absurdo. Infantil incluso. Pero también… especial. Como si estuviéramos inventando una forma secreta de comunicación solo para nosotros. Como si el mundo entero se redujera a esa correspondencia clandestina que nadie más entendía.

Y yo, sin saber cómo ni cuándo, empecé a esperarlo. Diría incluso que a desearlo.

No a él. A sus palabras. A sus silencios escritos. A la forma en que describía un amanecer sin decir la palabra “sol”, o cómo se disculpaba por sentirse roto sin usar la palabra “culpa”.

Me sorprendía sonriendo mientras leía. A veces contestaba con una línea. A veces con un párrafo. Y a veces, simplemente, doblaba el papel y lo guardaba junto a los otros. Porque sí, los estaba guardando todos en una caja de té vacía que tenía en el despacho.

Él no hablaba de lo que hacía. Nunca mencionaba sangre, ni decisiones, ni sombras. Pero en cada nota había un pedazo suyo. Una rendija. Una grieta.

Y yo me asomaba a ella cada vez con menos miedo. Con más deseo de entenderlo. De tocar esa parte que él mismo creía perdida.

Estaba empezando a pillarme por él.

Lo supe cuando un día no encontré el sobre.
Y me pasé toda la tarde con una punzada en el pecho que no era ansiedad ni miedo. Era ausencia. Como si algo vital se hubiera quedado en pausa.

Sabía que mi cerebro estaba detectando estímulos placenteros relacionados con ese hombre misterioso, atractivo y lleno de tatuajes. Se estaban activando áreas como la de recompensa y motivación. Y las sustancias clave como la dopamina, la noradrenalina o el cortisol aumentaban.

Pero, a pesar de no haber recibido correspondencia, me dio igual: tuve que escribirle. Como si decirle cosas fuera ya un impulso primordial, no una estrategia.

Él se estaba filtrando en mi vida como una melodía que no sabes cuándo empezó, pero ya no puedes dejar de escuchar.

No sé si esto era amor. Aún no. Pero era algo que lo rozaba. Algo más íntimo que el contacto físico.

Era la certeza de que, por primera vez, alguien me estaba viendo con detalle. Y el vértigo de estar viendo a alguien que ha hecho todo lo posible por no ser visto jamás.

El viernes fue un completo desastre. Demasiada carga laboral mezclada con estudiantes problemáticos y denuncias falsas de estos últimos.

Pero todo eso se disolvió en cuanto llegué a mi despacho y vislumbré un papel milimétricamente doblado.

La habitación roja.
Habitación 5.
Esta noche, 00:00 h.

Capítulo 23

Isabella

Noté una corriente fría por debajo de mi piel. El pecho se me encogió, privándome del aire, como si los pulmones tuvieran que mendigar por una bocanada de aliento. Mi corazón no latía: martilleaba como loco.

Las manos me temblaban, zarandeando ese trozo de papel, y la garganta se cerró como una puerta que no encaja bien.

Mil voces se alzaron en mi cabeza, sin orden ni concierto. Eran un enjambre furioso.

Comencé a inventar futuros posibles para vivirlos todos a la vez. En ese estado, el tiempo perdió peso y cinco minutos duraron una hora.

¿Estoy dispuesta a llegar tan lejos en esta relación clandestina?

La Habitación Roja era el nombre perfecto para el motel de mala muerte cerca del puente de Vallecas, en una calle estrecha entre talleres mecánicos y almacenes abandonados.

Esa cita tenía un propósito claro…
Era entrega. Era un salto al vacío donde ninguno de los dos podía fingir si esto era solo una curiosidad clínica, un error de cálculo o un accidente emocional.

Logré sentarme, respirando con dificultad. Observé cómo la luz del fluorescente proyectaba sombras alargadas en la pared. Pensé en todo lo acontecido hoy: gritos, amenazas, correos hostiles. Y, sin embargo, ahí estaba yo, pensando solo en él.

¿Estoy dispuesta a llegar tan lejos en esta relación clandestina?
Ya no era una pregunta. Era una afirmación velada. Porque si no estuviera dispuesta, no estaría mirando el reloj como si marcara la cuenta atrás de algo irreversible.

Capítulo 24

Isabella

El reinado del verano estaba a punto de terminar y, gracias a ello, las noches comenzaban a refrescarse. La atmósfera ya anticipaba el cambio de estación y parecía que también el mío. Bajo la luz mortecina de las farolas, las calles cercanas a ese barrio se sentían hostiles. Los talleres mecánicos habían cerrado y las persianas metálicas estaban decoradas con grafitis antiguos, desgastados por el agua y el tiempo. Las calles olían a grasa seca, a sudor y a cables quemados. Había un silencio extraño, roto por el ladrido de un perro lejano y el sonido de mis tacones.

Miré la pantalla del móvil para cerciorarme de que estaba en el motel correcto. La puerta parecía la entrada trasera de cualquier local de mala muerte: una puerta metálica pintada de negro y llena de desconchones por el óxido.

Empujé la puerta y, desde el interior, se proyectaron luces rojas de los fluorescentes que iluminaban la recepción.
Tanto las paredes como los muebles eran de color negro; no sabía si por estética o para disimular la suciedad, pues el aire estaba viciado, tibio y oscuro, mezcla de piel, aliento y deseo.

La mujer que estaba en admisión me miró primero con desdén. Después, me lanzó una de esas miradas que sabes que te están evaluando: sus ojos me recorrieron desde la cabeza hasta los pies y regresaron a los míos para, acto seguido, elevar una ceja y hacerme saber su incertidumbre. Lo sabía: no era el prototipo de mujer que entraría en este motel en circunstancias normales.

—Habitación cinco.
La mujer con rastas en la cabeza, que no dejaba de masticar chicle con la boca abierta, tomó las llaves y las dejó encima del mostrador.
—Primera planta —informó con aire cansado, arrastrando las palabras.
—Gracias —respondí, tomándolas sin mirar su expresión de asombro.

Tomé el ascensor cargado de feromonas y presioné el botón que tenía el número uno desgastado. La luz del interior parpadeaba y

pensé que podría quedarme allí atascada.

Al abrirse las puertas, corrí hacia el pasillo, donde me crucé con una mujer semidesnuda que no dejaba de tambalearse sobre sus tacones de diez centímetros, con el rímel y el carmín de los labios corridos.
—Hola, guapa. ¿Quieres que te haga un trabajito…? —Para escenificar la pregunta, puso su dedo índice y el anular en forma de "V" y empezó a mover la punta de la lengua de arriba a abajo. Después, su carcajada hizo eco en aquel pasillo.

No pude evitarlo: mi mente comenzó a plantear multitud de hipótesis sobre aquella mujer y cómo su infancia había marcado su presente. ¿Traumas en la infancia? ¿Relacionado con figuras paternales?

Pasé de largo, giré el rostro para alejarme todo lo posible de esa peste a alcohol que despedía su aliento y continué hasta la puerta número cinco.

No sabía si llamar o entrar directamente.
Me paré un segundo, saqué la llave del bolsillo de la chaqueta ejecutiva y la introduje en la cerradura despacio. La giré y abrí la puerta.

Una vez que mis pies tocasen el interior de esa habitación, ya no habría vuelta atrás. Lo sabía.

Di un paso y, después, otro.

Capítulo 25

Isabella

La habitación olía a él. El aire pareció ceder ante su presencia. No fue solo su porte —sereno pero firme—, sino ese aroma que lo precedía, como un eco suave de elegancia oscura. Al principio, una ráfaga limpia a pomelo fresco y hojas de albahaca recién trituradas rozaba los sentidos, como el primer soplo de brisa en una noche de verano. Pero enseguida, sin esfuerzo, emergía jengibre cálido, picante y vibrante, mezclado con el susurro sutil de flor de naranjo, como si ocultara secretos bajo capas de refinamiento.

Y ahí estaba. Apoyado en la ventana como si fuera rey del mundo. Con los brazos cruzados, mostrando sus bíceps trabajados en el gimnasio y los múltiples tatuajes que asomaban por el cuello de la camisa blanca.

Alzó la cabeza lentamente para apoderarse de todo mi ser con aquellos ojos gélidos. Algo en mi estómago se contrajo. No era miedo; no del todo. Era otra cosa. Como si mi cuerpo supiera lo que mi mente se negaba a admitir.

—Has venido —afirmó, sorprendido.

No respondí; solo asentí.

Cerré la puerta tras de mí y escuché el clic de la cerradura como el eco de un disparo.

—Creí que te lo pensarías mejor.

Lo hice. Lo pensé demasiado.
Lo imaginé todo: su voz en mi oído, sus manos alrededor de mi cintura, el sabor de la decisión equivocada.

—No había nada que pensar —mentí.

Su sonrisa no fue amable. Era una curva tensa, peligrosa, como una cuerda de violín a punto de romperse. Caminó hacia mí y cada paso era una amenaza muda. Pero yo no retrocedí. Me obligué a

sostenerle la mirada, a no parpadear, aunque su presencia me quemara por dentro.

Se detuvo frente a mí. Tan cerca que juré que Marcos podía contar los latidos de mi corazón desbocado. Su mano subió por la depresión de mi cintura, con esos dedos que sabían matar y acariciar con la misma precisión. Me tomó del mentón y elevó mi rostro.

—No será suave.

—¿Y quién te ha dicho a ti que necesito que sea suave? —pregunté sin preámbulos.

Sus labios cayeron sobre los míos con una violencia controlada. No fue un beso dulce. Fue una toma. Como si quisiera marcarme desde dentro. Y yo, estúpidamente, le dejé.

La pared me recibió de espaldas cuando su cuerpo me empujó contra ella. No me dolió. Me ancló. Sus manos buscaron mi cintura, mi espalda, y sentí cómo me recorría con hambre; no como si quisiera seducirme, sino como si quisiera memorizarme antes de destruirme.

Lo empujé, por reflejo. Y lo vi sonreír. No era burla. Era reconocimiento.

—Entonces sí tienes fuego —dijo, con esa voz baja y áspera—. Eso me gusta.

—No soy una de tus putas rotas —le escupí. Y me odié un poco por la forma en que temblaba mi voz.

—No —asintió—. Tú estás entera. Pero no por mucho.

Me alzó en un solo movimiento. Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura y mis manos, traidoras, se aferraron a sus hombros. Su boca bajó por mi cuello, y yo arqueé la espalda sin poder evitarlo.

No sabía si estaba cediendo o peleando. Tal vez ambas.

Pero lo que sí sabía, con cada respiración entrecortada, con cada roce, con cada palabra no dicha, era que, una vez que terminara esa noche… ya no podría volver a ser quien era antes.

Y, quizás, tampoco querría serlo.

Capítulo 26

Shadow

Cuando la tuve contra la pared, sentí cómo temblaba.
Pero no de miedo.
Era otra cosa. Como si estuviera avivando un incendio que no sabía cómo apagar.

No gritó. No lloró. No rogó.
Me miró como si no le debiera nada al mundo. Ni siquiera a mí.
Y eso, jodidamente, me excitó.

Tenía las piernas enredadas en mi cintura, los ojos ardiendo de algo que no era solo deseo. Era rabia. Era orgullo. Era dolor antiguo.
Y yo, por alguna razón que no entendía, no quería arrancárselo.
Quería hundirme en él. Respirarlo. Destruirlo.
Poseerlo.

Bajé la cabeza a su cuello y la besé ahí, justo donde latía el pulso.
Su espalda se arqueó, ofreciéndose. No dijo mi nombre. No gimió.
Pero sentí cómo exhalaba.

—Podrías haber huido —le susurré contra la piel, sabiendo que no lo haría.
—Lo sé.

La apreté más fuerte contra mí, hasta que nuestros huesos chocaron. Estaba hermosa en su desorden: la blusa medio abierta, la boca enrojecida, las piernas apretadas como si no quisiera que me fuera jamás.
Y, sin embargo, en sus ojos…
No había sumisión.
Había reto.

Maldita sea.

Nunca me habían gustado las mujeres que piensan demasiado. Ni las que saben lo que valen. Son peligrosas. Te quiebran desde dentro.
Pero Isabella…
Ella tenía algo que no sabía nombrar.
Y eso me cabreaba. Me excitaba. Me confundía.

Podía tomarla ahí mismo, en esa habitación sucia, contra esa pared que había visto demasiadas historias parecidas.
Podía hacerle olvidar hasta su maldito nombre.
Pero no.
No, todavía.

Quería oírla rendirse. No con gritos, sino con esa forma silenciosa de perderse en mí.
Y yo…
Yo también quería perderme.
Aunque eso fuera traición. Aunque eso me matara.

Mis dedos fueron a los botones de su camisa. Los fui abriendo uno a uno, con cuidado, como si estuviera desarmando una bomba.
Porque lo era. Ella lo era.
Cada capa que quitaba era una línea que cruzábamos. Y lo sabíamos los dos.

—¿Estás segura? —pregunté, porque, por primera vez en años, me importaba.
Ella asintió. Sin palabras.

Con los ojos. Con el cuerpo. Con la respiración que se cortó cuando mi mano la acarició por primera vez.

Y entonces sí.
Entonces la besé como si fuera a la guerra: sabiendo que no saldría ileso esta vez.

Subí aún más su maldita falda, metí la mano para sostener su culo y buscar el tanga. Cuando lo localicé, di un tirón brusco para romperlo. Gimió al sentir la tela rasgarse, y aquel sonido hizo que mi sexo diera un respingo en los confines de mi pantalón vaquero, como pidiendo a gritos que lo liberara.

Dejé que sus piernas cayeran al suelo mientras le agarraba del cuello y me apoderaba de sus labios.
Con la otra mano me deshice del cinturón. El sonido metálico de la hebilla anticipaba lo que estaba por venir. Bajé la cremallera para aliviar la presión de esa zona.

Lancé los zapatos por la habitación de dos patadas. Me quité los pantalones sin soltar mi presa, y mi polla saltó libre, feliz y erguida para la batalla.

Di un paso atrás.
—De rodillas —ordené, no con violencia, sino con una certeza seca.

Ella me miró, y lo hizo. Se dejó caer sin palabras, con los ojos fijos en mí. Sin miedo. Solo entrega.
Sus labios estaban tan cerca de mí que dolía. Tomé su cabello, ese nido oscuro e indomable que tanto odiaba como deseaba, y lo enredé entre mis dedos.

—Mírame —dije.
Y lo hizo.

Sus ojos, tan jodidamente vivos, se clavaron en los míos mientras sus labios se abrían.
Y yo…
Yo no sabía si estaba ganando algo
o si acababa de rendirme del todo.

No era que no lo hubiera sentido antes. No era que no supiera lo que era tener el poder entre las manos.
Era que, con ella… cada gesto venía cargado de una electricidad distinta.
No era simple placer.
Era algo que no podía controlar.
Y yo odiaba no tener el control.

Su boca se cerró alrededor de mí con una lentitud medida, como si se tomara su tiempo.
La forma en que me miraba desde abajo, sin teatralidad, sin máscara, me desconcertaba más que cualquier mordida.
Me sostenía la mirada.
Yo no estaba acostumbrado a eso.
La mayoría bajaban los ojos. Ella no.

Mis dedos se aferraron a su cabello con más fuerza de la que pretendía, pero no se quejó. Se adaptó. Se dejó guiar. No como una sumisa rota, sino como alguien que sabía lo que estaba entregando… y por qué.

Cada vez que su boca se deslizaba más profundo, sentía que algo en mi interior cedía.
Una capa.
Una muralla.
Una de esas cosas que me mantenían a salvo del mundo.
Y ella estaba rompiéndolas.
Sin decir nada.
Solo con calor, con lengua, con boca, con esa maldita respiración que vibraba contra mi piel y me hacía ver borroso.

La agarré de la nuca para acercarla a mi erección. Froté la punta dentro de su boca, y al notar su humedad y la forma en que me succionaba, no pude contenerme. Agarré su cabeza con ambas manos y follé su boca sin darle tregua, haciendo que tragara toda mi longitud.

Isabella se aferró a mis muslos, clavándome las uñas con fuerza mientras abría mucho los ojos. Sus gorjeos incrementaron mi excitación. Enrosqué sus rizos en un puño y tiré de ella hacia atrás. Ella inhaló de golpe.

Tras recomponerse, su lengua tocó la punta de mi polla otra vez y todo mi cuerpo se tensó.

—Para —ordené. Mi voz fue más ronca de lo que esperaba.

Ella se detuvo al instante, sin protestar. Limpió el borde de sus labios con el dorso de la mano, sin perder el contacto visual.

Me agaché. Tomé su rostro entre las manos. Lo hice como si fuera algo frágil, aunque sabía que ella era cualquier cosa menos eso.

—No quiero correrme así —le dije, con brutal sinceridad—. No en tu boca.

Ella parpadeó, confundida.
No preguntó por qué.
No hizo drama.
Solo esperó.

—No es solo sexo. No contigo.

Se incorporó. Me besó. Despacio. No como antes. No con rabia. Con algo que me desarmó por completo.

Y cuando me llevó hacia la cama, con las manos en mi pecho y la boca rozando mi oído, entendí que esa noche no iba a ser como las otras.
No iba a ser fácil.
Ni sucia.
Ni rápida.

Iba a doler.
Iba a dejar marcas.
Y, jodidamente, quería que así fuera.

Capítulo 27

Isabella

Su cuerpo era una amenaza silenciosa. Le guié hasta la cama para que se tumbara boca arriba en ella.
Un instinto primario me pedía que lo poseyera, que lo marcara como propio, y así lo hice. Me monté en él, me acomodé sobre su pelvis, notando su dura hombría junto a mi sexo empapado. Metí la mano entre nuestros cuerpos para tomar su erección y guiarla a mi centro.

A pesar de mi excitación, mi cuerpo tuvo que adaptarse a su anchura, pero fue una tortura tremendamente deliciosa. Llegó a los puntos más sensibles de mi interior; cerré los ojos y cabalgué sin medida.

Mi mente se desconectó. Acaricié sus pectorales fuertes y marcados para sostenerme en aquella posición mientras él agarraba mi cintura y acompañaba mis movimientos con sus embestidas.
Una batalla más antigua que el tiempo mismo, un choque de cuerpos que nos conducía a un delirio frenético donde el tiempo se detenía y solo nuestra existencia importaba.

Abrí los ojos para ver sus facciones deformadas por el placer. Sus ojos grises estaban fijos en mí cuando me agarró y me hizo girar sobre el colchón, posicionándose encima, hundiéndose aún más profundamente en mí y llevándome al reino de la lujuria.

Su cuerpo se movía dentro del mío con un ritmo lento, exacto, como si contara los segundos en su cabeza.
Pero yo… yo ya no contaba.
No podía.

Todo era calor. Todo era presente.
Sentía cada embestida como una palabra que nunca nos habíamos dicho.
Una confesión sin voz.
Una disculpa que nadie pidió.

Un deseo contenido por demasiado tiempo que ya no buscaba permiso.

Mis uñas se clavaron en su espalda, y él ni siquiera se quejó. Solo se aferró más a mí.
Como si tuviera miedo de que me esfumara.

—Marcos… —susurré su nombre sin saber por qué. Solo necesitaba sacarlo de dentro de mí y ponerlo en el aire, en mis labios, en todas partes.

Su rostro estaba tan cerca que podía sentir el temblor de su respiración.
No gemía. No decía nada.

Pero sus ojos…
Sus ojos eran un grito.
Me miraba como si no entendiera por qué yo estaba allí.
Como si no creyera que alguien pudiera tocarlo sin ensuciarse.
Como si yo fuera la excepción.
Y él… no supiera qué hacer con eso.

Y entonces…
Me rendí.

Todo mi cuerpo se tensó de golpe, como una ola que retrocede antes de romper.
Lo sentí destruirse desde abajo, desde la base de mi columna, desde lo más hondo de mí, donde nunca había dejado entrar a nadie.

El placer no fue limpio.
Fue sucio, tembloroso, arrollador.
Me arqueé contra él y jadeé su nombre como una súplica o como un grito ahogado que por fin encontraba salida.

Mi piel ardía. Mis piernas temblaban. Mis músculos se contrajeron a su alrededor con tanta fuerza que lo sentí detenerse un segundo, contener el aliento, como si también se estuviera rompiendo.

Y mientras mi orgasmo me atravesaba como un rayo, pensé que no era solo eso.
No era solo sexo.
Era el momento en que dejé de tener miedo.
A él. A mí.
A todo.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, no me sentí sola.
No con él dentro de mí.
No con su frente apoyada en la mía.
No con sus manos temblando igual que las mías.

El mundo ahí afuera seguía siendo una mierda.
Seguían esperando la sangre, los secretos y la muerte tras la puerta.
Pero allí, en esa cama, bajo esas luces rojas de motel barato…
había algo que parecía amor.
Aunque ninguno de los dos supiera aún cómo llamarlo.

Capítulo 28

Isabella

Él también se dejó llevar. Gimió al derrumbarse encima de mí y besó mis cabellos antes de rodar y quedarse tumbado a mi lado.

En ese momento pude fijarme en su colosal cuerpo lleno de tatuajes. Dos estrellas de ocho puntas adornaban sus hombros. Un ojo en el pecho parecía observarme con atención. Telarañas formaban intrincados y finos trazos en los codos; también había un Kaláshnikov en el interior de su bíceps, cargado con balas que parecían contar algo más que guerras pasadas. Más abajo, entre las costillas, una cruz ortodoxa serbia.

Deslicé la yema de mi dedo por el águila bicéfala de su abdomen, y se tensó ante mi roce. Nada en su piel era casual. Cada línea, cada sombra, era un juramento.

—La próxima vez te invito a mi casa —dije con la voz entrecortada.

—Ya veremos…

—¿Contigo todo va a ser tan misterioso? —pregunté.

Su cuerpo se tensó al momento de escuchar la pregunta. Se incorporó, se sentó al borde del colchón y comenzó a frotarse las manos de esa forma que me decía que lo había puesto nervioso.

Me puse de rodillas para abrazarlo.

—Tranquilo, Marcos, encontraremos la forma.

—Será mejor que te lleve a casa. Tienes razón, este no es un sitio para alguien como tú.

Me separé un poco para poder mirarlo de lado, aunque él siguiera sin devolverme la mirada.
Me molestó un poco, pero también me dolió por él.

—¿Y qué tipo de sitio sería ese, Marcos? ¿Una casa con alarmas, guardias y micrófonos en cada habitación? ¿O simplemente un sitio

donde puedas ser tú, sin esconderte?

Sus manos se detuvieron.
Por fin.

Lo vi tragar saliva. Apretó los labios.

Y entonces habló. Muy bajo.

—No sé si puede existir ese lugar. Sí hay una versión mía que no esté rompiendo todo lo que toca.

Me quedé callada un segundo.
Su frase me cortó como un cristal fino.

Lo abracé más fuerte, hundiendo la cara en su nuca.

—Entonces… empecemos por no rompernos el uno al otro.

Y él, contra todo pronóstico, cubrió mis manos con las suyas.
No con fuerza.
Solo las sostuvo.

No era una promesa.
Pero tampoco era una despedida.
Era un primer intento de que todo aquello tuviera un inicio y una continuación posible.

Era cierto: yo no podía presentarle a mi padre. El honorable hombre inmerso en la política española, que tantos discursos me había dado sobre la rectitud. Yo no tendría cabida en su mundo lleno de sangre y muertes. Pero tal vez, solo tal vez… pudiéramos crear un mundo aparte, solo para nosotros.

Aquella noche así fue. En aquel antro oscuro que olía a nuestro sudor fresco, a sexo compartido mezclado con nuestras colonias.

No nos movimos; solo acompasamos nuestras respiraciones, ajenos al transcurso de las horas y al devenir de la gente que gritaba por los pasillos o en las habitaciones adyacentes.

Y así transcurrieron las semanas, entre clases y exámenes. Además de mi padre instándome para que aceptara a mis

guardaespaldas, y yo negándome para poder tener tiempo de libertad con Marcos.

Íbamos al cine en la hora bruja o buscábamos hoteles donde podías entrar sin ser visto desde un garaje. No hacían preguntas, no había cámaras, y allí era el lugar idóneo donde solo nuestros cuerpos hablaban.

OCTUBRE

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

Capítulo 29

Isabella

Sin darme cuenta, las semanas se transformaron en meses. Y el devenir de los días fue intensamente apasionado. En ese tiempo pude conocer mejor a Marcos: sus estrictas rutinas, su orden extremo, el control del tiempo, su lenguaje literal y su sensibilidad sensorial.

Supe que Marcos no era frío ni distante; simplemente tenía dificultades para captar las emociones. Era más lógico que emocional, y su visión del mundo parecía más literal y estructurada.

Internarse en su mente equivalía a recorrer un inmenso pasillo donde todo, absolutamente todo, debía tener su caja.

Al fin pudimos encontrar un hueco en medio de estos mundos tan opuestos. Y lo cierto es que, tras muchos años de cautiverio bajo las órdenes de mi padre, era capaz de tener un pedacito de felicidad a mi alcance.

Tras dejar atrás las mañanas inacabables con alumnos y profesores, por fin llegaron las vacaciones de Navidad. Oh, dulce y apasionada Navidad al lado de mi hombre. Mi último día en la universidad —gracias a Dios— pasó rápidamente.

Como era costumbre, llegué a casa, tomé algo rápido y lo devoré con fruición. Desde que mis días transcurrían con monotonía y mis noches se alargaban al fugarme con mi amante, estaba agotada. Aquella doble vida cobraba más significado que la habitual, y el desgaste físico y mental me despertaba un apetito voraz que me hacía asaltar la nevera o necesitar más tomas por la mañana.

Subí las escaleras de dos en dos para darme una ducha. Me puse la combinación nueva de sujetador y tanga de encaje rojo con brillantina, muy navideña. El vestido borgoña que me había comprado para la ocasión combinaba a la perfección con mi ropa interior. Me subí las medias hasta los muslos, imaginándome a Marcos arrancándomelas con los dientes. Solo de visualizarlo, mi piel zumbaba y mi corazón parecía saltar lleno de dicha.

Esta vez sería diferente: estaríamos rodeados de gente, inmersos en un recorrido mágico y nocturno entre luces, música y proyecciones que daban vida a escenarios de fantasía.

Sabía que resultaría complicado estar juntos como una pareja común, pero lo necesitaba. Y tras insistir en que fuéramos de noche al parque iluminado, finalmente aceptó. ¿Qué podría ocurrir?

Justo en ese momento —cuando mi mente empezó a crear escenarios hipotéticos de un futuro cercano y desastroso— llamaron a la puerta. Bajé corriendo y abrí sin asomarme por la mirilla.

Capítulo 30

Isabella

Y allí estaba él, con sus ojos cristalinos y recelosos. Algo le pasaba, algo lo atormentaba, y por eso desviaba la mirada. Entró fijándose en el interior de la vivienda, en las ventanas y en las posibles vías de escape.

Por más que intentaba hacerle sentir como en su casa, no surtía efecto. Nada lo hacía.

Se sentó en el borde del sofá como si en cualquier segundo fuera a salir corriendo.

—Parece que has tenido un día duro.
—Muy duro, ciertamente —respondió adoptando una postura reflexiva: se inclinó hacia delante, apoyó un codo en la rodilla, mientras la mano le sostenía el mentón como si buscara desentrañar un pensamiento difícil. La mirada, fija en un punto indeterminado, tenía un brillo analítico. La mandíbula, tensa, marcaba el peso de lo que no decía. La otra mano descansaba sin fuerza sobre la otra pierna, completando la imagen de alguien atrapado en sus propios razonamientos.
—Si quieres, puedes contármelo. Te escucho.

Entonces sacó una cajita del bolsillo interior de la chaqueta. La abrió. Dentro había una sola bala. En la base, un grabado: "R-14".

—Me dieron la orden esta mañana —dijo, sin emoción—. Código R-14.

Desconocía sus códigos, pero algo me decía que no se trataba de una cita agradable con algún socio. Nada de bares de moda ni bebidas con decoración caribeña.

—¿Y qué vas a hacer?
—No lo sé —respondió—. No me programaron para esto.

Alargué la mano despacio. No intenté tocarlo, solo ofrecí la posibilidad. Él dudó. Luego, con un gesto mecánico pero cuidadoso, tomó mis dedos entre los suyos.

"Tiene miedo", pensé. Pero no de mí. Tenía miedo de sí mismo.

—Si quieres, podemos quedarnos aquí, tomar algo y ver una película.

Asintió, algo ausente, con la vista perdida en el horizonte y la mente a años luz de allí.

Tomé la iniciativa al verlo así. Fui a por el mando de la tele, atenué la luz del salón y cambié la iluminación fría por una cálida para darle ambientación e intentar relajarle.

Me senté a su lado y elegí una comedia; nada de armas, ni mafias, ni violencia… Tal vez lograra llevarlo de un mundo de adrenalina a uno de emociones más suaves.

Por fin pude ver cómo respiraba profundamente. Al extender los brazos en el respaldo del sofá, me di cuenta de que realizaba una apertura con su cuerpo. Expandía su postura y quedaba sin protección. También podía ser una señal de poder o control. Aquel lenguaje no verbal me decía que se sentía cómodo y confiado.

Me acerqué, recostándome en su pecho, y él aceptó ese contacto, respondiéndolo con la misma reciprocidad. Me acarició, olió mi cabello y lo besó con ternura.

Justo cuando más cómoda me sentía, mi teléfono móvil comenzó a sonar. Lo sostuve, viendo en la pantalla: "Héctor Ferrer". Mi padre.

Resoplé con fuerza antes de colgarle la llamada al notar cómo Marcos se tensaba, pero mi padre volvió a llamar, insistente, casi atormentándonos. Suspiré, me levanté y me fui hasta la cocina para tener algo de intimidad. Así, mientras respondía, podría sacar algo de beber del frigorífico.

—Hola —dije con tono neutro mientras abría la puerta del frigorífico y buscaba una lata de refresco y otra de cerveza.

—Necesito verte, hija. ¿Podemos vernos ahora? —Su tono era grave, firme, más serio de lo habitual.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

—No… no es buen momento. Estoy ocupada.
—Puedes posponerlo —dijo, con esa mezcla de autoridad y preocupación que siempre me hacía volver a sentirme pequeña—. Hay cosas que no puedo contarte por teléfono. Ni por mensajes.

Quise replicar, inventar cualquier excusa para mantener la distancia, para protegerme. Pero algo en su voz me hizo vacilar.

—¿Qué cosas? —pregunté finalmente, con un hilo de voz.
—No puedo decirlo ahora. Solo que… necesito que vengas. Para tu seguridad, para la mía y para todo lo que importa.

—A ti lo único que te ha importado siempre ha sido el poder, el estatus y tu riqueza.

Me quedé callada, mordiéndome el labio, rumiando cada palabra que había salido de mi boca como flechas envenenadas. Pero él sabía cosas que yo no, cosas que podían cambiarlo todo.

—Está bien —dije al fin, tras escucharle resoplar, después de un silencio que me pareció eterno—. Iré. Nos vemos mañana. Y no me hagas esperar en tu despacho como haces con tus becarios.
—No habrá esperas, te lo prometo —respondió, y por un instante escuché un suspiro de alivio, como si mi aceptación le quitara un peso enorme.

Colgué y me quedé mirando el móvil. Mi instinto gritaba que algo grande se avecinaba, algo que podía cambiar mi vida, y que no habría vuelta atrás.

Justo cuando iba a darme la vuelta para volver al salón, una sombra se cruzó en mi camino.

Me asusté tanto que me di con la encimera en la espalda. Luego respiré aliviada al ver que era Marcos. Me reí de mí misma… hasta que sus ojos fríos, sin vida, me dijeron todo acerca del Código R-14.

Capítulo 31

Shadow

Se acabó la espera, la vigilancia y toda mi felicidad. El padre de Isabella no colaboraba ni entraba en razón, y la mafia había sido clara. O colaboraba, o su hija pagaría por ello. Había que seguir el Código y, dentro del mismo, el número 14 era claro: capturar al objetivo, llevarlo al sitio franco y esperar instrucciones. Y al estar grabado en una bala, tenía un significado mayor; no les importaba si la asesinaba y dejaba su cadáver a la vista para mandar un mensaje a su padre. Con la mafia no se jugaba. No podías ocultarte de ellos porque estaban en todas partes.

Y yo era todo lo opuesto a ella. Era su némesis, su antítesis y, ahora, su condena.

Esperé pacientemente a que terminara su conversación para no delatarme ni alterar a su padre. Me moví con sigilo hasta donde ella se hallaba. Ya estaba todo planificado desde el primer golpe en la puerta. La conocía bien para anticiparme a sus decisiones; cedería, cambiaría los planes y no iríamos al parque al verme tenso. Pasaríamos nuestra última noche juntos, pero su padre había acelerado los planes.

Sostuve la jeringuilla con la dosis prevista para dormirla. Al darse la vuelta, se asustó. Y no la culpo.

Sonrió y se rio de sí misma hasta que vio mi expresión.

—Lo siento, Isabella.
—¿Qué…?

Pero no le dejé continuar hablando. Clavé la aguja en su cuello con frialdad y rapidez, observando cómo su asombro y su pavor se elevaban. Después su cuerpo empezó a quedar laxo y la sostuve en mis brazos, diciéndole lo mucho que lo sentía.

No había cabida en mi mundo para alguien con tanta luz y bondad. Éramos incompatibles, y ella se merecía a alguien mejor que yo.

Saqué el teléfono móvil de prepago, lancé la llamada y esperé hasta que descolgaran al otro lado de la línea.

—Prepara el avión. Nos vamos.

No hubo respuesta. No hacía falta dar más explicaciones.

En cuanto la sostuve bien, la alcé y salí de aquel apartamento sin mirar atrás. Las cámaras de vigilancia ya las había saboteado antes de entrar. Todo estaba previsto, menos lo que mi corazón gritaba con una fuerza desgarradora.

Una voz desconocida rompía esa parte de mí, de la cual creí carecer: mi alma.

Su rostro estaba sereno cuando la deposité en los asientos traseros del coche que había alquilado para la ocasión. Pero percibí una lágrima escurrirse por su mejilla y maldije. Era el monstruo que mi madre decía. Una madre podía vislumbrar lo que había traído al mundo desde el interior de sus entrañas.

No había vuelta atrás.

Conduje con mucho cuidado, manteniendo un perfil bajo y respetando cada señal de tráfico hasta llegar al aeropuerto.

Aparqué cerca del avión, la saqué del coche y la dejé en uno de los asientos.

Mi mente comenzó a realizar proyecciones catastróficas: el enfado de Isabella cuando despertara; en todas ellas había insultos y gritos. Los merecía.

—¿Dónde vamos, Shadow?
—A Italia —dije, dándole las coordenadas exactas.

Miré el reloj de pulsera, ese que ya casi nadie llevaba. “Del piso de Isabella al aeropuerto: dieciocho minutos, bien”. Seguí cavilando: “De Madrid a Florencia: dos horas y quince minutos. De Florencia a la casa de la Toscana: una hora y media. Hacían un total de cuatro horas y tres minutos”, pensé de nuevo, como cuando calculé la dosis del fármaco no benzodiacepínico. Con ese sedante me había

asegurado de que no tuviera tanta "resaca" al despertar, aunque tendría comportamientos automáticos como caminar, hablar en sueños, etc.

—Por favor, póngase el cinturón, vamos a despegar. —La azafata vino a avisarme.

Asentí con desgana, aborreciendo el deseo que pude notar en su mirada.

Mi ser al completo pertenecía a una única mujer, la misma que me odiaría de por vida.

Capítulo 32

Isabella - San Casciano in Val di Pesa

Un golpe brusco me despertó de aquel sueño tan pesado, o mejor dicho, "pesadilla". Abrí los ojos con esfuerzo. Los rayos de la luna se filtraban por el cristal tintado.

El dolor de cabeza era agudo y constante. Una punzada tras mi ojo izquierdo y en la sien.

Todo estaba oscuro, borroso y angustioso en aquel sillón trasero. Miré a mi alrededor, confusa. Las sombras parecían danzar ante mis ojos con cada parpadeo.

Mi cuerpo entero parecía negarse a las peticiones de mi mente. Intenté incorporarme, pero mis músculos permanecían relajados.

Me apoyé en el respaldo y el mundo comenzó a girar rápidamente, notando cómo la gravedad del planeta tiraba de mí con fuerza. Cada movimiento requería toda mi concentración, como si mi cerebro no consiguiera realizar una tarea tan sencilla como esa.

Miré por la ventanilla y con dificultad distinguí los contornos de los cipreses que pasaban. ¿Cuánto tiempo había estado dormida?
¿Dónde estaba?
¿Quién conducía?

Me recosté nuevamente en el asiento, cerrando los ojos con fuerza para intentar parar el mareo. Respiré hondo, intentando resistirme al cansancio. Poco a poco, un nuevo sueño se adueñó de mi mente adormecida. Caí en un lago oscuro y silencioso del cual no podía escapar.

A medida que el coche avanzaba, sentí cómo la oscuridad cedía. Las siluetas de las colinas se hicieron más visibles y el olor a tierra húmeda se coló en el vehículo.

La carretera irregular me zarandeaba; incluso podía notar cómo mi cerebro era agitado dentro de mi cráneo. La velocidad, por suerte, disminuyó a medida que nos acercábamos a una casa. Agazapada entre sombras, discreta y silenciosa.

Mi cuerpo entero se tensó.

Parpadeé varias veces para ver mejor. Aquella casa era de planta baja, construida en piedra envejecida, con el tejado inclinado cubierto de tejas rojizas y contraventanas verdes que adivinaban en la noche. Todo estaba tan quieto que el mínimo ruido que yo producía se sentía demasiado fuerte.

El coche se detuvo al final del sendero. El conductor —que pensé que sería cualquier guardaespaldas enviado por mi padre— se bajó del vehículo, dejándolo en marcha para contar con las únicas luces que había por allí: las que despedían los faros del coche.

Fue hasta la entrada para abrirla y dejarla entreabierta. Después regresó para abrir la puerta trasera, la que estaba más cerca de mí. Se colocó en mi línea de visión. Cuando pude ver esos ojos fríos y sin vida, me asaltaron todos los recuerdos perdidos.

—Maldito seas. Hijo de la gran puta. —Incluso mi voz sonaba diferente, más débil.
—No tenía elección, Isabella. No la tenía.
—Siempre hay una alternativa, pero elegiste la opción más fácil para ti, Marcos.
—Mi nombre verdadero es Román.

Intenté pegarle y alejarme de él. No pude; físicamente me era imposible. Recordé la inyección en el cuello y la rabia hizo hervir mi sangre.

Me tomó en sus brazos, en esos mismos en los que había descubierto tanto placer.

El odio me cegó.

—Te odio —dije entre dientes, deseando partirle la cara.

Por este hombre, mi padre quería que estuviera vigilada por sus guardaespaldas. Qué ciega había estado todo este tiempo. Marcos —o Román— era como todos los demás. Solo se habían acercado a mí por mi padre.

—Lo sé. Estás en todo tu derecho, Isabella.

Inexorablemente, me dejé llevar al interior de aquella casa desconocida por aquel hombre que creía conocer.

Capítulo 33

Shadow

Me odié a mí mismo, pero hice lo que se esperaba de mí. Concluí mi misión. Vigilé al objetivo y, cuando me ordenaron traerla al piso franco, lo hice.
Había cruzado ciertas líneas que ahora comprendía que nunca debí traspasar. Solo haría mi trabajo más difícil.

Su cuerpo, antes liviano al tomarla en brazos para unir nuestros sexos, ahora parecía pesado. Pero no era que hubiera subido de peso, sino que mi conciencia me hacía ver que con esa mujer que

cargaba en brazos mantenía una unión emocional. La misma que aniquilaría, o ardería en llamas.

La dejé en la cama; el fármaco seguía haciendo efecto. Y a pesar de su ira, el balanceo, desde el coche hasta la cama, adormeció a la joven.

Le bajé la falda de aquel delicioso vestido color borgoña. Rocé su muslo, suave y aterciopelado. Las imágenes de sus piernas rodeando mi cintura desequilibraron mi mente.

Mientras la tapaba con una gruesa manta, podía notar cómo temblaban mis manos. Jamás me había sucedido una cosa así.

Tuve que dar un salto atrás, respirar hondo y esperar a que mi condenada anatomía se desinflamara.

Salí de allí. El aroma de esa mujer me encendía; su olor estaba conectado con los recuerdos de pasión en hoteles clandestinos.

Cerré la puerta con llave para que, cuando fuera capaz de moverse, no pudiera huir de la casa, y regresé a la calle para desintoxicarme de ella.

Dejé la luz de la entrada encendida y fui a apagar el coche.

Allí, sentado en mi propia miseria, la pantalla del móvil se iluminó mientras se escuchaba el timbre de una llamada entrante.

Miré y pude leer: *Radomir Vuković.*

Maldije.

—Diga.
—Hola, muchacho, ¿habéis llegado bien?
—Sí, cónsul.
—¿Cuándo me llamarás padre? —suspiró teatralmente al otro lado de la línea.

Esperé en silencio. No quería oír nada. No podía escuchar los planes que él tendría para *mi mujer.*

Mi mujer… Qué pensamiento más posesivo. Pero así lo sentía. La había tomado, de todas las formas que quise, y la había marcado con mi esencia. Nunca había aflorado ese sentimiento neandertal en mí hasta ahora.

—Mantenla ahí una semana. Tal vez su padre se dé cuenta de que vamos en serio si su hija ha desaparecido. En dos días contactaré con él para darle un ultimátum.
—¿Y si su padre colabora, dejaremos a Isa…? —carraspeé para cubrir mi error al llamarla por su nombre—. ¿Al objetivo en libertad?
—¿Te ha visto el rostro?
—No —respondí tras una larga pausa, respirando profundamente.
—¿Estás bien, hijo?

El cónsul se dio cuenta: yo nunca dudaba, nunca tenía la necesidad de mentir y menos por una mujer.

—Veremos primero si le importa más su estatus, su dinero, su poder o su hija…
—De acuerdo.
—Vigílala. Que no escape. Le daré unos días de margen para que acepte mi oferta o… ya sabes lo que tienes que hacer.
—Entendido.

Cortó la conversación.

Deposité la cabeza en el volante y me golpeé tres veces contando: uno, dos, tres…

Levanté la vista y aquella visión me asfixiaba; estaba en un nuevo escenario. Mi monotonía construida con Isabella estaba a punto de desmoronarse por completo y mi mente gritaba histérica.

Aquellos ojos marrones de Isabella me miraban con un desprecio que nunca había visto, o que siempre había ignorado por venir de personas que no me importaban en absoluto.

Miré la ventana de su habitación; la había dejado a oscuras y con el visillo puesto. No obstante, podía verla nítidamente en mi mente: cada curva, cada depresión, cada lunar…

Desabroché el puto pantalón y bajé la cremallera para dejar salir a mi miembro excitado. Incluso con la distancia parecía olerla, y palpitaba por invadir su centro. Como tantas veces, que siempre había encontrado húmedo y caliente.

Cerré los ojos y me agarré con fuerza. Había algo de refugio y descarga en ese gesto tan animal y primitivo. No solo el contacto, sino el ritmo que iba marcando. Como quien pulsa una cuerda tensa hasta hacerla vibrar.

Pensé en sus muslos, sus labios alrededor de mi sexo, en cómo me dejaba agarrar aquellos rizos marrones y moverla a mi antojo hasta explotar.

El mundo se fue reduciendo a una sensación cálida y rítmica que borraba todos los errores cometidos, al menos por un momento.

La respiración se aceleró sin que yo lo ordenara, y los latidos me retumbaban en las sienes. Había una tensión sorda en cada músculo, como un nudo que se iba apretando poco a poco. Cerré los ojos y por un momento no existió nada más que ese instante suspendido e inevitable.

Cuando todo terminó, el silencio volvió de golpe. Me quedé quieto, escuchando mi propia respiración, con la extraña mezcla de alivio y vacío que siempre llegaba después, como si el cuerpo hubiera soltado algo que llevaba demasiado tiempo guardando.

Pero mi maldito amigo seguía firme y duro, como si necesitase estar cerca de su dueña para poder relajarse.

Ella estaba sedada, no se daría cuenta.

—No seas tan capullo. La he arrancado de su casa, de su país y… —¿Ahora pretendes meterte en su cama mientras duerme? —¡Joder!

Mi madre tenía razón: era un monstruo. Siempre lo supe. Me moldearon como ellos querían que fuera y, ahora, no sabía ser otra persona.

El recuerdo de una de esas noches llegó para martirizarme.

Me sentía frágil, débil… mientras se quebraba la visión del presente y se colaba mi yo del pasado.

La oscuridad solo estaba rota por la luz amarilla que se colaba por la rendija de la puerta. La misma que nunca cerraba bien. Esa luz parpadeaba y me molestaba, así que me cubría la cabeza con la manta, pero podía seguir oyendo las voces.

No entendía por qué cambiaban tanto: a veces suaves, otras como golpes. Sin embargo, el olor era lo peor. Una mezcla de perfume fuerte, cigarrillo y algo agrio que me hacía apretar la nariz contra la almohada. Contaba las grietas del techo para evadirme de la realidad, pero siempre llegaba un momento en que mi madre entraba.

—¡Maldito niño, deja de gritar! ¡Espantas a mis clientes!

No recordaba gritar. Ahora entendía que esos gritos súbitos eran su forma de autorregularse. Su madre no le entendía; ¿cómo hacerlo si ni él se entendía a sí mismo?

—¡Monstruo! Deja de llorar, maldita sea. Te juro que te regalaré al próximo cliente que venga.

Yo me quedaba quieto, esperando que me hablara como antes, como cuando me llevaba al parque.

Nunca pregunté lo que hacía con sus clientes. Aprendí que, si no preguntaba, ella no se enojaba. Pero guardé todos esos olores, esos sonidos, como si fueran piezas de un rompecabezas que todavía no quería terminar.

Agarré con fuerza el volante del coche, regresando a la realidad, mientras gritaba hasta quedar afónico.

Capítulo 34

Isabella

Al despertar, mi mente parecía pesada y liviana al mismo tiempo. Mi cara ardía como si hubiese pasado la noche con fiebre. Y un sabor metálico me acompañaba, para mi desgracia.

Intenté abrir los ojos completamente. La luz era débil, como filtrada a través de un vidrio ahumado.

Mis músculos no respondían con la rapidez de cada mañana. Los impulsos nerviosos parecían llegar con retraso. Mi mente y mi cuerpo estaban distantes.

Me costó tragar saliva y levantarme. Cuando conseguí moverme, recorrí la estancia.

Román había tenido la decencia de dejarme en una habitación con baño propio. Así no tenía necesidad de salir. También disponía de un armario y un escritorio con una silla. La cama era de hierro forjado, la colcha de lino bordada y el armario de nogal parecía pesado. La luz se tamizaba por cortinas blancas.

Lo sabía. Sabía, antes de tocar el pomo y girarlo, que la maldita puerta estaría cerrada. Miré el techo para darme cuenta de que había una cámara de vigilancia en una esquina.

—¡Hijo de puta! ¡Ven y da la cara! ¡Cabrón! ¡Me cago en…! —grité con delirio todos los insultos que tenía en mente. Hasta que por fin escuché la cerradura y me tiré a por él con uñas y dientes.

Román no me agarró; dejó que le pegara puñetazos hasta quedar exhausta. Me aparté, agotada.

Me temblaban las manos, aunque intentaba disimularlo. Sentía la garganta seca, como si las palabras me rasgaran por dentro antes de salir.

—¡Me engañaste!

—Sabías muy bien quién era yo. Fingir lo contrario te resultaba útil, Isabella. —Él no pestañeó. Su mirada era una muralla, y sus palabras, cuchillas.

El calor me subió a las mejillas, una mezcla de rabia y… no, no era tristeza, era algo más áspero.

—Me has secuestrado. ¿Cómo pudiste? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

—Compartir no significa confiar. Y yo no confío en nadie. No te sientas especial, Isabella. ¿Pensaste que podrías transformarme a tu antojo? ¿Domarme? Soy el mismo monstruo de siempre.

Su respuesta cayó sobre mí como un portazo.

Lo miré y, por primera vez, creí que podía estar diciendo la verdad. O quizá solo quería creerlo para no enfrentarme a lo que de verdad me dolía: que nunca le importé lo suficiente como para intentarlo.

La idea de inventar un futuro para nosotros estaba destruida.

—Lo único que intenté fue entenderte. Adaptarme a ti y buscar un futuro. Para los dos… —Las últimas palabras sonaron empañadas por las lágrimas.

—Jamás podremos tenerlo. Yo soy un asesino y tú… tú eres una niña mimada que intenta hacer del mundo un lugar mejor. Somos incompatibles, Isabella. Estuvo bien mientras duró.

Salió de la habitación dejándome con el corazón roto. Pude sentir el momento exacto en el que se quebró e hizo retumbar mi cuerpo. Fue al pasillo y metió un carrito metálico con una bandeja con el desayuno. Nuevamente salió y, esta vez, para cerrar con llave. Daba la conversación por terminada.

Mi respiración continuaba agitada. Intenté alisar la maraña de pelo que me tapaba el rostro, tiré de mis rizos gritando y después fui hasta el carrito para tirarlo.

El sonido de los cubiertos metálicos, de la taza y los platos estampados contra el suelo se coló en mis oídos, haciendo martillear mis sienes.

Agarré la cucharita y no paré de lanzarla con fuerza hacia la cámara de vigilancia hasta que di en el blanco.

Después me dejé caer, llorando con rabia.

Capítulo 35

Shadow

Estaba sentado en la habitación de vigilancia, dando tres vueltas completas a mi taza de café encima del escritorio y observando las pantallas de las cámaras de seguridad, cuando la vi rompiéndose. *Mejor ahora que después*, pensé. Salió su vena sádica y jugó a hacer diana con la cámara hasta que acertó. El golpe ladeó la lente, los restos de café de la cucharita mancharon la cámara y comenzó a verse borroso, para después ver "sin señal" con letras blancas sobre un fondo negro.

Me froté las manos; el cónsul me había dado una semana más con Isabella. Una semana para verla a través de una pantalla. Por fortuna, no había encontrado los micrófonos ni otras cámaras escondidas en puntos estratégicos de la habitación.

Me colgué la cadena donde estaba la llave de ese cuarto; solo yo podía entrar allí. Al menos, de momento.

Si supiera rezar, lo haría. Pero a mis treinta y seis años, con todo lo vivido, sabía que era una pérdida de tiempo.

Con la imagen de Isabella tirada en el suelo, un rezo lejano en árabe sirio se coló en mi mente. Ese rezo liberó un fragmento de mi vida que no quería recordar.

Con veinticuatro años me había recostado en el polvo del tejado, el fusil apoyado en la mirilla, respirando lento para que no temblara la cruz de la mira telescópica.

Observaba las cercanías, todos los edificios próximos, para proteger al convoy. Mi compañero permanecía callado y absorto en sus pensamientos mientras yo me aseguraba de que todo estuviese en calma. Pero un civil captó mi atención. Salió a una terraza, estudió a mis compañeros y sacó el móvil.

—Un civil hablando por teléfono mientras mira al convoy, cambio —informé por la radio.

—¿Crees que transmite información de nuestros movimientos? Cambio.

—Eso parece, cambio —respondí. Era justo lo que estaba pensando en ese instante.

—Tienes luz verde, Shadow. Cambio.

—Se fue —dije a mi compañero con nerviosismo. Unos minutos después pude ver cómo una mujer salía de la casa.

—Veo a una mujer —dije a los demás francotiradores para que estuvieran alerta.

Caminaba con la cabeza agachada, cubierta de negro, y con sus brazos sujetaba algo que no podía ver. No podía ver su rostro, solo la silueta deformada por el burka. Cada segundo que pasaba hacía que el latido me retumbara en los oídos.

Gritaba, rezaba o ambas cosas. El viento traía fragmentos de sus palabras, pero no lograba entenderlas. Mi traductor murmuró algo: "Podría ser una bomba". Y mi dedo descansó sobre el gatillo, temblando entre la obligación y la duda.

—Sus brazos no se mueven, está cargando algo —murmuré, y apunté a su cabeza—. Ciento ochenta metros del convoy; se dirige a ellos.

El sol de Raqqa caía fuerte; el polvo hacía que mis ojos ardieran y cada respiración me recordaba la responsabilidad que caía sobre mis hombros. Si disparaba y era inocente, sería mi conciencia la que moriría primero. Si no disparaba y explotaba, las vidas de mis compañeros y civiles podrían terminar en un segundo.

Respiré hondo, intentando separar el miedo de la decisión. Cada fibra de mi cuerpo estaba alerta, analizando el movimiento de sus manos, el balanceo de su cuerpo, el posible peso oculto bajo la tela negra. No había margen de error, y lo sabía. Solo estábamos ella, yo y el hilo invisible que separaba la vida de la muerte.

Gritaba en árabe, rezaba o maldecía, no lo sabía. Cada palabra que salía de su boca hacía que mi estómago se encogiera.

Eliminar cualquier amenaza potencial: esas eran las órdenes, claras y precisas.

El viento hizo que sus telas se levantaran, revelando lo que ocultaba bajo sus ropajes.

—La mujer lleva una granada RKG rusa —informé al compañero francotirador que estaba más cerca de ella—. ¿La tienes a tiro? Confírmamelo.

—Negativo —respondió por la radio.

—Conoces las órdenes, Shadow. Si fallas, te penalizarán —me recordó mi compañero y traductor, que tenía al lado.

La mujer levantó la mano, sacando la bomba en lo alto.

Respiré, mantuve la respiración y apreté el gatillo. La bala recorrió la distancia que nos separaba en 0,21 segundos, se coló en su cráneo y diseminó su sangre y masa cerebral por el viento. Su cuerpo se estampó en el polvoriento suelo.

Un niño salió de la misma casa corriendo hacia su madre, llorando y gritando, pero no se detuvo en ella, sino que continuó hasta tomar la granada.

—Joder…

Apunté y disparé.

El sonido de mi taza estampándose contra el suelo me sacó de esa terrible experiencia. Respiré repetidamente hasta sosegar lo que quedaba de mi alma.

Había hecho actos imperdonables desde temprana edad.

¿Cómo iba a tener el amor de esa mujer?

No era digno de Isabella.

No era digno de nadie.

Ardería en el infierno.

Capítulo 36

Isabella

Mi primer día de cautiverio transcurrió en un estado de alerta constante. La ansiedad crecía mientras escuchaba los pasos de Román cerca de la puerta de la habitación; miraba por la ventana o mi propia mente me perturbaba.
No desayuné; tiré todo por la habitación.

Me senté junto al escritorio a ver pasar el día a través de mi ventana. Y sí, estaba cerrada; había intentado abrirla varias veces hasta desistir.

Varios viñedos rodeaban la masía, con la intención de que no se viera nada desde el camino de tierra serpenteante que llevaba a la casa. Además, los cipreses y las colinas hacían de barreras naturales.

Román llegó, limpió y se fue sin mediar palabra. A la hora de la comida regresó; escuché los pasos y, después, el giro de la cerradura. Entró nuevamente con el carrito metálico que parecía robado de un hotel de lujo.

—Te lo puedes llevar por donde lo has traído, Román —enfaticé su nombre con desprecio y resentimiento. Me había traicionado; daba igual quién era o qué hubiera hecho antes de conocerme.

—Tienes que alimentarte, Isabella —contestó sin ninguna emoción.

—Púdrete. Eres un maldito cobarde. —Sí, había decidido atacar verbalmente. Con todas las armas que tenía a mi disposición. Herirlo psicológicamente. Atacar su ego, sus miedos internos y utilizar la percepción que tenía de sí mismo en mi propio beneficio.

Su rostro permaneció impasible, sus ojos fijos en los míos, sin mostrar ira ni miedo.
Mantuvo la respiración y la postura bajo control, como si nada lo afectara.

—Tus manos matan, Román… pero no sirven para salvar nada. Ni siquiera a ti mismo.

Román apenas parpadeó, un gesto tan leve que cualquiera podría haber pasado por alto, pero yo lo vi. Por dentro, algo se removía: un nudo de sorpresa y un hilo de rabia contenida. Cada palabra que había lanzado hacia él, cada acusación, lo golpeaba donde más le dolía, aunque nunca lo admitiría.

—¿Eso crees? —dijo finalmente, la voz baja y medida, sin levantar el tono ni un ápice—. Tal vez tus palabras tengan más fuerza que tus acciones, Isabella.

Se inclinó un poco hacia el carrito, tomó un plato con movimientos precisos, casi rituales, y lo colocó frente a mí. Sus ojos no se apartaban, midiendo cada reacción, cada respiración. No había odio, no había ira… solo una quietud que me hizo sentir el doble de vulnerable.

Era consciente de que había conseguido algo: lo había perturbado, aunque él se esforzara por no mostrarlo. Y, aun así, algo en su presencia me recordaba que todo mi esfuerzo podía ser inútil. Él controlaba el espacio, la comida, el tiempo, incluso mis emociones, porque yo quería que le afectasen mis palabras, pero él se mantenía inquebrantable.

Permanecí sentada en la silla del escritorio, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada, tomando el plato con manos temblorosas. No sabía si lo odiaba más por lo que había hecho o por la calma que me obligaba a enfrentar.

—¿Sabes, Román? —mi voz tembló un poco, pero me obligué a mantenerla firme—. No sé si alguna vez serás capaz de sentir algo más que miedo… o si alguna vez podrás mirar a alguien sin calcular cómo usarlo.

Él levantó ligeramente una ceja, sin perder la compostura. Fue al pasillo y regresó con otra silla. La colocó frente a mí, se sentó y apoyó los codos sobre sus rodillas, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Isabella… —dijo despacio, cada palabra medida; eran cuchillos afilados para lanzarme—. Tus intentos de herirme son… pintorescos. Pero no confundas mi calma con debilidad. Cada palabra tuya la almaceno, la proceso. Y créeme… sé cómo usar lo que sabes de mí.

Mi estómago se encogió. Sabía que hablaba en serio. Era como si cada frase fuera un ajedrez psicológico en el que yo era un peón

vulnerable.

—¿Eso crees? —repuse, más desafiante, a pesar de la tensión que me oprimía el pecho—. Soy más que tus cálculos, Román. Y sé que por dentro, incluso tú, sientes… algo.

Él sonrió, con ironía y frialdad mezcladas, y se recostó, como si el mundo entero fuera su sala de control y yo nada más que un interruptor más.

—Sentir… —repitió, lento—. Tal vez. Pero no lo suficiente para que cambie mis reglas. Y tú… eres la primera que ha intentado romperlas. Eso sí duele.

Mi respiración se aceleró. Por primera vez sentí que lo había rozado donde dolía, pero él seguía siendo un muro. Un muro que medía cada reacción, que transformaba cada ataque verbal en un juego calculado, dejándome con la sensación de victoria y derrota al mismo tiempo.

No solté el plato; noté que la sopa quemaba, así que, en un intento desesperado, se lo tiré a la cara.

Capítulo 37

Isabella

El plato estalló en su rostro, quemándole y manchando su camiseta.
Sentí un escalofrío de satisfacción momentánea, pero enseguida fue sustituido por un miedo visceral: el líquido estaba ardiendo, humeante.
Le podía haber quemado.

Román ni parpadeó. Se quedó inmóvil unos segundos, dejando que la sopa resbalara por su mejilla y empapara su camisa. Su respiración era medida, controlada, y sus ojos… eran como hielo.

Con un gesto lento, levantó la mano y se limpió la piel quemada con la manga. Su calma era casi insoportable. Cada segundo que pasaba sin explotar convertía mi furia en impotencia.

—Interesante —dijo finalmente, su voz fría pero cargada de una tensión casi imperceptible—. Has decidido jugar sucio. Y veo que te sorprende que no me rompa.

Me levanté y retrocedí por instinto, con la silla como único escudo. Por dentro estaba temblando, con la adrenalina corriendo por mis venas.

—¿Crees que un poco de sopa puede hacerme daño? —su sonrisa era un leve filo—. Isabella… cada intento tuyo solo me enseña cuánto estás dispuesta a arriesgarte. Y me recuerda que, incluso furiosa, todavía estás atrapada aquí, conmigo.

Mi respiración se volvió irregular. El miedo, la rabia y la impotencia se mezclaban. Por primera vez sentí que mi desesperación podía volverse contra mí, que cada ataque verbal, cada gesto de desafío, solo fortalecía su control.

No era solo un hombre que ignoraba mis golpes; era un estratega que transformaba mi ira en parte de su juego. Y yo… estaba atrapada en su tablero.

—No tienes nada; estás tan vacío que incluso el dolor no te afecta. No tienes nada que perder porque ya lo perdiste hace tiempo. Eres un perro bien entrenado, Román. Me das lástima.

En un último esfuerzo por sacarle algún tipo de emoción, eché los hombros hacia atrás y estiré la espalda para verme desafiante.

—¿Y por qué crees que debería merecer algo? No sabes las cosas que he podido llegar a hacer, las miles de almas que he segado… —Tensó la mandíbula y miró al vacío, rememorando algo—. No sabes nada de mí y te das el lujo de juzgarme.

Dio un paso hacia mí y, después, otro, hasta dejarme atrapada entre él y la pared donde estaba la ventana. Golpeó el tabique, dejando su brazo a centímetros de mi rostro.

—Has vivido siempre con todas las comodidades del mundo; no entenderías lo que yo pasé —dijo, con la voz baja pero afilada como una hoja.

—Pues explícamelo. —Le desafié.

—No necesito tu compasión, Isabella. La vida me hizo como soy y no se puede dar marcha atrás. Espero que lo comprendas.

Nos quedamos en silencio unos segundos que parecieron eternos. El calor de su proximidad me asfixiaba, y el latido de mi propio corazón golpeaba más fuerte que el puñetazo que había dado en la pared.

Dios, no. No podía ser cierto. Yo, una psicóloga… ¿Siendo presa del síndrome de Estocolmo?

No era solo eso. El olor estaba relacionado con la memoria, y ese aroma me hacía regresar a camas de hotel iluminadas con luces LED de color rojo.

Todo en mi mente estaba teñido de rojo fuego y pasión, pero también de peligro.

Me odiaba por sentirlo, por notar cómo mi cuerpo recordaba lo que mi razón rechazaba. Cada inhalación me ataba más a un

recuerdo que no quería revivir.

Él seguía ahí, inmóvil, observándome como si pudiera leerme por dentro. Y yo… yo luchaba contra mi propia mente, contra el impulso de acortar la distancia y contra la certeza de que, si lo hacía, cruzaría una línea de la que no habría vuelta atrás.

Me tiré a por sus labios con urgencia y le agarré de la nuca para tenerlo más cerca.

Capítulo 38

Isabella

Me agarró con firmeza del cuello, sin apretar demasiado para no hacerme daño. Utilizaba la presión justa para inmovilizarme y hacerme saber quién tenía el control. Se retiró con la respiración entrecortada, evaluando mis acciones y sopesando las suyas.

—Sería tan fácil partirte el cuello con mis manos…

Mi corazón se desbocó al darme cuenta de cómo mantenía el control físico absoluto y de lo sencillo que le resultaría quitarme la vida.

Ajustó sus dedos alrededor de mi cuello. Por acto reflejo, atrapé sus manos con las mías. Quería intentar liberarme de su agarre posesivo.

—Tan suave y delicado —afirmó posando su frente en la mía—. Vas a partir lo que me queda de alma, Isabella.

Se apoderó de mi boca, rudo y despiadado. Había algo en ese lugar que lo transformaba, hacía aflorar su lado más animal.

Agarró mi nuca y mi cintura. Al notar que mis piernas temblaban, me sostuvo sin esfuerzo contra la pared.

Con aquella proximidad pude notar su endurecida erección contra mi vientre, listo para la batalla que nos sobrevino. Y como en toda guerra, uno de los dos saldría vencido y otro glorificado.

Nuestras lenguas se enredaron, saqueó mi cordura y marcó mi cuerpo con la urgencia de quien reclama un territorio prohibido.

Cada roce era un asalto, cada respiración, una rendición forzada.

Sentía mi propia voluntad fragmentarse, como un muro que cede ante un asedio constante.

En su mirada había algo más que deseo: era dominio, desafío… y la certeza de que, en esa batalla silenciosa, no existía un empate posible.

Su boca, su lengua y sus dientes rozaron mi cuello. Agarró mi culo para apretar mi sexo contra el suyo. Buscó y tiró del borde de mi vestido para llevarlo hasta mi cintura.

Acarició mi muslo mientras su boca regresaba a devorar mi cuello.

Introdujo una pierna entre las mías, me agarró a sus hombros para mantenerme recta. La sensación era desbordante. Y el estímulo iba en aumento al frotar su pierna mientras seguía sujetándome del culo.

Se retiró un momento para observarme. No podía verme, pero seguro que estaría con el pelo revuelto, los labios rojos e hinchados y los ojos entrecerrados para degustar el placer.

Tiró del vestido hasta sacármelo por la cabeza y acto seguido bajó para lamer y morder mis pezones. Una descarga viajó por mi columna vertebral hasta mi sexo.

Escuché su risa y aquella leve vibración retumbó en mi pecho, haciendo regresar esa ráfaga eléctrica.

En un segundo estaba contra la pared y al otro volando entre sus brazos hasta ser arrojada a la cama.

Permanecí quieta, como un cervatillo hipnotizado por los faros de un coche, mientras Román se desprendía de su ropa. Contemplar

todos esos músculos moverse era una obra de arte esculpida por el mismísimo Miguel Ángel, aunque se diferenciaba en cierta parte de su anatomía, donde Román contaba con muchos centímetros más que la escultura de El David. Y todos esos centímetros ya estaban bien duros, erectos y, estaba claro que no pediría permiso para entrar en mí.

Su mano se cerró con fuerza alrededor de su polla, acariciándose a sí mismo mientras me miraba a los ojos.

—¿Quieres esto?

Asentí, me quité el tanga, doblé las rodillas y abrí las piernas hacia él. Quedándome totalmente expuesta a su escrutinio.

Me agarró del tobillo, tiró y me giró hasta tenerme boca abajo en el borde del colchón. Después agarró mis caderas para elevar mi trasero.

No hubo delicadeza, ni la quería. Me invadió por completo, con una estocada dura y fuerte. Por suerte, no se detuvo ahí, sino que bombeó con fuerza una y otra vez, agarrando mis caderas para hacer más fuerza.

Me dio varios azotes hasta que mis glúteos se pusieron rojos. Grité, tanto por el escozor como por el placer que me provocaba.

Los impactos de su cuerpo contra el mío fueron tan abrumadores que casi me arrancó de la realidad. No era solo dolor ni placer, era la sensación de perder el control, de dejar que alguien más decidiera el ritmo de mis pensamientos y de mi respiración.

Sentí mi mente dividirse en dos: una parte me gritaba que escapara, que aquella entrega absoluta era peligrosa, y la otra se rendía con docilidad, fascinada por la fuerza que ejercía sobre mí. Cada embestida era un recordatorio de mi fragilidad y, a la vez, de la contradicción de sentirme más viva que nunca.

Era un vaivén entre vulnerabilidad y poder. Porque, aunque mis movimientos respondían a los suyos, sabía que mi consentimiento era el verdadero hilo conductor de aquella danza brutal. Mis dedos

se aferraron a las sábanas, no para resistir, sino para anclarme a la certeza de que estaba allí por decisión propia.

En sus golpes rudos encontraba algo parecido a una confesión: no solo me poseía, también se estaba mostrando. Y lo entendí con claridad: a veces la violencia aparente no era más que el disfraz de una necesidad profunda de conexión, de una urgencia por dejarse ver sin máscaras.

Y yo, en ese instante, también me estaba desnudando más allá de la piel.

Gemí y dejé de respirar al notar su pulgar hacer círculos por mi ano. ¿No se atrevería? Pero sí, se atrevió. Metió su pulgar agarrándome con fuerza para evitar que me fuera. Lo sacó, pero esa parte de mi anatomía no duró mucho tiempo libre de su invasión. Me agarró de la cintura para meter dos dedos, después tres. Mi respiración se quedó atascada; moví mis piernas para comenzar a gatear, pero me lo impidió con su peso. Me quedé tumbada en la cama, boca abajo, con él encima de mí.

—Vas a ser mía, toda mía, Isabella. Voy a correrme en tu culo. No lo dudes —susurró en mi oído.

—Román…—Me asaltaron las dudas.

—Relájate —dijo agarrando su miembro para frotarlo por mi sexo mojado antes de apuntar con su glande a mi ano.

—Di que eres mía, Isabella.

—Román…

—Dilo.

—Soy tuya… —La última "a" se transformó en un grito de placer.

Sentí la presión y cómo mi cuerpo intentaba cerrarle el paso. Pero su fuerza rompió mis barreras. El calor fue casi insoportable, una mezcla de dolor y placer que me hizo gritar su nombre.

Cuando se coló completamente dentro, permaneció un momento quieto. Mordisqueó el lóbulo de mi oreja, mi nuca y, cuando sintió que mi cuerpo se relajaba y se amoldaba a su anchura, comenzó

nuevamente a moverse. Si la entrada fue una invasión, la retirada fue brutal y abrumadora para mis sentidos.

Sentí que mi cuerpo se rendía, pero no solo la carne: era mi mente la que se entregaba a él, aunque todavía me resistiera con pensamientos dispersos que intentaban protegerme. Román no estaba solo dentro de mí físicamente; me estaba forzando a enfrentarme a mi propia fragilidad, a mis miedos más primarios.

Y descubrí algo extraño: en ese sometimiento había también una especie de libertad. Como si ceder me quitara la carga de tener que controlar todo, de esconder siempre mi vulnerabilidad. Yo estaba desnuda, sí, pero lo más inquietante era que él me estaba viendo más allá de la piel, más allá de los gestos y las palabras.

El dolor se mezclaba con una ternura inexplicable, con la certeza de que detrás de cada empuje había un grito mudo de «mírame, acéptame como soy». Y me di cuenta de que no solo yo estaba siendo poseída: él también se estaba exponiendo, en su forma más primitiva y brutal, sino también en la más honesta.

Ese cruce de fuerzas, la suya empujando y la mía cediendo, no era una batalla, sino un pacto silencioso. Un pacto extraño, peligroso incluso, pero profundamente humano.

Mi cuerpo tembló y mi mente se rindió. Y en ese abandono, en ese grito final que no supe si era de dolor, de placer o de liberación, me descubrí a mí misma atravesando un clímax que no era solo físico, sino existencial: un estallido de todo lo que había reprimido, una confesión muda que se escribía con cada latido.

Al notar las contracciones de mis músculos, cuando me sobrevino el clímax, aceleró el ritmo. Y, como prometió, se derramó en mi interior.

Feliz Nochebuena… Isabella.

Capítulo 39

Shadow

Salí de su cuerpo, descargado y exhausto. Tomé la ropa, que estaba esparcida por el suelo, y salí de allí sin mirar atrás.

Había actuado con Isabella como hacía con las demás mujeres.

Cerré la puerta tras de mí, sin olvidar echar el cerrojo, y el silencio del pasillo me golpeó con más fuerza que cualquier grito o gemido. Cada paso era un eco hueco, como si caminara dentro de un túnel oscuro que me conducía lejos de ella, lejos de mí mismo.

Lo había hecho otra vez. Lo mismo de siempre. Entrar con violencia, tomar, consumir y salir. Como un ladrón que no se atreve a mirar a los ojos a su víctima. Pero Isabella no era como las demás. Lo sabía. Y tal vez por eso, el peso de mi propia cobardía se me clavaba en el pecho.

Quise convencerme de que había sido un encuentro más, un cuerpo más, una noche más. Pero no. En mi mente todavía estaba su voz, quebrándose entre el placer y la duda. Todavía sentía la manera en que me abrió las puertas de algo que nunca supe cuidar: confianza. Y yo, en vez de quedarme, en vez de sostenerla, me marché como un cobarde.

Fui vistiéndome por la casa hasta salir al patio. Caminé sin rumbo, con la ropa aún desordenada y el alma más desnuda que nunca. Descargado, sí, pero también vacío. La carne satisfecha, el espíritu condenado.

En cada sombra que el sol proyectaba sobre el terreno lleno de viñas, creía ver sus ojos: no los de la pasión, sino los del silencio que quedó cuando me fui. Ese silencio era el verdadero juicio. Y comprendí que lo mío no había sido una victoria, sino una derrota más.

Era prisionero de mí mismo. Y lo peor… Era que tal vez la había arrastrado conmigo.

"Eres un completo imbécil"

La voz de mi madre se coló en mi mente, nítida y fuerte. Un golpe a mi cordura.

Regresé a mi infancia, una época en la que ni yo mismo sabía qué me ocurría. Pero por ver el mundo de forma diferente, ya se me juzgaba con brutalidad y, sobre todo, mi madre era la que más duramente me criticaba.

Me centraba en los pocos rompecabezas que un día me compró mi madre. Las piezas ya estaban desgastadas, pero el tacto y el olor me hacían sentirme en paz. Diseminaba las piezas por la mesa, todas boca abajo. Recordé el color verde apagado mate con diminutos puntos blancos.

Cuando mi madre regresaba a casa, el fuerte olor a alcohol lo invadía todo; después, las risas incontrolables y las voces del hombre que la acompañaba.

Mi cuerpo se tensaba en ese momento. Cuando escuchaba sus pasos hasta el salón y aún no había terminado mi puzle.

—Pero si tiene todas las piezas del revés —observó el nuevo "amigo" de mi madre, poniéndose en cuclillas y cogiendo una pieza.

La ira llegó a mí. Grité desesperado. Mis emociones se descontrolaron al ver la pieza que ya no estaba en su lugar exacto. Me tiré a por aquel hombre, haciéndole caer al suelo. Solo quería recuperar la pieza.

—¡Maldito niño! ¿Pero qué coño te pasa? Puto tarado.

No entendía lo que me decía; solo podía fijarme en la pieza del puzle sujeta entre sus amarillentos dedos que olían a tabaco barato. Me empujó, caí al suelo y, en cuanto pude ponerme en pie, fui a por él nuevamente.

El hombre tiró la pieza lejos y yo fui detrás, impulsado por mi cerebro para terminar aquel rompecabezas. Aquel trozo de cartón era más que una necesidad, era como si me faltase una parte de mí.

La pieza estaba en mi mente, su forma, su tacto… y mis manos vacías. Todo mi ser se rompió con la falta de ese fragmento. Me

había arrancado una parte y no me la devolvía. Grité y pataleé. Me dolía la cabeza; sentía un ruido fuerte que no cesaba.

Las manos de mi madre me sujetaron con fuerza. Tiró de mí arrastrándome por el pasillo. Yo no quería irme, solo necesitaba terminar mi rompecabezas. ¿Por qué no lo entendía?

Las paredes y el suelo se movían a mi alrededor hasta verme dentro de la habitación. La puerta se cerró de golpe y corrí hacia ella para golpearla con todas mis fuerzas.

Mi corazón latía más rápido que las voces de mi cabeza.

Escuché los gritos de mi madre y del hombre que acababa de llegar, y tras el portazo de la puerta principal escuché los pasos de mi madre; se acercaba a mi habitación rápidamente. Quitó el cerrojo y entró. Intenté pasar hacia el pasillo e ir en busca de mi pieza, pero ella me agarró clavándome sus largas uñas en el brazo.

Me tiró contra la cama y comenzó a golpearme mientras hablaba. Había aprendido que quedarme quieto era lo mejor, así dejaría de golpearme antes y se iría a su habitación.

—No sé qué hice para merecer a un hijo como tú. Otro cliente espantado por tu puta culpa, monstruo de mierda.

Los anillos que llevaba de circonitas me rasgaban la piel de la espalda. Me tapé la cara con los brazos, aunque ella buscaba cualquier hueco para darme puñetazos. Me agarró del pelo y tiró con fuerza para que enseñase el rostro.

—Tenía que haber hecho caso a tu padre, y abortar cuando estaba embarazada. Eres una puta carga.

Me dio un último puñetazo en la nariz. Un líquido rojo y cálido comenzó a salir de mi nariz.

Mi madre se apartó agotada y yo corrí al salón a por mi pieza. La encontré y la puse en su sitio.

Mi madre llegó y se quedó mirándome con hastío.

—No sé si eres tonto o es que te falta un hervor.

Capítulo 40

Isabella

Román salió de la habitación sin mirar atrás; el eco de sus pasos retumbaba en el pasillo.

Permanecí inmóvil, con el pulso desbocado y la respiración entrecortada. Mi mente trabajaba frenéticamente, intentando ordenar lo que acababa de suceder.

No podía negar el miedo que sentía, ni la confusión que me embargaba. Cada gesto de Román estaba grabado en mi memoria: la fuerza, la determinación… y esa mirada que parecía atravesarme. Como psicóloga, trataba de racionalizarlo, de analizar su comportamiento: control, posesión, miedo a perderme… ¿O había algo más detrás de su violencia?

Al escuchar que la puerta de la habitación se cerraba, un escalofrío recorrió mi espalda. Sabía que estaba atrapada, que la situación no era segura, pero también comprendía que mantener la calma y pensar era mi única defensa real.

Mi cuerpo temblaba, pero mi mente comenzaba a reorganizarse. Debo mantener la cabeza fría. Él no puede leer mis emociones si no se lo permito.

Tras un tiempo de calma, la tormenta en mi interior arreció con fuerza. El nudo en mi garganta creció hasta que las lágrimas se derramaron sin control por mis mejillas. Me fui rápidamente al baño, hice girar el grifo y, sin esperar a que saliera el agua caliente, me metí. El agua fría se llevó mis lamentos.

No sé el tiempo que estuve bajo el agua, pero el chorro de agua comenzó a calentarse. Se vertía con fuerza sobre mi cabeza.

No podía darle la satisfacción de verme conmocionada y tan frágil como me sentía en ese mismo instante.

No podía entender por qué se había ido. Mi cuerpo lo recordaba, pero mi mente gritaba que no había justicia en lo que ocurrió. Me sentía… vacía, utilizada, como si hubiera entregado algo que él

nunca podría valorar. Quería confrontarlo, preguntarle por qué, exigir explicaciones, pero la habitación estaba vacía y solo queda el eco de su ausencia.

Decido salir de mi refugio, aunque cada paso pesaba como si caminase hacia una trampa. El armario frente a mí se alzaba sólido, con ese aire de antigüedad que parecía haber resistido el paso del tiempo.

Al abrir sus puertas, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Allí estaba mi maleta. Reconocí al instante la tela gastada en las esquinas, las marcas de viajes pasados. Y dentro… mi ropa, cuidadosamente doblada. Cada prenda ordenada con una meticulosidad que no podía ser casual.

Román lo había planeado todo. Había hurgado en mis cajones, había abierto mi armario, había elegido esa maleta, la que yo siempre usaba, como si supiera que verla me haría sentir atrapada, desnuda incluso vestida.

El orden perfecto me provocó una rabia insoportable. El tiempo que se había tomado, la paciencia para doblar cada camiseta, cada pantalón… era más invasivo que cualquier amenaza.

Tomé unos pantalones y una camisa suelta, ropa de estar en casa, de esas que siempre me hacían sentir segura. Si iba a sobrevivir a esta situación maldita, al menos lo haría envuelta en algo familiar.

Maldije en silencio, y el recuerdo de la última conversación con mi padre me atravesó como un cuchillo. Seguro que había intentado advertirme, seguro que había visto lo que yo no quise aceptar. Dormía junto al enemigo… y nunca quise verlo.

Caminé por el cuarto intentando recomponerme, luchando entre la ira y la confusión. ¿Cómo puede desaparecer así, como si nada hubiera pasado? Cada segundo sin él me hacía sentir más débil, más expuesta. Quería que regresara, quería respuestas, quería entender… y odiaba que él tuviera ese poder sobre mí.

Capítulo 41

Isabella

El tiempo transcurrió insoportablemente lento. Cada segundo era una punzada, un eco repetido que no me dejaba escapar. Mi mente bullía sin control, atrapada en una maraña de pensamientos que no podía detener.

Las paredes parecían cerrarse sobre mí, como si el cuarto se encogiera con cada respiración. El aire era espeso, denso, y me costaba tragarlo. Una parte de mí quería huir, arrancar la puerta y correr sin mirar atrás. Pero otra… otra me encadenaba a este lugar, a él, a la sombra de su ausencia.

Me odiaba por necesitarle, por desear que regresara solo para arrojarle mis preguntas, mis reproches, mi dolor. Odiaba aún más imaginar que, quizá, él no pensaba en mí en absoluto. Que mientras yo me consumía, él seguía siendo piedra, hierro, muralla.

¿Y si esto era lo que siempre quiso? Que me quebrara sola, que me mirara en el espejo y no reconociera mi reflejo… Me sentía despojada de mí misma, como si cada gesto suyo hubiera arrancado pedazos invisibles de mi identidad.

El silencio no ayudaba. Retumbaba en mi cabeza como un grito ahogado. Mis pensamientos giraban en círculos, uno tras otro, repitiendo las mismas preguntas sin respuesta. ¿Por qué se fue? ¿Por qué me dejó en este vacío? ¿Qué soy para él?

Cerré los ojos con fuerza, pero era peor. Su imagen seguía ahí, grabada en mis párpados, como un recuerdo que no quería soltarme. Lo detestaba. Lo detestaba tanto que me dolía… y sin embargo, debajo de ese odio, había algo más peligroso: la necesidad de entenderlo.

Me estaba volviendo prisionera de una jaula invisible. Y lo peor era que, en el fondo, parte de mí no quería salir.

El cielo ya estaba oscureciendo y él no había tenido la decencia de traer nada de comer. Ni siquiera una merienda.

Fui al baño a tomar un poco de agua; para cuando regresé al interior de la habitación, mi ira creció como una llama avivada por un líquido inflamable. Aquel cerdo me había dejado un vestido precioso encima de la cama, justo en el mismo sitio donde horas antes habían estado nuestros cuerpos unidos por el deseo. Un vestido impecable, precioso, extendido con cuidado sobre la cama.

¿De verdad? ¿Un vestido, como si yo fuera una muñeca para exhibir? ¿Como si pudiera vestirme a su gusto y moldearme con la misma facilidad con la que había doblado mi ropa en la maleta?

Lo miré con desprecio, como si fuera un enemigo en tela. Ni lo toqué.

Seguí con mis pantalones amplios y mi camisa de algodón, esa ropa cómoda, casi descuidada, que olía a hogar, a mi vida de antes. Y al hacerlo sentí algo parecido a la fuerza: un recordatorio de que todavía había un rincón de mí que él no podía controlar.

Me senté en la cama, cruzando los brazos, deliberadamente ignorando el vestido tendido a mi lado. Que se quedara ahí, inerte, testigo de mi negativa.

Él quería verme hermosa bajo sus reglas. Yo prefería seguir siendo incómoda, fuera de lugar, pero mía.

No me pondría su maldito disfraz.

Que viniera a buscarlo él mismo, si tenía tanto interés.

Sabía que estaba a punto de romper todo lo que él había planificado y esa negativa provocaría una gran irritación en Román. Y justamente es lo que buscaba, hacerle ver mi resistencia, reafirmar mi identidad y control propio. Esa prenda era mucho más que un vestido; era un símbolo de invasión y una forma de negociar muy sutil pero potente.

Me embargó la curiosidad. Si no había venido y el vestido estaba ahí, eso quería decir que…

Me levanté y fui hasta la puerta; dudé un instante, parando mi mano a centímetros de aquel pomo dorado. Mis largos dedos temblaron, cerré el puño llena de furia antes de agarrar el picaporte con fuerza, lo giré y escuché cómo el pestillo se retraía sin oposición.

Crucé el umbral.

Capítulo 42

Isabella

Al cruzar el umbral, lo primero que percibí fue el olor a piedra antigua y madera envejecida. Las paredes parecían gruesas para guardar el frescor en verano y evitar que el calor se escapara en invierno.
Había velas encendidas marcando el camino que debía seguir, pero me desvié de él buscando el recibidor. Pisé las losas de terracota desgastadas por el paso del tiempo hasta llegar a la puerta principal.

Antes de tocar la puerta de madera maciza, su voz llegó a mí con fuerza y serenidad.
—No podrás salir de la masía sin la llave, Isabella. No me hagas arrastrarte de nuevo a tu habitación, porque lo haré. —Sus pasos resonaron por el pasillo hasta llegar a mí.

Me quedé quieta frente a la puerta, con la mano suspendida a centímetros de la madera, como si el simple contacto pudiera devolverme la libertad. La respiración se me aceleró, no de miedo, sino de una rabia contenida que me quemaba el pecho.

Su voz había sido clara, firme, tan segura que parecía dictar una sentencia. Y entonces lo escuché: sus pasos, lentos, medidos,

resonando sobre las losas antiguas, acercándose a mí con la calma de quien se sabía dueño del terreno.

—¿Eso es lo que quieres, Román? —dije sin girarme, mi voz temblando entre desafío y angustia—. ¿Seguir tratándome como a una prisionera?

Sentí su presencia a mis espaldas antes de que pudiera verlo. Un peso invisible me recorrió la nuca.
—No es lo que quiero. Es lo que necesito hacer —contestó, sereno, cada palabra sostenida con un control que me resultaba insoportable.

—¿Necesidad? —Mi garganta se cerró alrededor de la palabra, como si se me atragantara—. No me vengas con excusas, lo disfrutas. Disfrutas verme así.

El silencio que siguió fue más cruel que cualquier respuesta. Solo escuchaba su respiración, cerca, demasiado cerca. Entonces, murmuró:
—Te equivocas. Lo que disfruto… es que todavía no has entendido nada.

Me giré con brusquedad, la ira ardiendo en mis ojos, pero lo único que encontré fue esa mirada impenetrable, como un muro imposible de atravesar.

Mi corazón golpeaba tan fuerte que parecía que me iba a desgarrar el pecho. Me lancé hacia la puerta, los dedos buscando el hierro frío del pestillo, aunque sabía que no serviría de nada.

Él lo anticipó. Su cuerpo se interpuso, bloqueándome el paso con un movimiento seco, calculado. No me tocó al principio; simplemente se plantó frente a mí, como una muralla de carne y hueso imposible de escalar.

—¡Aparta! —grité, empujando con todas mis fuerzas contra su pecho. Mis manos se estrellaron contra él, inútiles, como si intentara mover una roca.

Román no cedió ni un centímetro. Solo me miraba, firme, los ojos clavados en mí con esa serenidad que me enloquecía más que cualquier violencia.

Volví a empujar, una y otra vez, los dientes apretados, el cuerpo ardiendo de rabia. Y entonces su mano atrapó mi muñeca, firme, sin brusquedad, pero con una fuerza que me dejó sin escapatoria.

—No lo hagas más difícil —murmuró, su voz baja, dura, tan cerca que sentí el calor de su aliento rozarme la piel.

Intenté zafarme, girando el brazo, arañando si era necesario, pero él apretó un poco más, lo suficiente para recordarme que tenía el control.

—¿Vas a someterme otra vez? —escupí, con la garganta rota entre furia y humillación—. ¿Ese era tu juego?

Por un instante, vi un destello en sus ojos. No supe si era ira, frustración o… ¿Duda? Pero desapareció tan rápido como había llegado. Me empujó lo justo para separarme de la puerta, su cuerpo avanzando hasta ocupar el espacio que yo había reclamado.

Quedé atrapada entre su cuerpo y la pared, la piedra fría en mi espalda contrastando con el calor sofocante de su proximidad. Respiraba agitada, mis puños aún cerrados, mientras él permanecía inmóvil, dueño absoluto del espacio.

—Mírame, Isabella —ordenó, sin necesidad de alzar la voz.

Lo hice, porque no había escapatoria. Sus ojos eran un pozo oscuro donde no encontraba fondo.

—¿Qué ves? —preguntó.

Tragué saliva, sintiendo cómo la rabia me subía a la garganta.
—Veo a un carcelero. A un hombre que necesita tenerme encerrada para sentirse fuerte.

Él inclinó la cabeza, un pequeño gesto, pero suficiente para tensar el aire entre nosotros.
—No. Ves lo que quieres ver. Lo que te conviene para odiarme.

—¿Y acaso me dejas otra opción? —le escupí, la voz quebrándose entre furia y desesperación—. Me secuestras, me controlas, me… utilizas, y después, pretendes que entienda tus malditas razones.

—Si de verdad me odiaras —susurró, tan bajo que apenas lo oí —, no estarías temblando así.

Me mordí el labio con rabia, pero el temblor en mis piernas me traicionaba.
—No confundas miedo con otra cosa. No te daré ese poder.

Sus ojos me recorrieron como si quisiera descifrar algo oculto bajo mis palabras. Luego, poco a poco, aflojó la presión de su mano, aunque no retrocedió ni un paso.

—No se trata de poder, Isabella. Se trata de lo que aún no eres capaz de admitir.

Se alejó de mí, dejándome libre de su calor.
—Vamos a cenar.

No opuse resistencia, ya que mi estómago había comenzado a protestar: rugía con un hambre voraz, y el olor de la comida caliente llegaba hasta allí para atormentarme. Si quería salir de allí, tenía que estar fuerte para correr.

Pasé por delante de él con la espalda bien recta y la cabeza alta, dejándole ver que iba porque yo quería, no porque él lo ordenara.

Capítulo 43

Isabella

En el salón principal, los techos se alzaban con vigas de roble oscuro, algunas aún marcadas por los nudos y grietas del árbol del que nacieron. Una gran chimenea dominaba el espacio, ennegrecida en los bordes por el humo de tantos inviernos. Frente a ella, una gran mesa también de roble con sillas a juego. Lejos de la gran mesa, unos sillones tapizados con telas de colores cálidos, ocres, granates y verde oliva invitaban a largas conversaciones o a silencios compartidos.
En aquel lugar se respiraba una serenidad rústica que contrastaba con lo que en mi interior se vivía.

Román fue a correr la silla hacia atrás para invitarme a sentarme. Me anticipé a su movimiento y tomé el respaldo para no dejarle hacer ese gesto que en otro momento se vería como galantería.
—Ya puedo yo… —dije, lanzándole una mirada llena de resentimiento.
Cerró las manos con fuerza mientras exhalaba con furia.

La mesa estaba dispuesta con una precisión que rozaba lo ritual. Sobre el mantel de lino, los cubiertos parecían pequeñas reliquias profanas: negros, mate, de un brillo apagado que absorbía la luz de las velas. En el extremo de cada mango, una calavera blanca emergía como un sello de advertencia, con las cuencas vacías fijas en quien osara mirarla demasiado tiempo.
Alrededor del cráneo, ramas enroscadas y rosas abiertas trepaban por el metal, como si intentaran sofocar con belleza la crudeza de la muerte que presidía cada pieza. Había en aquel conjunto una extraña contradicción: lo fúnebre y lo ornamental, lo macabro y lo refinado, unidos en un solo gesto. No eran simples utensilios para comer, sino símbolos. Una declaración silenciosa de poder y de dominio, como si hasta el acto de la cena estuviera impregnado de un recordatorio inevitable: la fragilidad de la vida frente al control absoluto de quien había dispuesto la mesa.

Fue a por el primer plato para dejarlo con delicadeza encima de la mesa. Crostini toscani, pequeñas rebanadas de pan rústico

coronadas con un paté oscuro de hígado, cuyo aroma intenso parecía rozar lo metálico; sangre aderezada con vino.

—¿Por qué te fuiste? —mi voz tembló, pero traté de mantener el control—. ¿Acaso todo esto no significa nada para ti?
Necesitaba saberlo a pesar del dolor que llegaría con la revelación de sus sentimientos. Para continuar con mi camino, con la idea de fuga que me rondaba la mente desde que Román me había privado de mi libertad.

—No se trata de significar o no significar —respondió, calmado, medido—. Se trata de no confundir los límites.

—¿Límites? —mi risa fue amarga—. Sentí que compartí algo real contigo… y tú te fuiste como si nada hubiera valido nada para ti.
Rememoré aquel amargo momento. Solo necesitaba un abrazo después de aquel acto tan íntimo entre los dos. No contaba con su desprecio.

—Te ofreciste a mí, Isabella —dijo, observándome con frialdad—. Lo que ocurrió fue… ocurrió. Nada más. Nunca hubo promesas, nunca hubo unión.

—No esperaba promesas, Román. Solo… presencia. Y cuando te fuiste sin una palabra, sentí que me dejabas en una posición que no merecía. ¿Era una experiencia puntual que podías abandonar al instante?
Si se pudiera escuchar un corazón roto, sería un buen momento para oírlo bien alto y claro. Porque yo lo escuchaba y, lo peor, lo sentía dentro de mí.

—No me malinterpretes —su voz fue suave y firme—. No se trata de verte como un objeto. Se trata de mantener la distancia que ambos necesitamos. Si me quiebro, si permito que esto sea más que lo que es… perderíamos todo.

No lo entendía, pero ¿cómo coño iba a hacerlo si nunca me hablaba claramente?

—¿Perder todo? —repetí, incrédula—. Yo no quería perder lo nuestro, aunque veo que tú sí.

—Exactamente —respondió sin suavidad—. Y por eso me fui. Porque si no lo hago, terminarás creyendo en algo que yo no puedo ofrecer. No quiero que confíes en mí. No quiero que dependas de mí.

—Confié en ti —dije, con un hilo de voz—. Y eso duele más que cualquier otra cosa.

—Entonces aprende de ello —respondió, apoyando los codos en la mesa—. Que duela te enseñará a no depender de nadie como lo haces ahora. Y menos de alguien como yo.

—Eres… cruel —susurré, mientras mi corazón latía con fuerza.

—Soy real —me informó tomando un trozo de su tostada de pan para llevarlo a la boca—. Y a veces, ser real duele más que cualquier mentira.

—Román —dije con una calma que él no esperaba—, no estoy negando que fui yo quien dio el paso de comenzar a vernos. Lo hice consciente, como adulta y sin esperar que te transformaras en algo que no eres. Pero que haya elegido darte algo importante no te da derecho a tratarme como si fuera prescindible.

Él levantó la mirada, sorprendido por el cambio en mi tono.

—¿Quién decide irse, Román? —continué, despacio, sin levantar la voz—. ¿Tú? ¿Siempre tú? Está bien. Pero entiende esto: yo también decido. Y aunque ahora estés controlando mis movimientos, no controlas mi dignidad. Ni mi valor. Ni quién soy.

Me mantuve erguida, sin apartar la mirada.

Se levantó de golpe, haciendo que las patas de la silla chirriaran contra el suelo, plantó las palmas de las manos en la mesa y esta tembló con el golpe. Alzó el rostro lentamente, seguro de sí mismo, como si temiera que su presencia me asfixiara más de lo que ya lo hacía.

—Sí, yo. Decido. —respondió con frialdad—. Porque alguien debe mantener la distancia que tú misma no logras sostener.

Tragué saliva con fuerza, sintiendo el calor de mis lágrimas amenazar con traicionarme.

—¿Distancia? ¿Después de lo que pasó? ¿Después de… esto? —señalé el espacio entre nosotros, el aire denso, cargado aún de lo que no nos habíamos dicho.

Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad insoportable.

—Justamente por eso. No quiero que confundas lo ocurrido con tus ensoñaciones de adolescente enamorada.

Sentí un nudo apretarse en mi garganta.

Era un patrón clásico de dominancia afectiva en un contexto de poder absoluto. Él hablaba de "realidad", de "verdad", de que ser él implicaba dolor… pero en su comportamiento podía leer algo mucho más simple: incapacidad emocional, evitación afectiva extrema, y tal vez incluso miedo a la conexión. Un miedo que él disfrazaba de frialdad.
Y yo… yo me había enfadado porque había esperado algo más. Porque me había expuesto, había ofrecido algo íntimo, y su reacción había negado ese valor.

—Entonces… ¿Solo fui un desahogo para ti? ¿Nada más?

Él no contestó de inmediato. Su silencio fue peor que cualquier palabra. Finalmente, se sentó y murmuró:

—Eres más que eso. Y por eso mismo… debo alejarme.

Mis labios temblaron entre odio y desesperación.

—No voy a discutir tu decisión. Ni tu distancia. Entiendo lo que temes y entiendo también lo que te obligan a ser.

Por primera vez, vi un destello en su mirada. No era ira ni desprecio, sino algo más humano.

—¿Quieres alejarte porque crees que sentir algo te desestabiliza? —pregunté, sin dureza, sin ironía—. Bien. Puedo respetarlo. Pero no confundas tus barreras con mis carencias.

Dudó un segundo. Luego volvió a ser el mismo Román de siempre: impenetrable, inalcanzable.

—No quiero hacerte daño —murmuró.

Aunque parecía medir sus palabras por la lentitud con la cual me hablaba, y eso me dio una pizca de esperanza.

Vi la llave colgando de su cuello, junto al collar de placas militares. Chocaban unas con otras advirtiéndome de la peligrosa idea que comenzaba a fraguar en mi mente.

—Ya lo estás haciendo —respondí con suavidad, no con reproche, sino con verdad—. Pero puedo soportarlo. Lo que no voy a permitirte es que minimices lo que siento, o que reduzcas lo que ocurrió a un impulso. No te estoy pidiendo que me quieras. No te estoy pidiendo que te quedes. Solo te estoy pidiendo que seas honesto contigo mismo.

Y añadí, con la calma de quien recupera su centro:

—Si necesitas distancia para no romper tus propias reglas, la tendrás. Pero no esperes que me rompa yo en el proceso. Tengo claro quién soy. Incluso ahora. Incluso contigo. Y eso, Román, no puedes quitármelo… Ni aunque lo intentaras.

Lo miré sin desviar la mirada, sin miedo, sin sumisión.
Por primera vez desde que me había secuestrado… sentí que la que tenía el control era yo.

Capítulo 44

Shadow

Me estaba muriendo por dentro cada vez que mentía, pero era algo necesario e imperativo. Isabella no podía albergar esperanzas. Yo no era digno de esa mujer, no podríamos tener un mundo aparte.

Jamás podría abandonar mi trabajo ni el cónsul me dejaría salir de él. Era su instrumento, su arma, su… Hijo.

No quería crear expectativas que claramente se romperían con una orden de ese hombre que manejaba mis hilos. Y no conseguiría evitar el desastre. Había que mantener las distancias y eso significaba hacer grandes sacrificios por ella. Mentir por ella. En mis palabras no cabía la posibilidad de otras interpretaciones.

Miré mi plato, lo giré tres veces hasta dejar mis tostas alineadas hacia mi pecho y tomé un *crostini toscani*. El estómago se me cerró al ver los ojos de Isabella, empañados por mis hirientes palabras.

—Isabella —dije, midiendo cada sílaba—. Escucha con atención. No hay nada que puedas esperar de mí. Nada.

Sus ojos me buscaban sin descanso. Podía sentir cómo trataba de encontrar algo que no existía. En mi rostro no había calor ni promesas. Solo control. Solo lógica.

—Todo esto es por mi padre, ¿verdad? Siempre he sabido que trabajaba para alguna mafia. Es un político corrupto. Cuando me drogaste, él iba a advertirme de esto, de ti.

Su voz temblaba. Estaba comenzando a ver que todo esto era mucho más grande que ambos, más peligroso y cruel de lo que se imaginaba.

—¿Qué quieren hacer conmigo? ¿Pretenden chantajear a mi padre? —preguntó con una risa amarga—. Él jamás les dará algo si se lo están imponiendo.

—¿Incluso cuando la vida de su hija pende de un hilo?

Vi cómo el aliento se atascaba en su garganta. Tragó saliva y bajó la cabeza para reunir mi mirada.

—¿Vas a… vas a matarme? —Su voz fue casi un susurro.

—No. Yo no —contesté con sinceridad. Jamás podría quitarte la vida. En eso debía ser sincero conmigo. —Pero no puedo hacerte promesas. No puedo. No sé qué me pedirán hacer.

Su mirada titubeaba, intentando descifrar mis emociones. Pero no había emoción que pudiera mostrar. Mostrar algo sería un riesgo. Si interpretaba cualquier gesto como protección, entonces estaría equivocada, y eso era lo más peligroso.

—Todo lo que ves en mí… todo lo que imaginas… eso no significa nada. Lo más seguro es que no tengas expectativas. —Mi voz permanecía plana, monótona. Cada palabra era un cálculo.

—Si estos meses significaron algo para ti, ayúdame a salir de esta jaula. Solo tú puedes liberarme. ¿O es que tienes miedo de esa mafia?

—No temo por mí. Porque yo formo parte de esa mafia, Isabella. Es mi familia. —Sostuve su mirada—. Temo por ti… y por las cosas que podrían ser necesarias hacer. Por eso te digo la verdad: no creas que puedo protegerte. Debo cumplir las órdenes.

—¿Fue mentira todo lo que vivimos? ¿Me enamoraste solo para poder secuestrarme? ¿Siempre fui una misión que cumplir?

NO, gritó mi mente enfurecida. Controlé mis manos, mi respiración e incluso mi pulso. Alcé el rostro y la miré directamente a los ojos.
No había respuesta emocional posible. Solo frialdad, solo precisión.

—Siempre hago lo que me piden.

La lógica de mi mente me decía que fuera hasta ella, que me adueñara de esos labios rosados. No obstante, mi cuerpo se mantuvo en una quietud imperturbable. Cada indicio de bondad, cada gesto de cercanía, sería usado en su contra.

Su silencio fue como un campo minado. Cada respiración de ese maravilloso pecho la interpretaba como una señal que registrar.

Comenzó a comer sin mediar palabra; vi que era una pequeña victoria el que dejara las preguntas incómodas, cediera y se alimentara. Este efímero éxito debería tranquilizarme, pero no lo hacía.

Dentro de mí, el cálculo continuaba: si ella perdía la esperanza, sobreviviría más tiempo. Si se aferraba a mí, el cónsul me obligaría a cortar de raíz cualquier vínculo. Y entonces… Desaparecería.

Mentir no fue maldad. Fue estadística.

Lo aprendí de pequeño, la primera vez que un hombre puso dinero sobre una mesa en la puerta de mi casa. Vi el sobre, sentí la mano que lo dejaba y escuché a mi madre decir que no había otra salida. Aquel momento me enseñó la regla: quien pagaba, decidía.

Por eso calculaba entonces: si ella se aferraba a mí, el cónsul, dueño de inversiones y destinos, no dudaría en cortar cualquier vínculo de raíz. Protegía igual que imponía. Y aunque nunca lo habría admitido en voz alta, también era mi única forma de intentar salvarla de lo que yo era.

El día que el cónsul vino a mi casa entendí que las reglas no eran palabras, sino contratos. Tenía diez años y el suelo seguía estando lleno de colillas y botellas vacías. Mi madre no me miró cuando abrió la puerta; su voz temblaba, no por miedo, sino por el temblor de siempre. Él entró sin pedir permiso. Traía un abrigo largo, negro, y un sobre que olía a papel nuevo y promesas viejas.

Lo dejó sobre la mesa. Ella lo tomó con manos torpes, como si pesara demasiado. No preguntó cuánto había dentro. No preguntó para qué. Solo asintió, y yo supe —sin entenderlo del todo— que me había vendido. No con malicia, sino con esa desesperación que confunde el alivio con la rendición.

El cónsul me observó un momento, evaluando, como quien inspecciona una pieza antes de comprarla. No me preguntó el nombre; ya lo sabía.

—Te daré un futuro, hijo.
Pero nunca mencionó el precio.

Esa noche subí a un coche negro que olía a cuero y gasolina. Dejé atrás las luces sucias de mi calle y el eco de mi madre riéndose sola. Cuando llegamos a la mansión, el aire era distinto: no olía a

alcohol, sino a control. Me entregaron ropa limpia, comida caliente y un silencio que pesaba más que el hambre.

Entendí entonces la primera regla: quien paga, decide.

El cónsul no levantó la voz; no lo necesitaba. Su presencia era suficiente para marcar jerarquías. Los sirvientes bajaban la mirada, los aprendices se enderezaban y yo, el nuevo, aprendí a no respirar más de lo necesario.

Esa noche, mientras me acostaba en una cama que no era mía, supe que el sobre que colocó sobre la mesa había sellado algo más que un trato: había comprado mi nombre, mi futuro y mi silencio. Desde entonces, el dinero no volvió a ser una moneda. Fue una orden.

Los días siguientes en la mansión del cónsul fueron una extensión del trato sellado aquella noche. Al principio no entendía por qué me había llevado allí. Pensé que sería un sirviente o un adorno más en su casa llena de pasillos largos y relojes silenciosos. Pero pronto descubrí que él no había pagado por compasión. Me había comprado con un propósito.

El cónsul me observaba con la misma mirada con la que uno mide la resistencia de una cuerda antes de escalar. Me hacía repetir movimientos, cálculos, frases, hasta que todo sonara exacto. Cada error era una lección. Cada acierto, una prueba de que valía la inversión. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, cada palabra tenía el peso de una orden disfrazada de consejo.

—El cuerpo se disciplina con hambre —decía—. La mente, con silencio.

Yo obedecía. No por miedo, sino por instinto. Sabía que un error podía costarme más que una reprimenda. Pero él no levantó la voz nunca. Su manera de castigar era más eficiente: retiraba su atención, y eso dolía más que cualquier golpe.

Aleksei, su hijo legítimo, no lo soportaba. Me veía como un intruso, una sombra que había llegado para ocupar un espacio que

solo a él le pertenecía. Me empujaba en los pasillos, me arrebataba los utensilios de práctica, se burlaba cuando el sudor me corría por la cara. Yo callaba. Callar era parte del aprendizaje.

Pero el cónsul veía todo. Y cuando Aleksei cruzaba la línea, intervenía sin dramatismos, sin elevar la voz. Bastaba una mirada. Una frase seca.

—No compares tu sangre con su valor —le dijo una vez, delante de todos.

Recuerdo la tensión de ese momento: Aleksei, con la mandíbula apretada, intentando no mostrar vergüenza; yo, con las manos al costado, inmóvil. El cónsul se acercó, puso una mano sobre mi hombro y añadió:

—La herencia no se hereda, se demuestra.

Desde ese día, Aleksei me temió más de lo que me odió. Y yo entendí otra regla: la protección también era un arma.

El cónsul me enseñó a disparar, a leer un rostro, a mantener la calma cuando el cuerpo pedía huir. Decía que los niños normales aprendían a correr, pero los suyos debían aprender a esperar. Y cuando me miraba después de un ejercicio bien hecho, no sonreía, pero en su silencio se escondía algo parecido al orgullo.

Aprendí que su defensa no era cariño; era cálculo. Me protegía porque yo era su proyecto. Pero, en el fondo, esa protección se sentía como lo más cercano al afecto que conocí jamás. Y, quizá por eso, nunca lo cuestioné.

Él fue quien me sacó de aquella casa llena de alcohol, drogas y desfiles de hombres que iban a correrse dentro de mi madre.
Me había salvado de aquella vida y le debía todo. Desde entonces, cada ejercicio, cada noche en vela, cada respiración contenida tenía un solo propósito: no fallarle. No porque temiera su castigo, sino porque su aprobación era lo único que tenía.

Capítulo 45

Shadow

Tras dar la cena por terminada, la acompañé a su habitación. Ella entró rota y sin esperanzas de salvación. Se paró en mitad de la habitación y se giró para ver cómo cerraba la puerta.
—Tengo todas las salidas con cámaras y sensores de movimiento. Puertas y ventanas cerradas —le informé.
Ella asintió mirando al suelo con los ojos húmedos por las lágrimas que empezaban a derramarse.
—Buenas noches, Isabella.
Cerré la puerta despacio, mirándola fijamente.
Me saqué el collar, sujeté la llave maestra y la guié hacia la cerradura de la puerta de Isabella. Detuve la llave a escasos milímetros del bombín. La puerta principal estaba cerrada, al igual que todas las ventanas; no pasaría nada si dejaba sin cerrar su puerta. Además, se la podía ver visiblemente derrotada. Lo más lógico era que se metiera a la cama a seguir llorando.
Retiré la mano y regresé la llave a su lugar, colgando en mi cuello y chocando con las chapas del ejército. Para cerciorarme, fui a la sala de vigilancia y la vi sentada en el borde del colchón con la espalda encorvada y la cabeza abajo. Después subió los pies a la cama para esconder su rostro entre sus rodillas.
—Tal y como había imaginado… —Susurré.
Me quedé un instante observando la pantalla. La imagen en blanco y negro mostraba su silueta recogida sobre sí misma, reducida a un ovillo en la cama. Era la imagen de alguien roto, sin voluntad de lucha.
Era lo que yo quería conseguir. Lo que debía conseguir. Y, sin embargo, algo dentro de mí no encajaba.
Toqué la llave colgada de mi cuello, escuché el leve golpeteo metálico contra las chapas y cerré los ojos un segundo. El metal siempre me recordaba que no pertenecía a este mundo, que solo era una pieza en la maquinaria de otros. Un engranaje reemplazable.

Lo más lógico habría sido girar la llave, escuchar el clic del cerrojo y dar por terminada la jornada. Orden, control, previsibilidad. Pero no lo hice. Porque algo me dijo que no era necesario. O al menos eso me repetí para no aceptar la otra posibilidad: que era yo quien estaba queriendo dejarle un resquicio.
La pantalla mostró un ligero movimiento de sus hombros. Lloraba en silencio. El llanto me incomodaba. No por lo que significaba, sino porque era ruido desordenado, una reacción que no podía medir con exactitud.
Pero mientras observaba la pantalla, una pregunta insistente golpeaba mi mente: ¿de verdad lo había hecho por lógica… o porque por primera vez no quería ser el verdugo que apagaba todas las luces?
El zumbido del teléfono vibró sobre la mesa de vigilancia. El número aparecía con el nombre Radomir Vukovíc. Era él.
Respiré hondo y contesté.
—Sí.
La voz del cónsul se filtró fría, impecable, como un bisturí que no dejaba margen a la duda:
—El padre de la muchacha no está colaborando. —Pausa medida, cargada de intención—. Haré un último intento.
Sus palabras pesaron más que cualquier amenaza explícita. No necesitaba decir lo que significaban. Un "último intento" siempre llevaba un desenlace: si no funcionaba, se eliminaba la variable que generaba resistencia. En este caso era Isabella.
—Quiero que traigas a la chica al local de tu hermano mayor.
Respiré con fuerza al imaginar aquel antro oscuro iluminado con luces de color rojo, camareras desnudas, olor a sexo y hombres babosos.
—Allí estarán Armand y Lucien. Ellos convencerán a su padre de que nuestros tratos son necesarios.

—¿Y después qué será de Isa…? —carraspeé para aclararme la garganta y corregir mi error; no podía llamarla por su nombre, y mucho menos, hablando con El cónsul— ...del objetivo?

—Te la llevarás a algún sitio más… íntimo. Tú ya me entiendes. Siempre se te ha dado bien esa clase de trabajos, hijo.

—De acuerdo —respondí.

La voz del cónsul la apagué con un clic, pero las palabras permanecieron incrustadas en mi mente como cuchillas.

Armand y Lucien.

Los gemelos.

No. No. No.

Los imaginé recibiéndola con esas risas torcidas y sádicas. Armand con su voz pastosa, Lucien con ese hábito de inclinar la cabeza como si quisiera arrancar secretos con los dientes.

Ellos no la verían como una persona. No. Para ellos sería un objeto. Un peón de carne. Un medio para demostrar poder.

Mi respiración se aceleró. Mis manos temblaron al sujetar la llave colgada en mi cuello. Golpes metálicos contra las chapas: clinc, clinc, clinc. Demasiado fuerte. Demasiado cerca.

Quería detener el sonido, pero no podía. No lograba coordinar el movimiento. La imagen de Isabella allí, bajo esas luces, rodeada de los hermanos, me atravesó con violencia. La pantalla en blanco y negro la mostraba aún en la cama, llorando en silencio. Pero en mi mente ya estaba en ese lugar, entre esas risas crueles.

Me llevé las manos a las sienes. Demasiado ruido. Demasiadas imágenes. La mandíbula se me tensó hasta doler. Necesitaba silencio. Necesitaba lógica. Orden. Pero todo estaba desbordado.

Respiraba demasiado rápido. Inspiración-corte-expiración-corte. Cada latido era un golpe en el oído. Los músculos me pedían huir, pero no había dónde. Cerré los ojos y apreté los dientes hasta que rechinaron.

Armand y Lucien con Isabella.

Isabella en sus manos.

Ella llorando, ellos riendo.

Ella implorando, ellos disfrutando.

La imagen era insoportable. El aire se me quedó atrapado en la garganta. Un espasmo. Un bloqueo. Mis dedos rasparon la mesa de vigilancia hasta dejar marcas.

No. No podía permitirlo. No era lógico. No era necesario. No… no debía pensar en eso.
Pero las imágenes volvían, más vívidas, como si ya hubiera ocurrido.
Y entonces lo entendí: no tenía miedo por mí. Sentía miedo por ella.
Y ese miedo me estaba destrozando desde dentro.

Capítulo 46

Isabella

Tras varias horas deshecha en llantos, con la garganta ardiéndome y el corazón apretado como un puño, me descubrí en un estado que ya no era simplemente miedo: era desesperación. Una desesperación lúcida, analítica, esa que aparece cuando la mente ha llorado todo lo que tenía que llorar y empieza a buscar salidas, aunque sean improbables.

Me levanté con torpeza y miré hacia la puerta. La observé como quien mira una frontera imposible. Sabía que estaba siendo vigilada, retenida, atrapada en un espacio que él controlaba por completo… y aun así, la necesidad de comprobarlo se hizo más fuerte que mi resignación.

Me acerqué y, con el pulso todavía tembloroso, posé la mano en el picaporte. No tenía esperanza; solo necesitaba la confirmación de

que la puerta estaba cerrada, la reclusión definitiva que justificaría mi aislamiento… y mi derrota.

Pero al girarlo, la puerta cedió.

Se abrió.

Sin resistencia.

El silencio del pasillo era absoluto, una oscuridad tan inmóvil que parecía aguardarme al otro lado un infierno en la tierra.

Debían de ser más de las dos de la madrugada. El reloj interno que se aferraba a mis nervios me lo susurraba con insistencia.

Me acerqué despacio, cada paso un crujido mínimo en el suelo que me obligaba a contener la respiración. Puse la mano sobre el pomo y cerré los ojos un instante, temiendo el rechazo de un pestillo firme. Pero no… el metal cedió bajo mi tacto. El pestillo retrocedió con un suave susurro mecánico.

Contuve un jadeo, apreté los labios. La puerta se abrió despacio, y una ráfaga de aire fresco del pasillo me acarició la piel. Era real. No estaba atrapada del todo.

Avancé con sigilo, el corazón golpeando tan fuerte que temí que los micrófonos o cámaras pudieran detectarlo. Cada sombra del corredor parecía observarme; cada rincón oculto podía contenerlo a él.

Sabía lo que debía hacer: encontrarlo. Buscar en las habitaciones, una a una, hasta dar con Román. Si lograba hallar la llave maestra, si conseguía un resquicio de control… entonces quizás, solo quizás, tendría una oportunidad.

Pero también sabía otra cosa: que encontrarlo a esas horas podía ser tan peligroso como liberador.

Y, aun así, avancé.

Abrí varias puertas con delicadeza y observé su interior vacío. Con cada una de ellas se alejaba de mí un trocito de esperanza.

Hasta que, por fin… Abrí la última puerta con lentitud, cada giro de la manija susurrando en la oscuridad. El silencio a mi alrededor parecía contener la respiración, esperando mi próximo movimiento. La oscuridad me envolvió al cruzar el umbral, densa y pesada como una advertencia. Me detuve unos segundos para que mis ojos se acostumbraran, y entonces lo vi.

Román estaba allí, tendido sobre la cama, boca arriba, la respiración lenta y profunda. La tenue luz que se filtraba desde el pasillo dibujaba su silueta rígida; incluso dormido, parecía un soldado en guardia.

Mis piernas temblaban, pero avancé despacio. Me acerqué al borde de la cama y ahí estaba: la cadena colgando de su cuello, descansando sobre la tela de la camiseta. La llave maestra brillaba suavemente, rozando las chapas militares.

El aire me ardía en los pulmones. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, escuchar el leve roce de su respiración.

Extendí la mano con un temblor incontrolable. Mis dedos rozaron el metal frío, y la vibración del contacto hizo tintinear las chapas. Un sonido leve, mínimo, pero que para mí retumbó como un trueno.

Me quedé inmóvil, con el corazón detenido. Observé su rostro. Su mandíbula permanecía relajada, los párpados cerrados. Seguía dormido.

Tomé la cadena con dos dedos, con la delicadeza de quien manipula cristal. Tiré con suavidad, pero el metal se deslizó un poco antes de tensarse contra su cuello. No podía sacarla sin moverlo.

Un nudo me subió a la garganta. Para conseguir la llave tenía que inclinarme más, deslizar con cuidado la cadena sobre su cabeza, rozando su piel. Cada movimiento era un riesgo.

Me arrodillé junto al colchón, acercándome tanto que pude sentir el calor de su aliento en mi mejilla. El miedo me paralizó. Estaba tan cerca que, si despertaba, lo primero que vería sería mi rostro sobre él, mis manos en su cuello.

La llave estaba allí, a unos centímetros de distancia. Mi libertad, a un respiro de él.

Y mi cuerpo entero temblaba al decidir si arriesgarlo todo o retroceder antes de que fuera demasiado tarde.

Dudé un instante, y en ese breve momento de tiempo sus ojos helados se abrieron de golpe.

Me agarró por la cintura y me hizo rodar pasando por encima de su cuerpo. Mientras me inmovilizaba con el peso de su cuerpo, sacó una pistola de debajo de la almohada y me apuntó con ella en la sien.

Vi su enojo, su incertidumbre y desesperación al contemplar mis dedos alrededor de la cadena que sostenía la llave maestra.

—¿Venías a por la llave? ¿Esto es lo que quieres? —Su voz sonó gutural, como de ultratumba. Presionó la boca del arma con más fuerza.

Capítulo 47

Shadow

El roce de sus dedos contra la cadena fue suficiente para arrancarme del sueño. No podía pensar cuando algo amenazaba mi

orden: reaccioné. Mi cuerpo se movió solo. La sujeté por la cintura y en un instante la hice rodar por encima de mí. Ella solo tuvo tiempo de soltar un jadeo ahogado antes de quedar atrapada bajo mi peso.

Mi mano ya conocía el camino hacia la pistola escondida bajo la almohada. El metal frío se alzó entre nosotros, y en un segundo la boca del arma estuvo presionada contra su sien.

Su respiración era rápida, entrecortada. Yo podía sentir temblar bajo mi cuerpo; la vibración del miedo la atravesaba como una corriente. Y allí, frente a mis ojos, la prueba irrefutable: sus dedos aún aferrados a la cadena, a la llave maestra que colgaba de mi cuello.

Mi mente bullía en mil direcciones, como un enjambre enloquecido. Era ilógico. Ella debía estar en su habitación, derrotada, rota, sin fuerzas para intentar nada. Eso era previsible. Eso era lo que yo había calculado.

Y, sin embargo, estaba allí. En mi cama. Con sus dedos en mi llave.

El enojo me ardía en el pecho, pero debajo de esa capa había algo más peligroso: incertidumbre. ¿Por qué arriesgarlo todo? ¿Por qué desafiar la lógica?

Sus ojos, abiertos como espejos, me devolvieron una imagen que no quería ver. Lágrimas. Desesperación. Y, al mismo tiempo, algo que me golpeó con más fuerza que la rabia: la obstinada chispa de quien aún quería vivir.

Mi respiración se aceleró. Podía sentir el temblor en mi propio brazo, aunque el arma seguía firme. Ella me obligaba a sentir lo que no quería sentir: caos.

—Isabella… —Mi voz se quebró un segundo, demasiado humano, demasiado vulnerable. Recuperé el tono áspero y bajo. —Dame una sola razón para no apretar el gatillo ahora mismo.

—No puedo darte ninguna. Dispara, Román, dispara de una puta vez y termina con todo esto —gritó enfurecida, sujetando el cañón

del arma—. Eres un monstruo, siempre lo has sido.

Las palabras de mi madre en su boca me desarmaron y desnudaron en un segundo. Tiré el arma, lleno de ira, lejos de nosotros. Agarré sus muñecas con fuerza y las sostuve con una mano por encima de su cabeza.

—Un monstruo, sí, pero soy tu jodido monstruo, Isabella.

Me senté sobre sus caderas para alcanzar el cajón de la mesilla de noche, abrí el cajón y tanteé en el interior hasta encontrar las esposas.

Isabella pataleaba e intentaba retorcerse bajo mi cuerpo, pero tiré de ella con facilidad hasta poner sus muñecas entre los barrotes metálicos del cabecero de la cama. Allí até sus muñecas para inmovilizarla.

—¡Maldito cabrón! Suéltame.

Rasgué la camiseta, esa que le había dejado llevar a la hora de la cena. Cuando la tela cedió a la presión que ejercía con las manos y los brazos, sus pechos saltaron libres para mi disfrute. Devoré, lamí y mordí sus pezones escuchando sus gritos e insultos.

Tiré de sus pantalones hasta hacerlos bajar por sus piernas. Me quedé unos segundos de pie contemplándola en mi cama, desnuda, como si fuera una ofrenda a los dioses. Esta vez se encontraba a mi merced.

—Te haré pagar por esto, Román.

—No, este es tu castigo por entrar a mi habitación e intentar robarme la llave maestra.

La vi quieta, con las piernas cerradas y apretadas. Tensa y esperando a que me acercara. Como un animal herido esperando a saltar sobre quien intentará aproximarse a él.

Cuando lo hice, me lanzó una patada a la cara que esquivé con facilidad. Pensé en atarla por los tobillos, aunque necesitaba esa rebeldía en ella, esa lucha y hacerle saber quién mandaba allí.

—Bien, pelea, eso me gusta.

Me fui a la mesilla, abrí el otro cajón y saqué un dilatador en color negro y un bote de lubricante. Al verlo, sus ojos se abrieron llenos de horror.

—Ni se te ocurra, bastardo —dijo entre dientes, forcejeando con las esposas.

Fui hasta el borde de la cama, y cometió el error de lanzarme una patada. Le agarré del tobillo, tirando de él para ponerla boca abajo. Me senté encima de sus muslos y dejé el dilatador cerca de su cara, para que lo viera de cerca. Dobló las rodillas para darme patadas mientras abría el bote de lubricante, extendía una gran cantidad en mis dedos y empezaba a prepararla, a dilatarla. Su esfínter se cerraba por instinto, pero presioné más fuerte hasta introducir los dos dedos.

Se tensó, gimió y apretó la planta de sus pies en mi espalda con fuerza. Su cuerpo tembló al verme coger el dilatador; le puse más lubricante en la punta redondeada y se lo empecé a clavar lentamente. Disfrutando de la sensación de dominar a aquella potra salvaje.

—¡Puto bastardo!

—Sí, soy un bastardo y un hijo de una puta. Al que siempre han utilizado y ahora, Isabella, te utilizaré yo a ti.

Noté cómo se resistía, cómo intentaba rechazar el dilatador. Sonreí para mí al hacer más fuerza y notar cómo temblaba. Estaba a punto de derribar sus defensas, de invadirla por completo, cuando Isabella relajó los glúteos y dejó de luchar. La parte más ancha ya la había introducido; solo necesitaba un leve empujón para que se deslizara hasta la parte más estrecha y así quedarse encajado en su interior.

—Relájate, Isabella.

Isabella mordió la almohada mientras gritaba varios insultos hacia mi persona.

Me levanté y me despojé de la camiseta y los pantalones. Estaba listo, grueso y duro. Me agarré con fuerza, frotándome de arriba abajo. Me puso tan cachondo que dolía. Solo de verla tensa sobre mi cama, atada para mí… Me volvía loco.

Fui hacia ella, sentándome en sus muslos para comprobar su sexo. La encontré tan mojada que no pude pararme a las puertas del paraíso. Así, en esa postura, la penetré desde atrás, con sus piernas entre las mías para poder hacer más fuerza con las caderas.

Apretada, caliente, húmeda… Comencé a moverme con fuerza, haciendo chocar nuestras caderas. Nuestros cuerpos se tensaron, agarré las sábanas y subí el ritmo de mis embestidas.

Isabella elevó las caderas, gimiendo. Sus mejillas se veían sonrojadas, sus labios entreabiertos y sus ojos cerrados.

Justo cuando estaba a punto de correrme, me retiré, agarré el dilatador y tiré de él hasta sacarlo de golpe. Isabella permaneció rígida unos segundos cuando la liberé de aquel dilatador.

Pero su sosiego no duró mucho; tomé mi polla, presioné contra su culo rosado, hasta ver cómo mi glande entró en ella. Después, golpeé mis caderas con un ritmo duro y acompasado. Mi polla se hundía una y otra vez en aquel agujero estrecho que parecía ordeñarme sin piedad.

Isabella sofocó un gemido ahogado; el dolor se mezclaba con el ardor del deseo y pude verla apretar los dientes. Mis pelotas chocaban en su sexo mojado, lo que me excitó a tal punto que me derramé dentro de ella.

Sus gritos de placer se mezclaron con los míos en aquella habitación.

Capítulo 48

Isabella

El aire aún estaba espeso, pesado, como si las paredes mismas hubieran presenciado el crimen silencioso de mi voluntad. Mi piel ardía, mi respiración se agitaba y lo odiaba. Lo odiaba porque en algún rincón oscuro de mí… lo había disfrutado.

¿Cómo podía?

¿Cómo podía mi cuerpo reaccionar así, mientras mi mente gritaba lo contrario?

Me sentía usada. Otra vez. Convertida en una pieza más en su maquinaria de control. Y sin embargo, mi corazón latía desbocado, mis piernas aún temblaban por el recuerdo de lo que acabábamos de hacer.

Él seguía allí, mirándome en silencio, sin un gesto de remordimiento. Esa quietud me enloquecía.

—¿Eso es lo que querías? —le solté con un hilo de voz, con rabia disfrazada de valentía—. ¿Convertirme en tu presa y recordarme que no tengo escapatoria?

Él no respondió. Solo me observaba, como si analizara cada palabra, cada microgesto, como si yo no fuera más que un experimento bajo su lupa.

Bajé la mirada, tragando el nudo en mi garganta. Mi cuerpo me había traicionado, y él lo sabía. Eso lo hacía aún peor: ya no solo era su prisionera por las cadenas y las llaves, también lo era de mi propia debilidad.

—Aquí nada te pertenece. Ni siquiera tus reacciones —dijo al fin, con esa voz baja, precisa, que parecía un disparo amortiguado.

Sentí un escalofrío recorrerme. Había dicho lo que yo ya sabía… pero escucharlo en voz alta era peor que todo lo demás.

Las lágrimas comenzaron a brotar, traicionándome. No solo eran de miedo. Había rabia en ellas, una furia silenciosa que hervía en mi

pecho. Me obligó a mirarlo. Sus ojos eran un vacío helado, pero algo se agitaba en su interior, algo que ni él parecía comprender.

—Escúchame bien, Isabella. —Cada palabra suya era un peso de plomo que me caía encima— Vas a ser moneda de cambio, un recordatorio… y, si es necesario, serás un cadáver.

Me mordí el labio con tanta fuerza que sentí el sabor metálico de mi propia sangre. No iba a suplicarle. No iba a regalarle la satisfacción de mi rendición.

Su voz se suavizó, y eso me resultó más terrible.

—No soy tu enemigo directo. Pero tampoco soy tu salvación.

El corazón me latía tan fuerte que pensé que él lo escucharía. Todo en mí temblaba, excepto mi lengua. Tragué saliva y, entre dientes, con un hilo de voz que contenía toda la rabia que me quedaba, susurré:

—Prefiero morir que convertirme en tu objeto.

Lo vi tensarse, un gesto sutil que parecía insignificante para muchos, pero lo sentí retumbar en cada fibra de mi cuerpo. Una grieta en su máscara de control absoluto. Y en ese instante entendí algo: él también estaba luchando contra algo dentro de sí.

No sabía si esa grieta me condenaba aún más… o me daba una mínima esperanza.

Las esposas se abrieron con un chasquido seco, y lo primero que hice fue arrastrarme por el suelo como un animal en fuga. El frío de las losas me quemaba las rodillas, pero nada importaba: lo único que veía era el destello metálico del arma caída a un lado de la cama.

La agarré con torpeza, pero la apreté con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Me giré de golpe, temblando, y levanté el cañón hacia él.

Román dio un paso hacia mí. Un solo paso. Y sentí que el corazón me iba a estallar. El miedo me sacudió entero y grité, histérica:

—¡No des ni un paso más!

Él alzó las manos con calma, como si se tratara de una coreografía que había ensayado mil veces. Ni un titubeo, ni un temblor.

—Tranquila, Isabella.

La palabra "tranquila" me encendió aún más. El arma me pesaba, y la rabia me sostenía.

—¡Y un cuerno, tranquila! —escupí con la voz quebrada—. ¡Dame la puta llave maestra!

No se inmutó. Apenas asintió, como si hubiera estado esperando que lo pidiera. Se llevó las manos al cuello, tiró del collar y lo sacó despacio, dejándolo colgar de su mano. El metal tintineó contra sus dedos, recordándome que estaba a un segundo de mi libertad.

—Bien —dijo con una calma que me heló la sangre—. Aquí está.

Su serenidad era peor que un grito. Peor que una amenaza. Me hacía sentir que el arma no servía de nada. Que él seguía controlando la escena aunque yo lo apuntara.

—No llegarás muy lejos, Isabella —añadió, clavándome los ojos.

—Sí —escupí—, si te mato.

El arma temblaba entre mis manos sudorosas. Podía sentir el latido de mi corazón en el dedo que acariciaba el gatillo. Él seguía ahí, imperturbable, con esa calma que me carcomía.

No lo pensé más. Cerré los ojos y apreté.

El estampido reventó el silencio, y el retroceso me sacudió los brazos. El olor a pólvora llenó mis fosas nasales.

Abrí los ojos.

Román seguía de pie. Intacto. El proyectil había ido a clavarse en la pared, destrozando un cuadro a su espalda.

Un error. Un solo error.

Él se movió entonces con una velocidad que no le había visto antes. En dos zancadas me alcanzó. El cañón del arma aún humeaba

cuando me sujetó las muñecas con una firmeza brutal. Intenté resistirme, pero su fuerza era otra cosa, como si mis brazos fueran ramas secas frente a un tronco.

—Isabella… —Su voz fue un murmullo helado, cargado de una paciencia asesina— acabas de agotar tu única oportunidad.

Me arrancó la pistola de las manos con un giro seco, y el metal cayó al suelo con un estrépito que me atravesó el alma. Yo jadeaba, medio rota, sabiendo que había perdido. Que había estado tan cerca y lo había desperdiciado todo en un disparo desesperado.

Román se inclinó sobre mí, su respiración calmada contrastando con la mía, desbocada.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? —susurró, sujetándome las muñecas—. Conmigo no se juega.

Solté un sollozo ahogado. Ya no tenía el arma. No había conseguido la llave maestra. Solo quedaba él… y la certeza de que nunca había tenido el control.

Capítulo 49

Román

No pude dormir en toda la noche. La había llevado hasta su habitación y, esta vez, cerré la puerta con llave. No podía permitirme otra distracción.

Al día siguiente, justo cuando se ponía el sol, debía cumplir las órdenes del cónsul. No había escapatoria. Me armé de paciencia y fui a buscarla. Como era de esperar, no colaboró en nada. Me obligó a usar la fuerza: la sujeté con frialdad, sin escuchar sus gritos, y la conduje hasta el coche. El maletero se tragó su cuerpo con un golpe seco de la tapa, y el sonido del cerrojo me resultó extraño, demasiado parecido al eco de una sentencia.

La carretera era serpenteante, flanqueada por interminables hileras de viñedos. Treinta minutos de encierro absoluto. Treinta

minutos en la negrura sofocante de un espacio sin aire, donde cada curva convertía su mundo en un vaivén insoportable. Nunca había reparado en la incomodidad de mis víctimas hasta entonces. El silencio del camino era roto por los golpes sordos desde atrás.

Una sonrisa se me dibujó sin permiso. Mi luchadora seguía resistiendo. Su voluntad se negaba a quebrarse por completo, incluso cuando todo estaba en su contra.

Pero sabía lo que venía. Para ganarse la libertad, primero tendría que enfrentarse a sus demonios. Y esos demonios tenían nombre y rostro: Armand y Lucien. Los gemelos la humillarían frente a una cámara, la reducirían a un instrumento. Su padre recibiría la grabación como un recordatorio de que no tenía margen para negociar.

Yo, en silencio, ya había tomado una decisión. Cuando el cónsul ordenara su desaparición, yo obedecería. La escondería dándole otro nombre y así la darían por muerta. Al menos Isabella podría ser libre de la Alianza.

Era fuerte. Demasiado fuerte para romperse en las manos de cualquiera. Si quería salir viva, tendría que soportar el infierno de los gemelos.

Y yo tendría que soportar ver cómo la destrozaban.

El club de mi hermanastro no descansaba nunca: las luces rojas y moradas aún sangraban sobre la fachada, y un par de tipos armados fumaban en la entrada, vigilando con la indiferencia de quienes ya habían visto demasiado.

Detuve el coche en la entrada trasera. Abrí el maletero. La luz mortecina de una farola iluminó a Isabella encogida, con la piel húmeda de sudor y los ojos como los de un animal acorralado. Se llevó el brazo a la cara, protegiéndose del resplandor repentino. No dije nada. La agarré del brazo y la obligué a ponerse en pie.

El aire olía a tabaco rancio y alcohol derramado. Cuando empujé la puerta del club, nos recibió un pasillo oscuro, impregnado de perfume barato y sudor. Las paredes estaban tapizadas de terciopelo

gastado, cubiertas de espejos manchados y luces de neón parpadeantes. A cada paso, Isabella se tensaba más, como si su cuerpo supiera exactamente qué clase de infierno se escondía al final de aquel corredor.

El murmullo de la música electrónica se mezclaba con risas y gemidos amortiguados. El suelo pegajoso delataba noches interminables de excesos, copas rotas y cuerpos usados como mercancía.

Cuando llegamos al salón principal, allí estaban: Armand y Lucien. Gemelos, pero no idénticos. Los dos trajeados, impecables en apariencia, pero con esa mirada hueca de quienes solo ven carne donde debería haber personas. Uno jugueteaba con un encendedor de oro, lanzando chispas al aire. El otro sonreía con lentitud, mostrando unos dientes demasiado blancos para ser honestos.

—Shadow… —dijo Armand, levantándose del sillón de cuero como si recibiera a un invitado ilustre—. Nos traes un regalo.

Lucien ladeó la cabeza, evaluando a Isabella como si fuera ganado en un mercado.

—Qué belleza rota… —murmuró, y la sonrisa se ensanchó.

Sentí el temblor de Isabella a través de su brazo, pero no hice nada por ocultar la crudeza del momento. Esto era lo que había: una moneda de cambio. Una lección.

Yo la entregaba, sí… pero mi mirada se quedó un segundo más de lo necesario en sus ojos húmedos. Porque sabía que lo que vendría después marcaría una línea en la que tal vez yo mismo terminaría por romperme.

—Por favor… Román —me susurró muerta de miedo.

Tensé la mandíbula, agarré más fuerte su brazo… No podían sospechar. Los gemelos me miraron, ambos extrañados al darse cuenta de que la joven sabía mi nombre.

La empujé hacia ellos; Isabella trastabilló y casi cae.

—Decidle al cónsul que he cumplido con el trato.

Del fondo del salón, donde la penumbra era más densa que la luz, emergió una figura que parecía no caminar, sino deslizarse. Radomir Vuković, el hombre al que todos llamaban el cónsul, surgió con la calma de quien nunca tiene prisa, porque el tiempo mismo parecía pertenecerle.

Vestía un traje gris oscuro, perfectamente planchado, con un pañuelo de seda en el bolsillo y un reloj de oro viejo en la muñeca. En su mano derecha, sostenía un habano encendido, cuyo humo dibujaba arabescos lentos que parecían obedecerle.

Su rostro era afilado, de pómulos marcados y piel tensada por los años y la disciplina. El cabello, salpicado de canas, peinado hacia atrás con una pulcritud que rozaba lo obsesivo. Pero lo más inquietante eran sus ojos: claros, helados, sin pestañear. Mirada de tiburón: no buscaba, no necesitaba; simplemente poseía.

Cuando sonrió, no fue una sonrisa humana. No hubo calidez, solo el gesto mecánico de unos labios que parecían recordar cómo imitar la emoción. Su voz llegó después, baja, grave, como un cuchillo que corta con precisión quirúrgica:

—No hace falta que me lo digan, hijo… —dijo una voz profunda.

El silencio del club se hizo aún más pesado. Incluso los gemelos parecieron enderezarse un poco, como perros a la espera de su amo.

El cónsul avanzó un paso más, apoyando la mano libre en el respaldo de un sillón de cuero, y al exhalar el humo del habano, fue como si marcara su territorio. Su presencia llenaba el aire, sofocante y absoluta, como una orden que nadie se atreve a desobedecer.

Allí estaba el hombre que había convertido guerras en negocios, personas en piezas y mi vida en un experimento.

—Es una belleza —dijo sujetando la barbilla de Isabella. La joven retiró el rostro e intentó morderle los dedos. El castañeteo de sus dientes sonó por encima de la música de fondo.

—Una pequeña fiera. —El cónsul la agarró de nuevo, pero esta vez con más fuerza—. Te domaré más tarde. Puedo tener la edad de

tu padre, pequeña; aun así, podrás comprobar la experiencia que he ganado en este club con mujeres como tú.

Escuché el gemido de dolor, la vi tragar saliva y cómo sus ojos se llenaban de horror.

Los gemelos tiraron de ella por el pasillo. Mi cuerpo permaneció rígido, observando con miedo contenido cómo la metían en una habitación diseñada para doblegar a quien entrase en ella.

—Como siempre, hijo mío, eres una máquina precisa —dijo el cónsul mientras se acercaba a mí para darme unos ligeros golpecitos en el hombro—. Estoy tan orgulloso de ti…

No dije nada. Solo observé cómo su sonrisa, calculada y peligrosa, mostraba todo lo que él representaba: control absoluto, ausencia de escrúpulos y la certeza de que podía moldear a quienes estaban bajo su dominio.

—Ven, tomemos una copa —prosiguió, como si nada de lo anterior hubiese ocurrido—. Hay chicas nuevas; te las enseñaré. Una rubita de ojos verdes que tienes que probar… Invita la casa.

El tono paternalista de su voz contrastaba con la amenaza que impregnaba cada palabra. Cada gesto, cada mirada, era una medida de poder y de evaluación silenciosa. Y yo me encontraba atrapado entre la lealtad que le debía y la revuelta interna que crecía ante cada acto de crueldad que él dispensaba.

Capítulo 50

Shadow - Florencia

Permanecí visiblemente sereno; seguí al cónsul hasta la barra. La música ensordecedora se mezclaba con risas, gritos y el olor a alcohol y sudor. Por fortuna, todo ese ruido amortiguaba los gritos de Isabella, aunque seguían presentes en mi mente y en mi alma.

Las mujeres veteranas eran las primeras en aparecer, moviéndose con una seguridad forzada, casi mecánica. Se contoneaban con sus tangas diminutos y el pecho descubierto, como si ese gesto fuese la única herramienta que les quedaba para negociar un poco de poder en un lugar que les había arrebatado todo. No estaban allí por voluntad, y se notaba en cada línea de sus cuerpos tensos. Eran mujeres que ya sabían cómo funcionaba la maquinaria de la Alianza; mujeres que habían aprendido a sobrevivir a un sistema que las había traído a Florencia con promesas falsas, que les había arrebatado el pasaporte apenas pisaron suelo italiano y que luego les había mostrado la realidad: no eran trabajadoras, eran mercancía.

Las nuevas, en cambio, casi no podían levantar la mirada. Salían temblando, encogidas, cubriéndose los pechos con los brazos, buscando ocultar su vulnerabilidad. La vergüenza se mezclaba con el terror, y el terror con la incredulidad. Ellas todavía no comprendían del todo dónde se encontraban, pero intuían con la lucidez desgarrada de las víctimas que algo irreversible había ocurrido. Cada paso que daban parecía un acto de supervivencia primaria.

Radomir manoseaba a una mujer joven llegada de Colombia; tocaba aquel cuerpo como si le perteneciera. Le daba golpes en sus nalgas o chupaba sus pezones hasta amoratarlos. La chica había veces que torcía el gesto por el dolor.

—Esto es lo mejor de tener un club lleno de mujeres jóvenes; tenemos todos los chochitos que queremos a nuestro alcance, hijo.

Uno de los gemelos abrió la puerta cercana a la barra; desde allí pude oler aquel aroma metálico de la sangre. Y sabía perfectamente a quién pertenecía. Armand le hizo una señal a Radomir.

—Hijo, te dejo, tengo que ir a ver cómo van con esa perra.

Radomir se echó para atrás y le dio una palmadita a la joven para indicarle que se retirara. La joven bajó del regazo del cónsul, pero él la agarró del brazo para mantenerla quieta y así regalármela.

—Te dejo con esta hermosura —dijo el cónsul como si me dejara una jarra de cerveza. Agarró a la joven de la nuca para hacer que le mirase a los ojos—. Preciosa, complace a mi hijo como si fuera yo mismo. ¿Me entiendes…?

La joven asintió tragando con fuerza.

—Te encantará este chochito, hijo.

Radomir se fue por mi espalda para ir hacia Armand, hablaron entre ellos y el gemelo asintió y sacó el tarro de colonia que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Dioses… eso no era bueno, nada bueno. Esos demonios sin sentimientos tenían ese ritual, echarse colonia antes de liquidar a alguien. Supuse que no llegarían tan lejos con Isabella como para quitarle la vida. Pensé en la intimidación que sufriría, el miedo, los golpes…, pero, después de todo eso, como siempre, era yo el encargado de sacar a las personas para hacerlas desaparecer del mundo. Ahí se hallaba mi vía de escape para Isabella: llevarla a un lugar seguro, curar sus heridas y darle otra identidad. No era mi intención darle muerte, solo una falsa muerte para la Alianza.

—Márchate —dije a la joven que me seguía esperando impaciente para que le prestara atención por las órdenes que había recibido del cónsul. Cogí un sacacorchos de la barra y lo guardé en el bolsillo del pantalón.

Tomé el vaso de agua y lo terminé de un solo trago. No había vuelta atrás; la decisión ya estaba tomada.

Entré en el pasillo por el cual se fueron Armand y Radomir con pasos silenciosos, cada músculo alerta. La música ensordecedora se atenuó al cerrar la puerta, pero se alzaron los gritos de Isabella, que se mezclaban con las risas de los gemelos y las de mi padre. Nada de eso me distrajo. Cada luz parpadeante, cada sombra, era un dato que registraba. Tenía que moverme rápido, preciso, sin errores. Isabella seguía allí, a merced de esos malditos gemelos y del cónsul.

Saqué y agarré con fuerza el sacacorchos. El guardia que vigilaba ese pasillo me saludó como de costumbre y yo le clavé el sacacorchos.

Aquel insignificante objeto lo hundí, atravesando la parte blanda de detrás de la barbilla. El hombre abrió la boca sorprendido y pude ver el pico metálico y retorcido saliendo por debajo de su lengua.

En menos de un segundo, le derribé con golpes secos, aprovechando el impulso y la sorpresa. No escuché ni un gemido; la brutalidad fue quirúrgica.

Le quité el arma y avancé por el pasillo.

Llegué hasta la habitación donde los gemelos y el cónsul tenían retenida a Isabella.

La puerta continuaba cerrada, pero no por mucho tiempo. La derribé con un golpe seco y controlado. Dentro, el caos se desataba: los gemelos estrechaban el cerco sobre Isabella, mientras Radomir se situaba a escasa distancia, su mirada fría y calculadora clavada en mí.

—¿Pero qué coño...? —dijo el cónsul frunciendo el ceño lleno de incertidumbre.

Me acerqué a Radomir con la calma de alguien que ya había anticipado cada posible reacción.

Observé la posición de sus pies: ligeramente separados, listo para empujar hacia atrás; sus hombros, tensos pero sin fuerza suficiente para un contraataque; la mano derecha todavía aferrando el habano, inútil como arma frente a mi velocidad.

Sin perder un segundo, sujeté su brazo con firmeza, notando el frío metálico de su reloj y el pulso acelerado bajo la piel.

Calculé la trayectoria perfecta para torcer su brazo, desequilibrarlo y mantenerlo completamente controlado sin dar margen a una reacción improvisada.

—Inmovilizado —susurré, como si fuera un hecho científico, mientras la torsión era suficiente para que cayera hacia adelante, incapaz de moverse.

Vi a los gemelos congelarse, sus ojos dilatados intentando leer mis movimientos. Cada segundo era información: su postura, la fuerza que aplicaban en sus muñecas, el ángulo desde el que podían atacar. Yo ya había previsto todo. Un golpe seco y controlado a uno los envió de espaldas contra la pared; el otro no tuvo tiempo de girarse antes de quedar inmóvil sobre el suelo.

No hubo tiempo de titubear. Di una patada a un cuchillo ensangrentado que había en el suelo, con el ángulo preciso para que saliera volando hacia arriba. Giró hasta llegar a la altura deseada, lo agarré con la hoja en dirección a Radomir y se lo clavé en el estómago. Giré el cuchillo en dirección al hígado y presioné con fuerza mientras veía su rostro deformarse por el dolor y el asombro.

Los gemelos se levantaron de nuevo, Armand tomó un arma y yo utilicé a su hermano de escudo. El cuerpo de Lucian se movió de manera errática y violenta. Armand gritaba lleno de ira y dolor por haber matado a su hermano.

—¡Hijo de puta! Te mataré, cabrón —dijo eso último entre dientes.

Con un movimiento preciso, empujé el cuerpo de Lucien hacia el costado, usando su impulso para desequilibrar a Armand. Su grito resonó, cargado de furia y frustración, mientras yo avanzaba con paso firme.

El arma de Armand apuntaba temblorosa, intentando recuperar el control, pero ya había perdido la iniciativa. Con un giro rápido y

calculado, le desarmé con un golpe seco en la muñeca, haciendo que el arma cayera al suelo. La sensación de metal contra el pavimento me dio la confirmación: control absoluto.

Saqué el arma que tenía guardada y de un solo disparo le quité la vida.

Isabella permaneció inmóvil atada a la silla. Sin perder tiempo, avancé hacia ella. Se retorció intentando escapar de mí, mirándome como si fuera el mismísimo diablo que iba a por su alma.

Tomé un cuchillo de la mesa llena de armas de tortura y corté las sogas.

—Isabella, escúchame —dije, con voz firme pero urgente—. No tenemos tiempo. Hay que salir de aquí ya.

Vi su pómulo enrojecido, hinchado y sangrando, su labio partido y los múltiples cortes en sus muslos.

La tomé del brazo, ayudándola a ponerse de pie. Sus piernas temblaban, pero consiguió mantenerse erguida. Observé sus heridas con un cálculo rápido: no eran mortales, pero cualquier descuido podría complicar la salida.

—Voy a protegerte, pero necesito que confíes en mí —añadí mientras la guiaba hacia la puerta. Sus ojos, llenos de miedo y dolor, buscaban alguna señal de traición, pero no la había. Solo estaba yo y la urgencia del momento.

A nuestro alrededor, los gritos del resto del club se mezclaban con el estruendo de muebles derribados. Las mujeres corrían despavoridas, tropezando unas con otras mientras intentaban escapar.

—No te alejes de mí —ordené y la vi asentir.

Sus manos temblorosas se aferraron a la mía mientras avanzábamos hacia la salida, y sentí que, por primera vez en mucho tiempo, su miedo absoluto se mezclaba con una pizca de esperanza.

Capítulo 51

Shadow

Avanzamos por el pasillo principal, cada paso medido. Los ecos de los gritos y las sirenas improvisadas de alarma retumbaban en mis oídos.

Un par de guardias bloquearon el acceso a la salida trasera. No dudé. Con un movimiento rápido y preciso, lancé un codo hacia el primero, derribándolo sin ruido excesivo, y utilicé su cuerpo como escudo improvisado mientras neutralizaba al segundo con un puñetazo seco en la mandíbula.

—Casi llegamos —susurré a Isabella, manteniendo la voz baja, calculada, para no alertar a nadie más—. No mires atrás. Solo sigue mis pasos.

Un último grupo de hombres armados apareció bloqueando la puerta trasera. Tomé una barra de hierro del suelo y, con movimientos meticulosos, desarmé al primero, luego al segundo, dejando a ambos fuera de combate sin perder tiempo. Isabella se mantuvo firme, a pesar de su miedo.

Finalmente, llegamos a la salida trasera. La puerta de hierro se mantenía entreabierta gracias a un golpe que había preparado anteriormente. La guié hacia afuera, asegurándome de que no tropezara, y salimos al aire fresco de la noche toscana. El cielo, oscuro y pesado, contrastaba con la libertad que me parecía tangible.

El hilo de agua se fue transformando en una lluvia torrencial, extendiendo un manto espeso que volvía casi impenetrable la vista.

—Respira, Isabella —dije, con un tono que mezclaba control y urgencia—. Ya estamos fuera… pero no estamos seguros aún. Mantente conmigo.

Detrás de nosotros, el club se había convertido en un caos absoluto. El que ejerció de padre para manipularme desde niño estaba ahora muerto y mi hermanastro e hijo legítimo del cónsul me

buscaría hasta remover cielo y tierra para vengarse. Siempre me había tenido celos porque nuestro padre siempre me alababa a mí y no a él.

El coche permanecía donde lo había dejado, semioculto entre los cubos de basura y el muro trasero del edificio. Las luces de neón del club iluminaban tenuemente, lo suficiente para que viéramos el camino en aquella noche con la luna menguante.

Isabella tropezaba ligeramente, todavía débil, pero se mantenía a mi lado.

—Sube rápido —ordené, mientras abría la puerta del copiloto para ella.

Me acomodé en el asiento del conductor y cerré de golpe la puerta; el motor rugió con potencia contenida al pulsar el botón de arranque.

Teníamos que desaparecer antes de que pudieran reorganizarse.

Conduje hacia la carretera principal mientras miraba de reojo a Isabella. Respiraba con dificultad y sus manos se aferraban al cinturón de seguridad con fuerza.

El coche se deslizó por el asfalto mojado por el diluvio que caía del cielo.

Era imperativo cambiar de coche; el mío lo reconocerían de inmediato y había muchos agentes de la policía que estaban comprados por el cónsul. En cuanto se corriera la voz y su primogénito tomase el mando, querrían mi cabeza.

El cielo de Florencia se sumía en un azul oscuro; las luces de los edificios se reflejaban en las calles empedradas. El coche rugía bajo mis manos; cada giro del volante era un cálculo preciso. Isabella seguía a mi lado, todavía temblando, pero confiando en que yo sabía lo que hacía.

Un destello en los retrovisores me hizo fruncir el ceño: dos coches negros nos seguían. Los reconocí al instante: uno de ellos

pertenecía a un contacto de los gemelos; el otro, probablemente, sería un hombre del cónsul. No había tiempo para vacilar.

—Isabella, agárrate —ordené.

Aceleré al límite, lanzando el coche hacia una curva cerrada cerca del Ponte Vecchio. El auto derrapó levemente sobre el empedrado mojado, y mi corazón se mantuvo frío. Cada semáforo, cada giro, cada calle lateral era una oportunidad para perderlos o caer en su trampa.

Ellos intentaron seguirnos, pero la ciudad estrecha y laberíntica jugaba a nuestro favor. Me deslicé por callejones estrechos, esquivando turistas y transeúntes nocturnos, haciendo que los perseguidores tuvieran que frenar en seco. El olor a gasolina y caucho quemado se mezclaba con el perfume del río Arno.

Giré con violencia; el coche crujió sobre los adoquines, mientras escuchaba el claxon y los motores de los perseguidores que intentaban mantener el ritmo.

Pasamos por la Piazza della Signoria a toda velocidad, los turistas confundidos retrocediendo ante el rugido de nuestro motor. Los perseguidores no quisieron arriesgarse a atropellar a los transeúntes, y eso les costó valiosos metros.

Finalmente, un giro inesperado detrás de un edificio antiguo nos dio la ventaja. Nos escondimos entre dos callejones estrechos, dejando que los coches nos pasaran de largo. Respiré hondo y miré por el retrovisor: ya no nos seguían.

Tomé el móvil y marqué con rapidez en el teclado numérico.

—¿Qué coño has hecho, Shadow? —me dijo a modo de saludo una antigua amiga.

—Te lo diré en persona.

—No me jodas, Shadow… —chasqueó la lengua, impaciente—. Estoy mirando las cámaras de Florencia y acabo de ver a media mafia balcánica buscándote como si fueras el premio mayor.

—Necesito tu ayuda —dije con voz firme, mirando de reojo a Isabella, que me observaba en silencio desde el asiento del copiloto.

Un breve silencio al otro lado de la línea. Me imaginaba a Jelena mordiéndose el labio, exhalando humo, pensando si valía la pena arriesgarlo todo otra vez por mí.

—Jebiga… —murmuró en serbio—. Claro que la necesitas. Siempre la necesitas.

Otro silencio. Luego su voz se volvió más áspera, más personal:

—Shadow… Shadow… ¿Qué has hecho esta vez?

—He matado a mi padre.

Capítulo 52

Shadow

Colgué el teléfono tras recibir instrucciones de cómo llegar hasta la nueva guarida de Jelena Marković. Cambiaba constantemente de ubicación por seguridad.

Saqué la tarjeta SIM del móvil para romperla. Bajé la ventanilla y arrojé el móvil que se estampó contra la pared más cercana.

El silencio volvió a reinar dentro del coche tras el golpe seco del móvil contra la pared. Isabella me miraba con los ojos muy abiertos, su respiración entrecortada, todavía temblando.

—¿Siempre destruyes las cosas después de usarlas? —murmuró con un deje de ironía amarga, aunque su voz le tembló.

—Solo las que pueden matarnos —respondí, abriendo la puerta del coche—. Espérame aquí, ahora vengo.

—¿Dónde vas? —preguntó agitada.

—No tardó. Hay que cambiar de coche —informé saliendo del vehículo.

Con el sigilo y la habilidad de quien lleva años en este mundo fuera de la ley, tomé desprevenido a un hombre que iba a abrir su coche. Fui un completo fantasma envuelto en la llovizna y la oscuridad; le agarré del cuello, por la espalda y presioné con fuerza. El hombre luchó por liberarse de mí; esa resistencia fue encomiable, pero inútil. Al fin se quedó inconsciente. Lo dejé caer al suelo, cogí las llaves y arranqué el motor. Conduje hasta mi vehículo escondido y ayudé a Isabella a sentarse en el asiento del copiloto del nuevo vehículo.

Seguí las instrucciones de Jelena de memoria: tres giros a la derecha, un puente oculto bajo restauración, un túnel que olía a humedad y piedras viejas y, finalmente, un camino rural que se alejaba de la ciudad iluminada. Isabella permanecía en silencio, pero podía sentir sus ojos clavados en mí, intentando descifrar si era su salvador o su verdugo.

—¿Has matado a tu padre por mí? —quiso saber Isabella, con un tono de incertidumbre y reproche.

Apreté el volante con fuerza. El motor rugía con eficacia en medio del silencio de la campiña, pero en el interior del vehículo, algo estaba a punto de estallar.

—No suelo llamarlo padre —escupí con frialdad—. Cuando supo que una de sus putas se había quedado embarazada, le instó a que abortara; mi madre se negó y el cónsul le dijo que no la ayudaría con nada relacionado conmigo, para él yo no existía. Cuando mi madre comprendió que yo era diferente y no me comprendía en absoluto, recurrió a él en un último intento desesperado por hacer de mí un niño normal.

Rememoré la primera vez que vi a Radomir. Su olor a habano me asfixiaba y su porte me abrumaba. Con él sentía que no podía ser yo mismo. No confiaba en alguien que nunca había visto.

—El cónsul me estudió, y vio en mí lo que con práctica y disciplina logró crear: una máquina de matar. Me alistó en el ejército como mercenario, me instruyó en técnicas de combate y disciplina.

La miré de reojo. El reflejo de la luna iluminaba su rostro herido, el labio partido, la piel manchada de sangre seca. Había en ella miedo… pero también algo más, algo que me taladraba: el peso de una deuda que no quería.

—Lo hice porque mis planes se truncaron. Pensé que el cónsul me mandaría matarte, después te escondería de la Alianza y pensarían que estarías muerta; todo tenía que parecer creíble. Pero vi a Armand, uno de los gemelos, ponerse colonia. Esos dos sádicos siempre se ponían el mismo perfume antes de matar a alguien. No podía permitirlo.

—Gracias —murmuró recostándose en el asiento visiblemente agotada.

—No me las des todavía. Sin mi padre, puede que tengas una oportunidad, aunque mi hermanastro es incluso más sádico de lo que era Radomir. Ahora la Alianza es suya, y cuentan con incontables recursos por toda Europa.

—Pero acabaste con el cónsul…

—Solo corté la cabeza de la Hidra. Otra creció en su lugar. —Solté una risa breve y sin humor.

El silencio regresó entre nosotros. Solo se escuchaba el ruido del motor y el ruido monótono de las ruedas contra el asfalto.

Isabella, vencida por el cansancio y el dolor, cerró los ojos y dejó que Morfeo la llevase al reino de los sueños. Allí, en ese mundo onírico, podría ser libre por unas horas.

Yo, en cambio, viajaba atormentado por mi mente y mis pensamientos. No me podía quitar de la cabeza la imagen de Radomir con el cuchillo clavado en el estómago, con sus ojos bien abiertos, o la expresión rota de Armand por haber matado a su hermano gemelo.

No era ningún héroe, jamás lo había sido. Era un arma sin dueño.

—La Alianza vendrá —murmuré para mí mismo—. Y esta vez no habrá escapatoria.

Capítulo 53

Shadow - Fiesole

A lo lejos, las luces del taller de mi amiga aparecieron como un faro de esperanza en la oscuridad.

Al verme por la cámara, Jelena abrió la puerta metálica, metí el coche y el eco del portón metálico retumbó en la estancia al cerrarse.

El aire en el taller olía a grasa, aceite, tabaco y metal caliente. Los coches se hallaban diseminados por el espacio amplio y diáfano. En la parte superior había un despacho que ocupaba la mitad de todo el taller. Se accedía a él por unas escaleras metálicas.

Apagué el motor, salí del vehículo, rodeé el coche hasta la puerta del copiloto y la abrí para coger en brazos a Isabella. Sus pantalones y su camiseta ancha habían sido una vez de color blanco. Ahora estaban manchados de su sangre y suciedad.

La cargué hasta subir al despacho de Jelena. La puerta permanecía abierta; sin mirar a mi amiga, fui directo a dejar mi carga en el sofá.

Al final me incorporé y me giré hacia mi amiga. Y allí, en silencio, aguardaba ella: Jelena Marković. Sentada sobre la mesa como si fuera un trono improvisado, con un cigarro en los labios y una caja de balas vacía en la mano.

Jelena imponía desde el primer instante. Su cabello rapado a un lado dejaba al descubierto la firmeza de su mandíbula, cicatrices pequeñas que se adivinaban en la piel y unos ojos fríos como acero pulido que parecían diseccionar a cualquiera que se cruzara en su camino. La otra mitad de su melena, larga y ondeante, contrastaba como un recordatorio de que bajo aquella fachada implacable había un pasado que no había querido borrar del todo.

Llevaba un pendiente plateado que abrazaba la oreja como una serpiente, brillando con cada movimiento y dándole un aire de rebeldía casi ceremonial. Su belleza no era delicada, sino cortante, peligrosa como un cuchillo que reluce bajo la luz de un taller sucio.

Cuando nos vio, chasqueó la lengua.

—No me jodas, Shadow… —Exhaló el humo con lentitud, su mirada fría como el acero—. Siempre sabes cómo arrastrar problemas hasta mi puerta.

En el escritorio contaba con multitud de pantallas encendidas llenas de códigos encriptados despidiendo un color azulado al rostro de aquella mujer fría y calculadora.

—Tuve que hacerlo. —Mi voz salió seca, sin margen para más explicaciones.

—Puto gilipollas —espetó caminando de un lado para otro como un animal enjaulado—. Llevo años intentando destapar a todos los jefes de la Alianza y vas y te cargas al puto jefazo. ¿Sabes que tu hermanastro va a querer follarte?

—Ya vale, Jelena… —No soportaba que me hablase así, pero me lo merecía. Además, la necesitaba para escapar.

—¿Por qué lo has hecho? —Su dedo índice se alzó para acusarme; después señaló a Isabella tumbada en su sofá—. ¿Y qué coño hace esa en mi sofá?

—Tiene nombre —respondí sin alzar la voz, aunque cada sílaba era un muro.

—Sí, lo sé. Isabella Ferrer, la niñita de un hombre rico —sonrió con cinismo acercándose lo suficiente para poder oler el aroma a tabaco en su aliento—. He hecho los deberes mientras conducías hasta aquí.

Jelena me rodeó despacio, sus botas resonando en el suelo.

—Sabía que un día ibas a volver a mí con sangre en las manos y perros rabiosos persiguiéndote. Lo que no sabía es que ibas a matar al propio cónsul. —Me atravesó con la mirada mientras bajaba la voz hasta convertirla en un susurro venenoso.

Dejó escapar un "Jebiga" y tiró la colilla al suelo, aplastándola con el tacón.

—El mundo entero está a punto de caer sobre ti. Y yo… yo aún no he decidido si voy a salvarte o dejar que te consuma. —Me miró con reproche y hastío—. Así que dime… ¿Por qué lo has hecho?

Miré a Isabella y suspiré afligido.

—¿En serio…? ¡No me jodas! —gritó dando un puñetazo al escritorio, tan fuerte que las pantallas de los ordenadores temblaron —. Te has enamorado del objetivo… Increíble. Cuando pensaba que no podías ser más gilipollas… Vas y me sorprendes.

—No he venido para que me insultes o intentes entenderme, Jelena. —Mi voz sonó cortante, como el filo de una navaja.

—No… —Caminó hacia mí con calma—. Solo estás aquí para que vuelva a salvar tu culo blanco. —Lo dijo despacio, paladeando cada palabra, como si quisiera restregármelo por la cara.

—Si quisiera salvarme a mí mismo, nunca me hubiera traído a Isabella aquí… —La señalé con un gesto seco, sin apartar la mirada de Jelena.

Ella comenzó a reír, se fue a la silla del escritorio y se dejó caer.

—No me vengas con discursos de héroe, Shadow… —murmuró con sarcasmo, sus ojos azules brillaron con la luz de las pantallas de ordenador—. Las sombras nunca se disipan. Se aprende a caminar entre ellas, y tú lo hacías como nadie.

Isabella gimió en sueños al ir a cambiar de postura. Jelena la miró de reojo y suspiró con una sonrisa torcida.

—Ella va a hacer que caigas —profetizó encendiéndose un nuevo cigarrillo.

—Eso ya lo veremos.

—DK va a matarme… —concluyó dando la discusión por terminada. La conocía bien: esa caída de ojos y la pena oculta tras la dureza de su mirada solo significaban una cosa. Me ayudaría.

—¿Quién es DK? —pregunté, desconfiado. Mi cuerpo se tensó al saber que mi amiga iba a meter a alguien más en la ecuación, un desconocido del que no sabía si podía fiarme.

—Un agente de la Interpol infiltrado en La Alianza —respondió, con un tono neutro, pero cargado de advertencia—. Tú le debes conocer por Mirage.

Asentí lentamente. Ahora tenía sentido. Un contacto dentro de la organización, alguien capaz de mover los hilos que ni yo podía tocar.

—Agente de la Interpol… —murmuré. Sentí como la presión en mi pecho aumentaba. No sería un favor cualquiera; ese hombre buscaba lo mismo que Jelena, destruir La Alianza.

Para ellos no era un juego. La Alianza había segado la vida de la hermana pequeña de Jelena y, desde aquel momento, había jurado convertir la organización en cenizas.

Mi amiga me lanzó una mirada dura.

—Si quieres que ella salga con vida de todo esto, él es nuestro hombre. Pero Dorian Keller no hace favores. Sabes lo que te va a pedir a cambio. ¿Estás dispuesto?

Suspiré, consciente de que cada movimiento era vigilado y que aquel hombre, Dorian Keller, o Mirage, como era conocido dentro de la Alianza, era la última pieza de un tablero en el que no podía permitirme errores.

Asentí distraído por un gemido de Isabella. Me senté en el sofá donde ella descansaba y permanecí en silencio, mirándola.

—Dame algo de tiempo, déjame hacer unas llamadas. Tengo un botiquín de primeros auxilios en el baño; atiéndela.

Jelena me señaló con un movimiento seco de la barbilla la dirección hacia el pasillo. Ni siquiera se levantó de la mesa; sus dedos ya golpeaban el teclado con la velocidad de quien intenta desactivar una bomba invisible.

Capítulo 54

Shadow

Por suerte para Isabella, Jelena nos dejó su despacho para dormir allí unos días mientras se recuperaba de la paliza que le dieron los gemelos.

Isabella se observó en el reflejo oscuro de la ventana del despacho. El pómulo izquierdo aún seguía hinchado, duro al tacto, teñido de un tono violeta profundo que se difuminaba por los bordes en tonos verdes y amarillos. Su labio inferior estaba cuarteado; la costra se resquebrajaba cada vez que intentaba hablar con normalidad.

Bajo el ojo, la sombra del hematoma se veía marcada. El párpado caía pesado, como si el ojo se negara a mostrarse del todo.

En sus muñecas y tobillos seguían las marcas de las sogas. Y en sus muslos las líneas rojizas provocadas por algún arma blanca habían empezado a cerrarse. Seguramente aquellas heridas arderían con el roce de la tela áspera de la ropa prestada. Por desgracia, había padecido heridas como esas y peores.

Pero era su mirada la que más había cambiado: ya no era de terror, sino de desconfianza helada. El recelo de alguien que ha aprendido demasiado rápido que la piel se cura; no obstante, la humillación se queda.

Por suerte, conocía su mente; mi mujer era fuerte y podría con ello. O eso esperaba.

—¿Cuándo saldremos de aquí, Román? —preguntó, con la voz ronca aunque firme. Como si se obligara a mantenerse entera a pesar del dolor.

—Jelena está haciendo los preparativos. Hay un hombre infiltrado en La Alianza que te puede sacar del país. Meterte en un programa de testigos protegidos —expliqué, evitando su mirada. Clavé los ojos en un punto lejano.

—Solo hablas de mí. ¿Y tú?

—DK necesita mi confesión y toda la información que pueda ofrecerle para desmantelar la organización de la mafia. —Comencé a frotarme las manos; al darme cuenta, las apreté contra mis rodillas, intentando controlar la rigidez de mi cuerpo mientras permanecía en esa maldita silla vieja.

—Serás su peón… —espetó; en su tono de voz noté un reproche que caló más hondo de lo que me atreví a mostrar.

—Y él mi redención. Nos utilizaremos mutuamente —dije calmadamente. A pesar de mi tranquilidad fingida, por dentro la palabra redención me sabía amarga.

—Ya… sé bien lo mucho que te gusta utilizar a las personas. —La ponzoña que escupió con aquella frase dejó la habitación aún más gélida.

—Hablas como si me conocieras de toda la vida, Isabella... —susurré levantándome de la mesa en la que estaba medio sentado para ir directamente a por ella. Ahora tenía claro cuál era mi verdadero objetivo.

—Te conozco lo suficiente —respondió señalando su rostro magullado—. Tú me abandonaste con ellos. Con tu gente...

—No son mi gente, ya no. No volveré a ser su arma —dije frotando uno de mis hombros; bajo la camiseta ahora parecía picarme el tatuaje que Armand me hizo de la estrella de siete puntas —. Necesitaba que me pidieran tu ejecución, y así hacer desaparecer lo que más me importa en este mundo.

Contuve el aliento mientras alzaba su barbilla para volver a justificar las dolencias que aquejaban su cuerpo y su alma.

Isabella se retiró de golpe, como si mi toque la asqueara. Frunció el ceño y, si las miradas matasen, en ese mismo momento me hubiera fulminado un rayo.

—¿Importar...? No me hagas reír, Román... ¿O Shadow? ¿Cómo quieres que te llame? —preguntó arqueando una ceja todavía apoyada en el marco de la ventana. Por cómo dijo mi alias, supe que conocerlo de los labios de Jelena le generó más recelo hacia mi persona.

Resoplé airado por aquella duda que se agregó a la larga lista que Isabella tenía de mí.

—Román, llámame Román... —En los labios de mi madre ese nombre era una condena, pero en los suyos es mi vida.

Apartó la mirada, dolida. Caminó algo encogida unos pasos por el único motivo de alejarse de mí.

—Ahora lo veo claro. Tus problemas infantiles te llevaron hacia una figura paterna de la que, instintivamente, quisiste aprobación constante. Un amor que con tu madre no obtuviste. Te gustó ser su arma, Román. Te enseñó a utilizar a las personas tal y como él hizo contigo... —dijo, arrastrando las palabras con un veneno exquisito—. Siempre has sido del que te ofrece más: dinero, poder, o… —Me miró de arriba abajo, deteniéndose en mis labios… —Redención.

Tragué saliva, conteniendo la oleada de rabia mezclada con un deseo oscuro que me quemaba las entrañas.

—No hables de lo que no entiendes.

—Lo entiendo demasiado bien —replicó ella, y su voz bajó a un tono grave, cargado de resentimiento—. Entiendo que cuando me tocas no sé si quieres protegerme o destruirme.

Di un golpe a la pared y caminé hasta quedar a centímetros de ella. Sentí su respiración, el temblor involuntario de su cuerpo, aunque sus ojos me miraban con un frío desafiante.

—¿Y si quiero ambas cosas? —murmuré, casi rozando su mejilla amoratada con mis labios, aunque sin atreverme a tocarla.

Ella soltó una risa corta, seca.

—Entonces no eres distinto de los gemelos. Solo más elegante.

Esas palabras me desgarraron. Mis manos se crisparon, queriendo sujetarla, sacudirla, pedirle que me mirara de otro modo. Pero al mismo tiempo la deseaba con la misma intensidad con la que la odiaba por su desprecio.

—No me compares con ellos —dije con la voz rota, pero tan cerca que el roce de mi aliento la hizo estremecerse.

—¿Por qué no? —contestó ella, clavando sus ojos en los míos, sin parpadear—. Los tres sabéis cómo hacerme daño. La diferencia es que tú fuiste el único al que alguna vez… quise.

El silencio se volvió insoportable, cargado de electricidad y heridas abiertas.

Jelena entró dando un portazo y corrió hasta el ordenador. Con un giro rápido, deslizó la tapa lateral y, casi sin mirar, extrajo el disco duro.

—¡Tenéis que largaros! —vociferó, sosteniendo el disco duro como si fuera una bomba a punto de estallar. Lo llevó a una gran máquina, lo deslizó dentro de la ranura y un zumbido eléctrico llenó el despacho.

—Coger mi coche e iros ya. —Nos apresuró lanzando las llaves para que las cogiera en el aire. Sin perder un segundo, arrojó el disco duro a una trituradora que chirrió y crujió al morder el metal— Yo me llevaré el coche en el que vinisteis; intentaré despistarlos. Ir hasta Courmayeur; allí nos reuniremos.

Tomó un trozo de papel y escribió en él antes de dármelo.

—Aquí tienes la dirección. No os retraséis y no rayes mi coche —me advirtió con esa mirada dura que decía que me mataría si algo le pasaba a su vehículo.

Los chasquidos de la trituradora se mezclaban con los latidos atropellados de los que allí nos encontrábamos.

Capítulo 55

Shadow

—Rápido, por aquí —ordenó Jelena, señalando las escaleras metálicas. Nuestras botas golpeando con fuerza, creando un gran eco en todo el taller. Fuimos tras ella, hasta un garaje trasero. Allí descansaba un JEEP Grand Cherokee 3.0 V6 Diesel Overland de color negro mate.

Mi amiga se detuvo a tirarnos un par de abrigos y después abrió un panel metálico junto al portón de la salida, lo abrió y presionó un botón rojo. Un chasquido eléctrico recorrió el cableado del taller y las luces comenzaron a parpadear violentamente. En cuestión de segundos, las llamas comenzaron a devorarlo todo con un rugido hambriento.

El olor a plástico quemado se mezcló con el humo espeso, y el fuego comenzó a reptar por las paredes como una bestia desatada.

Isabella comenzó a toser llevándose la mano al costado herido.

Subimos al coche mientras veíamos cómo Jelena desaparecía tras la puerta que daba al taller en llamas, dispuesta a conducir el coche que robé para llegar hasta aquí. Escuchamos los portones metálicos abrirse al mismo tiempo, tanto el delantero para Jelena como el trasero nuestro.

Escuché el despertar del coche robado y yo procuré hacer lo mismo con la mayor rapidez posible. El motor del JEEP rugió con fuerza, retumbando dentro del garaje. La noche se sentía húmeda. La lluvia empezó a golpear el cristal delantero al salir con el vehículo a la calle.

Tras nosotros, el taller se transformó en una pira diseñada para arder con fuerza. El incendio en el interior seguía creciendo. Y con él, cualquier secreto que guardase aquel lugar estaba abocado a transformarse en humo y silencio.

La persecución no había hecho más que comenzar.

El pueblecito de Fiesole parecía indiferente, pero yo sabía que cada esquina, cada semáforo escondería un ojo de La Alianza.

La carretera serpenteaba cuesta abajo desde Fiesole hasta Florencia, mojada y brillante bajo la lluvia. Los faros del Jeep apenas lograban atravesar la cortina de agua, y cada curva era un recordatorio de que un error podría mandarnos al barranco.

Isabella respiraba con dificultad a mi lado, una mano en el costado, la otra aferrada al asiento como si el cuero pudiera darle estabilidad. El retrovisor devolvía destellos inquietantes: dos pares de luces surgieron de la penumbra, acercándose con rapidez.

—Ya vienen… —susurró ella, casi inaudible entre el ronroneo del motor y el tamborileo de la lluvia.

Apreté los dientes y pisé el acelerador. El Jeep respondió con un rugido bronco, pero los coches de La Alianza parecían flotar sobre el asfalto, implacables.

Atravesamos una callejuela estrecha del centro histórico; las piedras mojadas reflejaban los faros como espejos rotos. Los neumáticos chirriaron al girar bruscamente y, por un instante, rozamos la columna medieval sin chocar.

Una ráfaga de disparos rompió la noche. El parabrisas se agrietó en una esquina y el sonido metálico de las balas rebotando contra la carrocería llenó el aire. Isabella ahogó un gemido y se agachó instintivamente.

—¡Sujétate! —grité.

Giré violentamente hacia una pendiente adoquinada que descendía hacia el Arno. Los perseguidores se vieron obligados a frenar un instante; sus ruedas derraparon, ese segundo bastó.

Aceleré; los faroles amarillentos de la ciudad se convirtieron en líneas líquidas. El Jeep saltaba en cada bache; cada adoquín bajo las ruedas era un latido desbocado.

En la ribera del río, la corriente gris reflejaba la tormenta. Crucé uno de los puentes a toda velocidad, y en mitad de él tiré del freno de mano, haciendo que el coche derrapara brutalmente. Los neumáticos dejaron una marca negra y el Jeep se lanzó hacia una calle lateral tan estrecha que parecía pensada para peatones, no para un todoterreno.

Detuve el motor. Las luces apagadas. Solo el golpe de la lluvia sobre el techo y los jadeos de Isabella llenaban el silencio.

Los coches de La Alianza pasaron de largo por la avenida principal, rugiendo como bestias furiosas que olfateaban la presa perdida.

—Jelena va a matarme cuando vea los agujeros de bala en su coche…

—Que se ponga a la cola —dijo muy seria—. Yo estoy primera en esa larga lista.

Nos miramos, llenos de adrenalina, nos reímos como hacía un tiempo que no hacíamos

Saqué el papelito doblado que Jelena me entregó, lo desdoblé y ley:

—Nos vamos cerca de Châtillon.

Esperé. Un minuto eterno. Dos. Cuando el sonido de los motores se diluyó en la distancia, volví a encender el Jeep, pero esta vez a velocidad mínima, arrastrándonos por las venas oscuras de la carretera.

Capítulo 56

Isabella - Montjovet

La autopista A5 se retorcía como una serpiente entre montañas ennegrecidas. La nieve empezaba a caer, fina al principio, luego en ráfagas que obligaban a usar los limpiaparabrisas sin descanso. El Jeep rugía al subir los tramos en pendiente, y en los túneles la luz amarillenta iluminaba por instantes el rostro de Román, marcado por el cansancio y la obstinación.

El marcador de combustible descendía con lentitud cruel, recordándome que una parada en falso podía costarnos demasiado. La carretera parecía interminable con esas líneas pintadas en el asfalto que el Jeep parecía tragarse.

Miré de reojo a Román, que conducía en silencio. Sus ojos habían empezado a cerrarse más de lo normal, cambiaba constantemente de postura y se frotaba el cuello por la tensión de ir al volante. Su mandíbula se apretaba por el esfuerzo de la lucha contra el sueño. Llevábamos muchas horas en la carretera y era evidente que debía descansar.

—Román… —dije despacio en un tono neutral para que no lo interpretase como un reto a su orgullo—. ¿No crees que deberíamos parar? Has bostezado ya cuatro veces, te noto tenso…

Frunció el ceño sin dejar de mirar a la carretera.

—Estoy bien. No te preocupes.

—Estás cansado —dije inclinándome un poco hacia él, tocando su bíceps—. Tienes los nudillos blancos de sujetar el volante.

—No podemos parar ahora. No hay tiempo que perder.

—¿Prefieres que nos salgamos de la carretera? —espeté con la voz cargada de hiel.

Resopló y apretó más fuerte el volante.

—Isabella, no empieces.

—Tus ojos están rojos, tus manos tiemblan levemente…

El Jeep dio un pequeño bandazo que Román corrigió bruscamente. Lo miré fijamente, sin parpadear.

—Tenemos que parar.

Como si el universo nos lo pidiera, vimos el cartel de un hotel cerca de la carretera. Hotel Castello.

—Nos queda solo una hora para llegar, Isabella.

—He dicho que pares.

—Siempre tan insistente….

—Siempre tan terco —repliqué con una media sonrisa.

Román gruñó antes de salir por el desvío. Me recosté en el asiento, agradecida de verdad por el pequeño hotel de carretera frente a nosotros. La planta baja estaba construida en piedra, mientras que en la parte superior la fachada era lisa de color mostaza.

El sol aún no había salido; el cielo era de un color azul oscuro intenso, casi negro, con un leve resplandor en el horizonte oriental.

Me cubrí bien al sentir el aire frío de las zonas alpinas. Las calles permanecían húmedas y heladas; el vaho de nuestro aliento era visible gracias al frío. Las farolas de luz anaranjada dibujaban charcos de luz sobre el empedrado brillante por la escarcha. Las montañas eran siluetas oscuras, recortadas en un cielo que todavía no había dado paso al alba.

El amanecer se sentía más que se apreciaba. Era un cambio sutil en la densidad de la oscuridad que anunciaba que faltaba menos de dos horas para que la luz tocase las cimas.

El silencio se instaló a nuestro alrededor, salvo por el sonido de nuestras botas en el asfalto mojado.

Dentro, el vestíbulo tenía un aire retro, ochentero: alfombras gruesas, lámparas de hierro, un mobiliario que había envejecido con

dignidad. Antonio, el camarero de guardia, nos recibió con una sonrisa discreta y una cortesía que parecía suspendida en otra época. Nos ofreció una cena ligera, un vino caliente para templar el cuerpo y la promesa de un buen desayuno al amanecer.

La habitación se localizaba en el último piso. Amplia, con vigas de madera en el techo y un ventanal desde el que se distinguían las siluetas oscuras de las montañas. El equipamiento se notaba antiguo, pero cada detalle se mantenía limpio y cuidado.

El silencio se volvió tan denso que casi pesaba sobre mis hombros.

Me refugié en el baño como si aquel rectángulo de azulejos pudiera contener un miedo que no dejaba de expandirse dentro de mí. Lavé mis heridas para evitar así que se me infectasen. Me senté un segundo en la taza del váter rememorando a aquellas bestias. Los gemelos no eran idénticos, pero la podredumbre en su mirada sí lo era.

Mi único salvavidas me había abandonado a mi suerte; Román me entregó a aquellos dos gorilas sin sentimiento que me arrastraron por un pasillo oscuro, sin alma. Mi corazón parecía explotar en el interior de mi pecho al ver aquel local de vicio y perversión.

Me arrojaron al interior de una habitación diseñada para ser un laboratorio de control mental. Las paredes desnudas parecían cerrarse a mi alrededor. Sin ventanas por las que entrase un resquicio de luz, ni relojes en las paredes para no intuir el paso del tiempo. En el techo colgaba una triste bombilla que se balanceaba.

Me empujaron hasta sentarme en una silla de metal, fría y sucia. Me ataron a ella sin delicadeza; las sogas rasparon la piel de las muñecas y los tobillos. Delante de mis ojos, en el centro de la habitación de tortura, en el suelo, había una rejilla sucia y húmeda como las de los mataderos. El olor fuerte a óxido y sangre vieja, esa que nunca se había limpiado del todo, inundaba mi sentido del olfato.

Los gemelos eran dueños de aquel espacio teatral, justo al lado del trípode que sostenía una cámara. El objetivo brilló apuntándome.

Armand comenzó a crujir sus nudillos, uno por uno, como si tuviera que expresar su violencia antes de ejercerla. Lucian tarareaba canciones mientras hacía danzar una navaja; una mariposa. La abría y cerraba con un juego de muñeca, mirándome fijamente a los muslos.

Comenzaron a hablar entre ellos en un idioma que no entendía. Pero sus voces resonaban en la habitación martillando en las paredes. Aquellos sonidos plagados de erres duras y chasquidos ásperos eran como piedras arrojadas contra mi piel.

Fueron hacia una mesa; en ella diseminaron multitud de objetos cortantes. Era el objeto central de la sala por excelencia, y mi verdugo. Cada objeto colocado con un cuidado escalofriante: martillos, alicates, dagas, cuerdas, grilletes, botellas con diferentes líquidos y tarros de cristal llenos de dedos y orejas.

El raciocinio me decía que aquello era una anticipación de una estrategia de intimidación clásica. Y lograban lo que se proponían: sugestión, intimidación… El miedo es más eficaz cuando se alimenta con imaginación.

Intenté repetirme que eran objetos sin poder propio. No obstante, mi mente ya lo había conectado con algo inevitable: cada herramienta tenía hambre y yo era el banquete.

El primer impacto fue como recibir un trueno que vació mis pulmones. Sentí el eco de mis costillas proyectando; después se ensañó con mi rostro. Y fue ahí cuando todo a mi alrededor se fundió en negro.

Oscuridad, bendita y maldita oscuridad.

La conciencia venía y se volvía a apagar. Parecía que mi mente se reseteaba de vez en cuando para ahorrarme ese sufrimiento.

El suelo giraba, o era mi cabeza. La boca me sabía a sangre. Otra sacudida, otro puñetazo. Otro destello y pérdida de mi realidad.

Regresé, como emergiendo de un sueño fangoso. Y uno de los gemelos permanecía ahí, de rodillas frente a mí, tarareando la puta canción de los cojones. Su voz era baja, casi tierna, en contraste con sus acciones. Sus manos se movían con total frialdad mientras cortaba meticulosamente mis muslos con la navaja con la que antes jugaba.

El filo rozaba mi piel y yo lo sabía, no por la herida, sino por la lentitud. La psicóloga en mí lo registraba: ritmo, cadencia, ritual. La mujer solo quería que se acabara.

—¿Isabella? Tranquila, estoy contigo. Ya estás a salvo.

Capítulo 57

Isabella

Sus brazos me zarandearon y me liberaron de revivir aquel maldito suceso. No sabía si le habían alertado mis gritos o, tras un tiempo allí sola en el baño, decidió entrar para valorar cómo me encontraba.

Y allí me encontró: sentada en la taza del váter, agarrándome fuertemente las piernas. Tenía los brazos alrededor del cuerpo, no por pudor, sino por la necesidad primaria de sujetarme a algo que no se me desmoronara entre las manos. Mis heridas físicas estaban sanando, no como las mentales; esas tardarían más.

Necesitaba reconectar con mis emociones y reconstruir mi sentido de control y seguridad.

Isabella, lo que viviste no es algo que debas justificar ni minimizar. Fue real, aterrador y cruel. No es tu culpa haber sido víctima de esa violencia. Me decían los años de psicología estudiados. *Lo que sientes ahora —pesadillas, hipervigilancia, flashbacks— es una respuesta normal del cuerpo ante un peligro extremo. Tu cerebro todavía está tratando de procesarlo.*

Pero la realidad me sobrepasaba y mi instinto me decía: "huye"

Los fuertes brazos de Román me acunaron una fracción de segundo. Le aparté de mi cuerpo; necesitaba mi espacio.

—¡No me toques! —dije levantándome.

—Isabella… —La voz de Román era baja, tensa.

—Te pedí que no me llevaras con ellos. Y aun así lo hiciste.

—No tenía elección.

Me giré entonces, apoyando la espalda contra los azulejos fríos, mirándolo como si lo evaluara en una consulta clínica.

—Román, siempre tienes elección. Que elijas obedecer no significa que no existan alternativas. Significa que eliges la opción que te duele menos, no la que es menos destructiva para mí.

—Intentaba mantenerte con vida —dijo tensando la mandíbula.

—¿Y creíste que entregarme a ellos era el camino? —pregunté con una calma que no nacía de la serenidad, sino del agotamiento—. ¿O qué pensaste? ¿Qué, como yo "sabía" lo que eres y lo que haces, también debía asumir las consecuencias?

Sus ojos bajaron. Allí, por fin, vi algo parecido a culpa.

—No debí dejarte sola con ellos —admitió.

—No —respondí—. No debiste. Pero no pretendo escucharte justificarlo. No necesito explicaciones dulces. Necesito hechos.

Caminé hacia él despacio, no intimidada, sino firme.

—Soy psicóloga, Román. Y sé perfectamente qué ocurre cuando alguien se convence de que solo tiene un camino. Pierde la capacidad de ver el daño que inflige, incluso cuando intenta "proteger". Tú actúas como si tu vida fuera un tablero donde ya todo está decidido. Como si obedecer fuese lo único que sabes hacer. Pero te diré algo que ya deberías haber entendido…

Le sostuve la mirada sin pestañear:

—Que intentes evitar que me enamore de ti no borra el hecho de que, por salvarte, acabé en manos de dos hombres que casi me matan —dije, con la voz firme, templada por la rabia contenida—. Tu "protección" no justifica haberme entregado a ellos.

Él abrió la boca, pero lo detuve con un gesto.

—No necesito que me pidas perdón. Necesito que asumas lo que hiciste. Y que dejes de usar tu lealtad a la mafia como excusa para destruirte… y a cualquiera que se acerque a ti.

Él tragó saliva, tensando los dedos.

Y por primera vez, lo vi realmente temblar.

—No pensé que fueran a llegar tan lejos —respondió, la voz baja, casi áspera—. A mí… a mí siempre me pedían que me encargara de ellos después de los interrogatorios. Nunca lo había dejado en manos de nadie más. Creí que… que los controlaría.

Hizo una pausa, tensando la mandíbula.

—Y si querían hacerte desaparecer, pensaba fingir tu muerte. Sacarte del radar. Que la mafia dejara de buscarte. Era… la única salida que conocía.

Era un pensamiento distorsionado nacido del trauma y la despersonalización. Él había crecido en un entorno donde "proteger" significaba ocultar, eliminar, borrar rastros. Donde el afecto solo podía existir envuelto en violencia y control. Para él, simular mi muerte era un gesto de cuidado. Para mí… era otra forma de anulación. Dos mundos imposibles de conciliar.

—Román… lo que tú consideras protección es, para mí, una amenaza. Fingir mi muerte no es salvarme, es desaparecer del mundo. Y darte cuenta de que eso es tu responsabilidad, no la mía. Sé que no sabes vivir fuera de ese código —continué, más suave pero igual de seria—, pero yo sí. Y aunque estés arrepentido, aunque vengas a rescatarme, eso no borra lo que ocurrió. No borra que me pusiste en manos de hombres que querían destruirme.

Él levantó la mirada. Sus ojos dejaban ver esa mezcla de culpa, furia y algo que nunca decía en voz alta: miedo. No al mundo. Así mismo.

—Si de verdad quieres protegerme —respiré hondo—, empieza por entender que soy una persona, no una misión. No pienso morirme para encajar en tu mundo.

Había en él un cansancio que no era físico: era el peso de su propio condicionamiento, de su vida bajo órdenes, de la culpa que nunca aprendió a identificar.

—Voy a descansar —anuncié—. Y tú también deberías hacerlo.

Y salí sin esperar respuesta.

Capítulo 58

Isabella

Los gritos, los golpes y el eco seco de disparos nos arrancaron del sueño reparador como una bofetada.

Román reaccionó antes de que pudiera siquiera entender qué pasaba. Saltó de la cama, se enfundó los pantalones a toda prisa y tomó su arma con un gesto preciso, casi automático.

El sonido de pasos apresurados retumbaba en el pasillo, acercándose, cada vez más cerca, hasta detenerse justo al otro lado de la puerta.

El silencio fue un segundo insoportable.

Román no esperó más. Cargó el arma con un chasquido metálico y, sin dudar, apuntó a la madera.

Cuando la respiración de alguien se filtró desde el pasillo, él abrió fuego.

Los disparos retumbaron en la habitación y el olor a pólvora llenó el aire. La puerta vibró con los disparos; la madera se astilló en múltiples puntos. Entre el humo y el polvo entraron siluetas armadas.

Román me empujó detrás de su cuerpo para protegerme. Los disparos silbaron a nuestro alrededor sin piedad. El estruendo era caótico: balas que rebotaban contra la pared, vidrios estallando, maderas desgarradas…

Me dejó tras un mueble de madera gruesa y salió a por aquellos mercenarios.

Cubrí mis orejas y cerré los ojos. Apenas podía respirar, con el corazón golpeando contra las costillas como un tambor descontrolado. Quise gritar, correr, y mi mente colapsó en una rigidez de la que no conseguía escapar.

Román retrocedió hasta sacarme de mi escondite y llevarme a la terraza; allí me empujó a un lado para protegernos con la pared. Miró abajo un segundo; se podía ver una furgoneta con el techo

lleno de nieve al alcance de un salto. Con su mirada supe lo que pretendía hacer, y no me gustó la idea.

—No tenemos otra salida.

Ya era tarde, el sol se ocultaba y los últimos rayos nos iluminaban. Se despidieron de nosotros, ya que el reinado de la oscuridad estaba a punto de comenzar.

Pasé una pierna por la barandilla, después la otra y me agarré con fuerza.

—¡Salta! —gritó tras de mí abriendo fuego nuevamente.

Salté al vacío y el estómago se me encogió en la caída. El golpe contra el techo de la furgoneta arrancó un estruendo metálico; el metal cedió bajo mi peso. La nieve acumulada lo cubría todo y, al resbalar, me deslicé por la luna delantera como si fuera un tobogán improvisado hasta caer al suelo.

Román aterrizó detrás de mí con la agilidad de un depredador. En cuanto tocó tierra, comenzó a instarme para que comenzase a correr.

Nuestros pasos se hundían en la nieve fresca, dejando un rastro marcado de huellas. Me atreví a girar la cabeza solo un instante y lo vi: aquel mismo manto blanco quedó salpicado de rojo. Sangre. Demasiada.

El motor del coche de Jelena nos esperaba. Abrimos las puertas de golpe, nos lanzamos al interior y, en cuanto Román giró la llave, el vehículo bramó con furia.

Avanzamos unos metros cuando el parabrisas se iluminó con destellos: un nuevo tiroteo nos envolvía. El repiqueteo de las balas contra la chapa nos hizo encogernos en los asientos mientras el coche vibraba bajo la embestida.

La nieve era una vil traidora que nos delataba; las marcas de las ruedas del Jeep quedaban bien visibles en el asfalto.

Román apretaba con fuerza el volante, cambiaba con rapidez las marchas y aceleraba como un piloto de carreras.

Me agarré con fuerza mirando a cada segundo para atrás, esperando volver a ver coches tras nosotros.

—¿Estás bien? —me atreví a preguntar.

Él solo cabeceó enfocado en la carretera. Sus facciones se contraían con cada curva cerrada, con cada cambio de marcha. Respiraba con dificultad e intentaba permanecer atento a la carretera.

Por el fondo empezamos a escuchar otros coches acercándose a nosotros a gran velocidad. Román cabeceó; se veía pálido y parecía que, en cualquier momento, perdería el conocimiento.

—¿Román?

Dio un volantazo brusco para regresar el Jeep dentro de las líneas de la carretera. Se acercaron peligrosamente a nosotros. El primero estaba a punto de chocarnos cuando Román se metió en el último segundo por una carretera rural. El coche se pasó la salida y condujo recto. Freno en seco sobre la carretera cubierta de hielo, derrapando y estrellándome contra los gruesos troncos de los bosques que flanqueaban la carretera.

La nieve sería nuestro delator, pero la niebla y el hielo, nuestros aliados.

El segundo coche reaccionó a tiempo, tomando la salida prevista, pero no con la agilidad que nosotros habíamos logrado. Lo vi perder velocidad en cuanto se enfrentó al hielo del desvío, y un hilo de esperanza me recorrió: quizá habíamos logrado sacarlos de nuestra pista, aunque fuera por unos instantes.

Abrí la ventanilla y comencé a arrojarles todos los objetos que encontraba mientras me agarraba con fuerza.

—Prueba con esto —dijo Román sacando su arma—. Apunta a las ruedas.

La maldita arma mostraba un brillo oscuro, empapada en sangre.

Sostuve la pistola y un escalofrío recorrió mi cuerpo al sostenerla. Mis manos temblaron, la respiración se atascó en mi pecho…

Asentí.

—Vale… —respondí ausente.

Saqué medio cuerpo por la ventanilla. Me incliné un poco, enfocando el objetivo con torpeza, sintiendo la mezcla de terror y determinación.

Disparé; ya conocía la fuerza de aquel objeto y no me pilló desprevenida. Mis balas fracasaron en sus primeros intentos, hasta que apuntando a las ruedas le di en la parte frontal, en medio del morro. De ese punto comenzó a salir un humo blanco grisáceo, denso y con matices azulados.

—¡Buena puntería! —gritó Román en el interior del coche—. Justo al radiador, buena idea.

No pretendía darle ahí… pensé en decir, aunque dije:

—Gracias, siempre tuve buena puntería.

Román soltó una carcajada tan fuerte que se tuvo que apretar el costado.

—Sí, claro que sí. Mi mafiosilla siempre tuvo intención de descubrir la localización del radiador en un coche.

"Mi mafiosilla"; ese mote en boca de otro me hubiera creado una desazón y un enfado monumental, pero ese posesivo previo… Me encantó.

Con la bajada de adrenalina al ver al segundo coche parar y quedarse atrás, Román comenzó a cabecear. El Jeep emitió un chirrido agudo cuando Román forzó la marcha, como si la caja de

cambios protestara ante la presión. Sin previo aviso, Román perdió el conocimiento y su cuerpo se fue hacia el volante.

Con gran esfuerzo le empujé hacia el respaldo y me senté en su regazo. Eché el asiento hacia atrás y tomé los mandos para frenar el coche entre los árboles cercanos.

—Mierda, mierda…

Regresé al asiento del copiloto. Primero, cerciorarme de la gravedad de la herida; subí su camiseta para ver la herida de bala, había entrada y salida. Bien. Después, busqué algo en el coche que pudiera servirme para cortar la hemorragia. Por suerte, en la guantera del coche había un botiquín de primeros auxilios.

Agarré las gasas para presionar las heridas. La sangre se filtraba entre mis dedos, caliente y pringosa. Y con cada respiración de Román hacía que mis esfuerzos fueran inútiles.

—Aguanta, Román… —susurré intentando transmitir calma.

Las luces del coche iluminaban los árboles helados, y por un instante me sentí completamente sola, como si todo el mundo desapareciera y solo existiera este instante de urgencia absoluta, entre la nieve, la sangre y su vida en mis manos.

Capítulo 59

Isabella

Parecía que esa maldita carretera no finalizaría nunca, hasta que por fin apareció un pequeño edificio entre la niebla espesa. Mi corazón latía con fuerza mientras llevaba el coche al límite.

Reduje la velocidad y aparqué tras el pequeño edificio, escondido de miradas indiscretas.

Por suerte, el cartel de un perro con un vendaje en la pata me dio la bienvenida. Salí del vehículo, fui hasta la puerta trasera que golpeé con fuerza y repetidas veces hasta que la luz se encendió.

Un hombre de cabello cano y mirada perdida se ajustó las gafas para verme mejor, lleno de incredulidad y asombro.

—Mi scusi, ho bisogno di aiuto. —Me excusé torpemente con el poco italiano que sabía.

Le hice señas con las manos para que me siguiera hasta el coche y enseñarle la herida ensangrentada y llena de apósitos de Román. Entre los dos conseguimos ayudar a Román a entrar hasta la sala del veterinario. Allí Román hablaba medio inconsciente, balbuceando que no llamáramos ni a una ambulancia ni a la policía en un perfecto italiano.

—Sei un uomo cattivo? —preguntó el veterinario a Román.

La camilla comenzó a teñirse de rojo. La sangre empapaba su ropa y el costado estaba hinchado y caliente.

—Non lo so… —respondió débilmente antes de desmayarse.

El veterinario me miró atentamente, pero no dudó.

—Premere con decisione sulla ferita —ordenó. Pero al ver mi mirada de desconcierto al no entenderlo, agarró mi mano y la colocó en el costado; después presionó mi mano con fuerza.

Presioné la herida como me dijo, apretando con todas mis fuerzas.

—Respira, Román… —susurré, acariciando su cabello—. No me vas a dejar ahora, cabrón.

El hombre trabajó con rapidez, poniendo vendas y preparando líquidos para estabilizarlo. Cada instante era crucial.

***

Lo observaba dormir con el pecho vendado y el ceño fruncido incluso en el sueño. La palidez de la piel le hacía ver menos invencible. Me resultaba extraño verle frágil y tan expuesto. No era el sicario de la mafia; así, era un hombre que dependía de mí.

Los primeros días fueron una mezcla de miedo y vigilancia constante. Cada vez que Román intentaba moverse, ahí estaba yo, vigilando su respiración y asegurándome de que no hubiera hemorragia.

Román se esforzaba por sonreír, pero la palidez y el dolor no se podían ocultar. A pesar de todo, me sorprendió la rapidez de su mejora y la vulnerabilidad de esos días nos acercó más.

Aunque sus heridas ya habían cicatrizado, Román evitaba cualquier movimiento brusco y yo permanecía ahí para todo. Aquel hombre frío y calculador se estaba acostumbrando a mis cuidados y caricias.

Por suerte, el veterinario nos cedió su sala de estar, y cada uno contaba con un sofá para dormir.

Cuando Román comenzó a hacer las cosas por él mismo, salió por la puerta trasera para descubrir el Jeep, que se encontraba bien escondido bajo una gruesa capa de nieve, y llamar a Jelena para contactar con ella y concretar un sitio para la reunión.

Capítulo 60

***Shadow* - Chatillon**

Esperamos en el Jeep. Isabella resoplaba y cambiaba constantemente de postura. No estaba acostumbrada a esperar sentada en un coche.

Yo siempre llegaba antes para ser puntual, aunque otros motivos me movían a estar allí antes de tiempo; nunca era el primero en entrar. Necesitaba cerciorarme de quién venía y, sobre todo, cómo se presentaba. Hacerme una idea visual de esa persona desconocida y sacar mis propias conclusiones antes de adentrarme en la cueva de las serpientes. Parecía que los alrededores estaban tranquilos, las azoteas vacías y ningún transeúnte sospechoso.

Primero vi a Jelena. Con su porte, su altura y su pelo con un lateral rapado, capturaba miradas. Todo lo contrario de Dorian Keller… un hombre que con sus cuarenta años había perfeccionado el arte de pasar desapercibido. Su rostro se podía definir como común: pelo castaño salpicado de canas, ojos pardos, gafas cuadradas de montura ligera y su ropa sombría. Utilizaba colores neutros y apagados. Nada en él buscaba llamar la atención.

—Vamos allá —dije más para mí que para Isabella. Aunque ella salió del coche tan rápido que no pude decir nada más.

El calor de la cafetería nos golpeó nada más entrar. En el aire flotaba el aroma dulce de la bollería recién hecha y del delicado café tostado. Fuera, la nieve seguía cayendo con pereza, pero con constancia, cubriendo las calles de Chatillon con un manto blanco.

Llegamos a la mesa del fondo, justo donde se habían sentado Jelena y Dk; le miré fijamente a los ojos al tomar asiento.

—Mirage…

—Shadow… —respondió cabeceando a modo de saludo. Con su voz plana, sin expresión.

—Jelena… —murmuró Isabella imitando mi tono de voz, bajando una octava y posando de forma chulesca. ¿Era así como me veían todos? Aquella imitación arrancó una sonrisa a mi amiga.

El murmullo de la cafetería se alzaba a nuestro alrededor. Era extraño: las familias desayunaban, una pareja reía entre cafés espumosos, y a unos metros nosotros estábamos decidiendo vidas y muertes como si se tratara de simples cuentas.

Jelena apoyaba el codo en la mesa y sus uñas negras tamborileaban contra la madera barnizada.

—Bueno… ¿Estás listo para testificar contra tu hermano y sacar todos los trapos sucios a la luz?

—Medio hermano. Y sí, estoy dispuesto, pero necesito garantías.

—La única garantía es que La Alianza no perdona, Shadow… Has matado a tu padre y tu hermano ha puesto precio a tu cabeza. ¿Entiendes el lío en el que te has metido?

—Lo entiendo mejor que tú, Mirage. Eso no lo dudes.

El silencio en la mesa se hizo insoportable. Jelena sacó un cigarrillo y se lo dejó en la boca.

—¿Queréis dejar de mediros las pollas? Tenemos el mismo enemigo, joder —dijo mi amiga dando una fuerte palmada en la mesa.

—Solo quiero que lo entiendas, Shadow, esto no es un trato —dijo despacio, apoyando los antebrazos sobre la mesa—. Es una cuerda floja. Si caéis de un lado, La Alianza os devora. Si caéis del otro, Interpol os desangra a preguntas. Yo soy el hilo en medio. ¿Entendido?

—Entendido —repliqué con calma. A pesar de mi apariencia, apreté los nudillos hasta que se tornaron blancos.

Respiré hondo y apoyé las manos sobre la mesa. DK se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas con parsimonia.

—Pero entiende tú esto, hasta que Isabella no esté a salvo, yo no testificaré.

DK inclinó la cabeza, como si hubiera esperado esa respuesta desde el principio. Se volvió a limpiar las gafas, ganando tiempo, antes de responder:

—Así será. Pero recuerda, Shadow… prefiero deber cadáveres a favores.

—Mientras sea el mío y no el de Isabella… estamos de acuerdo.

—Ella también deberá testificar contra su padre para entrar en la lista de protección de testigos.

—Ella… está aquí por si no te has dado cuenta; soy muy capaz de hablar por mí misma. —Isabella no pudo sonreír. Inclinó su cuerpo hacia adelante, apoyando los codos en la mesa para reducir el espacio entre ellos.

—Dorian Keller, ¿verdad? —Isabella pronunció su nombre completo, lentamente, como si saborease el diagnóstico preciso que su mente daba de aquel hombre—. Llevas tantos años infiltrado que ya no sabes dónde termina tu disfraz y dónde empieza tu verdadera esencia. Te limpias las gafas para ganar algo de tiempo; jamás miras a los ojos, porque sabes que si lo hicieras te derrumbarías.

El aire a nuestro alrededor se tensó. Jelena levantó una ceja entretenida.

—Hablas de cadáveres y favores con tal desprecio que das asco. Y lo que de verdad te aterra es una deuda emocional —continuó con un tono más bajo—. Has construido una vida de sombras y borrar tu propio rostro tiene que ser muy jodido… pero lo decidiste así para que no tengan poder sobre ti. Estás jodidamente solo. Pero te olvidas de algo… A La Alianza no le gustaría nada saber que eres de la Interpol, ¿no crees?

DK no parpadeó, permaneció inmóvil y en silencio. Apretó la mandíbula y sus nudillos se crisparon. Fue a realizar su ritual,

llevarse las manos a las gafas para limpiarlas, pero se detuvo a mitad de gesto.

El músculo de su mejilla tembló, solo un segundo.

—Eres buena —comentó con frialdad—. Pero yo, que tú, no jugaría con fuego.

—Pues, yo que tú… —dijo imitando parte de su frase y su tono de voz—, daría las gracias por tener dos jodidos testigos que pueden desmantelar a La Alianza… ¿Cuántos años llevas infiltrado y aún no has podido terminar tu trabajo? Piénsalo.

Isabella dio un par de golpes en la mesa y se levantó.

—Vámonos —concluyó Isabella solemne—. Yo sí que no hago tratos con capullos.

—No podréis salir de Italia con vida sin mi ayuda.

—Pues nos veremos en la otra vida —respondió ella.

En los ojos de Jelena pude ver un brillo de admiración al contemplar el coraje de Isabella. Y ese gesto, procedente de ella, era un mundo para mí.

Decidimos salir de allí mientras la noche nos cobijaba. Regresamos al vehículo y nos pusimos en camino. No había tiempo que perder.

Capítulo 61

Isabella - Courmayeur

El túnel del Mont Blanc nos engulló como un gran monstruo de cemento. El rugido del motor se amplificó en el interior, rebotando en las paredes, haciéndome creer que estaba dentro de una garganta interminable.

La luz anaranjada iluminaba la chapa del Jeep de forma intermitente. Y cada destello repetitivo se transformó en un pulso de

un corazón enfermizo.

Las líneas blancas de la carretera se multiplicaban ante mis ojos. Era un metrónomo frenético que me recordaba la velocidad a la que nos escapábamos.

El punto de fuga al fondo era una promesa; una salida, aire fresco y, quizás, vida. Porque solo podía pensar que si nos encontraban ahí, había una certeza: No había dónde huir. 11,6 km de longitud en la que la espera se dilataba hasta rozar la eternidad. En la práctica, solo nos demoraríamos diecisiete minutos de nuestras vidas, pero la realidad podría variar en cualquier momento.

La tensión había tomado corporeidad y estaba sentada en ese espacio entre nosotros.

Las normas eran claras: no sobrepasar los 70 km/h, no ir a menos de 50 km/h y dejar una distancia entre los vehículos de 150 metros controlada por paneles luminosos y cámaras. Si las seguíamos al pie de la letra, no se dispararían las alarmas de quienes controlaban la seguridad del túnel.

Las toneladas de rocas sobre nuestras cabezas parecían aplastarnos por segundos, hasta que, a lo lejos, comenzamos a ver un leve resplandor de luz natural.

Respiré aliviada al fin, solté toda la excitación con una carcajada llena de felicidad. Miré a Román a los ojos, rocé su brazo y él llevó su mano a mi muslo. Hacía mucho tiempo que no le veía tan alegre.

Todo saldría bien. Ya podía imaginar una vida pacífica y libre de ese mundo corrupto y lleno de violencia. Un refugio para sanar mi mente y mi cuerpo. Tomé su mano y la llevé a los labios para darle un casto beso. El apretón de mano fue más que una conexión, fue un principio juntos.

Román mantenía la mano en el volante, sujetándolo con firmeza. Yo me permití distraerme mirando por la ventana, mirando las luces hipnóticas.

Entonces un destello metálico, que vi por el retrovisor lateral, capturó mi atención. Un segundo después, nuestros cuerpos se vieron soportando las fuerzas G de forma brusca. Giramos en aquel túnel estrecho, las ruedas se bloquearon y aquel coche avanzó a gran velocidad para chocar con el costado derecho.

Aquel golpe nos lanzó contra la pared lateral con una violencia brutal. El cinturón me clavó al asiento, los airbags estallaron dejando el habitáculo reducido y el cristal de la ventanilla estalló en mil fragmentos.

El tiempo pareció detenerse. El carril quedó detenido; los cláxones comenzaron a escucharse en la lejanía. Todo comenzó a girar rápidamente a mi alrededor, no podía pensar con claridad y un líquido cálido resbalaba por mi frente. Un fuerte pitido agudo martilleaba mi cerebro sin dejarme oír con claridad.

—Isabella, el cinturón —dijo Román, pero a pesar de la mínima distancia que separaba nuestros cuerpos, lo escuchaba en la lejanía. Él ya había pinchado su airbag y se había liberado del cinturón.

Mi cuerpo parecía pesar toneladas, pero conseguí mover mis brazos y girar mi torso para acceder al enganche del cinturón.

Román se deslizó entre los asientos; de una patada consiguió retirar los trozos grandes que habían quedado de la ventanilla trasera. Se armó, se refugió de la lluvia de balas y comenzó a disparar a los conductores de aquel coche que nos había embestido.

Presioné el botón hasta el fondo, tiré del enganche y no pasó nada… Mi corazón comenzó a latir rápidamente, mis manos sudaban y hacían que se resbalara aquel maldito enganche. Tiraba con fuerza mientras Román continuaba abriendo fuego para cubrirme hasta que saliera de aquel amasijo de metal.

Las balas del arma de Román se terminaron; las sirenas de policía comenzaron a sonar cada vez más cerca.

Un coche negro frenó a escasos centímetros del vehículo enemigo; las ruedas chirriaron en el carril izquierdo y el olor a goma

quemada llenó el aire. Los ocupantes del nuevo coche se enfrentaron al enemigo. No pude ver bien quiénes eran, pero podía imaginármelo: Jelena y DK.

—¡Márchate! ¡Corre, Román! —grité sintiendo las lágrimas derramándose por mis mejillas.

—¡Joder!

Los enemigos se ampararon tras las puertas mientras seguían disparando. Ahora estaban rodeados por las detonaciones de Jelena y las de Román.

—¡Vete!

—¡No te dejaré!

DK salió y Jelena corrió hacia Román para darle una nueva arma cargada con la cual atacar.

—¡Sal de una puta vez! —gritó Jelena con la cara desencajada. Negué con la cabeza. El labio me temblaba, pero intenté controlarme para decirla:

—Llévatelo —susurré. Ni la voz me acompañaba; aun así, Jelena pudo leer mis labios y asintió, el rostro surcado por la pena.

Con un golpe, seco y controlado, golpeó a Román en la nuca y este perdió el conocimiento. Jelena le agarró de un brazo y de una pierna y se fue con él entre los coches hasta llegar junto a DK. Lo subió a los asientos traseros y se perdieron por el carril despejado, rumbo a la libertad y de nuevo a Italia.

Saqué la pistola de la guantera y la oculté entre mis muslos. Si iba a morir, que fuera llevándome por delante aunque fuera a uno de esos cabrones.

Nuestros atacantes salieron del Audi negro. Ahora, sin fuego enemigo, rodearon nuestro coche, sonrientes y alegres, pero moviéndose con agilidad y rapidez. El primero llegó y fue a golpear el trozo de ventanilla que había sobrevivido cuando apunté y

disparé. La bala salió con tal fuerza que atravesó el cristal y fue a dar al hombro de aquel hijo de puta.

Se retorció de dolor entre mil insultos en italiano. Otro llegó hasta mí, apreté nuevamente el gatillo, el arma crujió y el sonido ensordecedor que esperaba no llegó. El hombre quitó los cristales, sacó una navaja y se metió en el habitáculo.

Me retorcí, intenté morderle al ver el brillo del metal acercarse peligrosamente a mí cuando noté que la opresión del cinturón cesó y aquel cerdo tiró de mí hasta sacarme por el hueco de la ventanilla.

Me retorció el brazo por la espalda, mientras que otro sacaba un saco negro para ponérmelo en la cabeza.

Todo se transformó en dolor y oscuridad.

Capítulo 62

***Shadow* - Chatillon**

Fui despertando a trompicones. Los oídos me pitaban y el sabor a sangre en la lengua me recordaba el mundo violento que habitaba.

No escuchaba sirenas, disparos, los cláxones o los gritos desesperados de quienes me acorralaban.

La nuca me ardía; la froté con la mano para ver si estaba sangrando, por suerte no era así.

Pude ver el techo de aquella sala desconocida y segura. Segura… pero no correcta.

Las imágenes de Isabella encerrada en el coche llegaron a mi mente de golpe. Me incorporé, logrando sentarme en aquel sofá de cuero negro que rechinó al moverme sobre él.

Me llevé las manos a las sienes y las apreté con fuerza porque aquellas imágenes me dolían más que mil balazos en el pecho.

Grité y me balanceé de delante a atrás con un ritmo constante.

Jelena apareció en mi radar al entrar a aquella sala en penumbra avisada por mis alaridos.

—Shado…

No le di tiempo a terminar mi puto nombre de guerra. Me levanté de golpe y fui a por ella. La agarré del cuello para aplastarla contra la pared más cercana.

—Tú —acerté a decir.

Recordaba su rostro distorsionado antes de perder por completo el conocimiento.

—¿Dónde está Isabella? —Mis manos aferraron su cuello con más fuerza. Noté cómo intentaba tomar aliento, tragó e intentó repetir mi nombre. Apreté con más fuerza al recordar los ojos de Isabella llenos de terror.

Jelena forcejeó un momento más, intentando que entrase en razón, y tras ese segundo levantó la rodilla llena de furia hacia mi entrepierna. Me quedé sin aire y aflojé un poco la presión que le estaba ejerciendo. Encontró un resquicio entre mis brazos y me atacó. Lanzó un golpe seco, ascendente y rápido con la base de su palma hacia mi nariz.

Ahora ya no solo me dolían los huevos, sino que caí al suelo sin poder ver y mucho menos oler nada que no fuera mi propia sangre.

—¿Qué coño hiciste, Jelena? —gruñí, retorciéndome de dolor como un gusano.

—Lo que Isabella me pidió con la mirada —respondió con la voz ronca—. Ella sabía lo que debía hacerse y lo hizo.

Permanecí a cuatro patas un tiempo; después me incorporé para quedar de rodillas frente a mi amiga.

—Eres tan culpable como yo. Vas a ayudarme.

No le di otra opción; mi tono de voz lo dejaba claro.

—¿Y cuándo no te he ayudado, gilipollas de mierda? —El "apodo cariñoso" con el cual me nombró salió de entre sus dientes perfectamente blancos y alineados.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—Pero yo podría averiguarlo… —dijo la voz varonil que precedió a una figura masculina en el quicio de la puerta.

—No me jodas —murmuré al comprender que era DK, un hombre que no hacía favores sin que le dieran algo a cambio—. ¿Qué coño quieres, Mirage?

—Quiero que toda la red de La Alianza caiga, ya lo sabes. Y tú, amigo mío, vas a ayudarme.

—Solo si ella sale con vida de este país, la escondes con otra identidad y vive su vida sin violencia. —Obligué a mis piernas a

moverse, me puse en pie y me acerqué a él hasta quedar a unos centímetros de distancia.

—Eso está hecho. —DK ni parpadeó; el cabrón sabía que me tenía cogido por los huevos y tenía la certeza de que aceptaría sus condiciones sin reservas a cambio de la vida de Isabella.

—¿A quién hay que sacarle la información?

***

Las calles adoquinadas de Milán brillaban con la luz de las farolas. A lo lejos, las agujas del Duomo parecían aún más afiladas contra el cielo negro, iluminadas por un resplandor blanquecino que hacía vibrar la plaza en un contraste entre lo solemne y lo desierto.

Los tranvías amarillos chirriaban al doblar las esquinas, arrastrando un eco metálico entre edificios de piedra y escaparates que aún exhibían las rebajas de invierno. De vez en cuando, el rumor de pasos apresurados rompía el silencio: ejecutivos con bufandas hasta la nariz, parejas refugiándose en cafés que despedían nubes de vapor por las ventanas empañadas, turistas que no se resignaban al frío y buscaban el último rincón abierto.

El aire olía a una mezcla de castañas asadas, a humedad y a gasolina, porque incluso en la noche el tráfico nunca moría del todo. En barrios menos céntricos, las calles eran más oscuras, casi sin iluminación por aquellos faroles solitarios que dejaban sombras alargadas sobre las fachadas modernas de cristal y acero.

En enero, Milán de noche se sentía como una ciudad elegante y despiadada a la vez: fría, brillante, siempre en movimiento, pero con un silencio subterráneo que se agazapaba entre las sombras de sus callejones.

Por fin llegamos a un garaje, oscuro y silencioso, donde tuvimos que esperar al informante de Mirage.

La espera se me hizo eterna pensando en las atrocidades que podría estar pasando Isabella.

Por fin apareció un hombre encapuchado, con una sudadera desgastada y unos pantalones vaqueros. Su vestimenta era casual, oscura y su rostro, desde la lejanía, imposible de describir.

—Quédate aquí.

—Ni lo sueñes, DK… —Comencé a dar un paso y DK alargó el brazo para pararme.

—Espérame aquí, hazme caso. —Su tono fue bajo e imperativo, la actitud de un hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido sin tener que soportar réplica.

Le vi acercarse a aquella figura masculina que no paraba de moverse inquieta. Permanecía con sus manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Rara vez se giraba hacia DK, cuando estuvo cerca de él, no levantó la cabeza, no dejó de moverse y en menos de cinco minutos comenzó a caminar hacia la puerta que le llevaría hasta la calle.

Caminé en dirección a DK.

DK se giró negando con la cabeza, levantando los brazos y mostrando las palmas, como diciendo "¡No puedo hacer nada!". Su gesto era una mezcla de incredulidad y frustración, mientras buscaba transmitir su impotencia sin palabras.

—Lo he intentado —se excusó cuando nos cruzamos.

—Lo hemos hecho a tu manera, ahora lo haremos a la mía —mi voz sonó fría, tanto que el rostro de mi acompañante se crispó por un segundo antes de cruzarse en mi camino.

—Espera un momento, Román. Encontraré la forma de… —Puso la palma de su mano en mi pecho.

No había tiempo que perder; agarré su muñeca, le retorcí el brazo hasta llevarlo a la espalda y le di un golpe en la cabeza contra un coche cercano.

—Isabella no tiene tiempo.

—¡No pienso participar en nada de lo que tengas en mente! —gritó tirado en el suelo.

—No te lo he pedido. —Abrí la puerta por donde el informador huyó y subí las escaleras corriendo.

Capítulo 63

Isabella-Milán

Apenas podía ver a través de los diminutos huecos en la red de tela negra que cubría mi rostro y apestaba a humedad.

La luz se filtraba en hilos temblorosos cuando me obligaron a bajar del coche y caminar hacia un edificio sin nombre.

Dentro, el silencio era más pesado que el aire. Solo percibía formas difusas, bultos desfigurados que surgían ante mí como sombras al cruzarme con objetos y paredes.

El eco de pasos me envolvía, y entre ese murmullo reconocí una voz quebrada:

El hombre al que había disparado. Escupía maldiciones en italiano, cada palabra afilada como una bala que todavía no me alcanzaba.

El mismo hombre que me guiaba me paró de golpe, escuché el rechinar de una silla y sentí cómo me empujó hasta dejarme

sentada. Mi carcelero puso su mano en mi hombro a modo de advertencia, mientras con la otra daba un fuerte tirón para sacarme la bolsa de tela negra de mi cabeza.

La luz me atravesó como un golpe, dejándome ciega momentáneamente. Mi pupila, acostumbrada a la oscuridad, tuvo que contraerse en una fracción de segundo. Y todo a mi alrededor apareció deslumbrante, con bordes borrosos.

Parpadeé varias veces, obligándome a abrirlos aunque fuera una rendija para poder ubicarme. Intenté regular mi frecuencia cardiaca y controlar mi respiración, pero la incertidumbre y saber que esos hombres harían lo que fuera necesario complicaba mi proceso.

Mi mente ya había previsto este acto repentino. Que te quiten algo que ocluye tu vista y te expongan sin aviso activando la alarma del cerebro: sensación de vulnerabilidad. Y por mucho que mi cerebro me avisara, no estaba preparada para cuando llegó.

Cuando mis pupilas comenzaron a adaptarse, lo vi sentado al otro lado de la mesa. La espalda recta, los hombros anchos, la mandíbula firme. Comía despacio, cada bocado medido, como si, incluso alimentarse, fuera un acto de control.

—Un placer conocerte, Isabella Ferrer… —Cuando habló, su voz descendió como un murmullo grave que me recorrió la piel. Tenía esa mezcla de firmeza y caricia que podía hacerte temblar aunque no dijera nada más que tu nombre.

—¿Y usted es…? —pregunté. El hilo de voz que salió de mi garganta fue incluso patético. Miré a todas partes intentando memorizar el lugar donde me hallaba.

El restaurante se encontraba vacío, pero no en silencio. Cada mesa permanecía impecable, preparada como si esperara a invitados que nunca llegarían. Solo una estaba ocupada, en el centro de la sala, bajo la lámpara más grande. Allí se sentaba él, dueño del espacio y del momento, rodeado por sus hombres.

Los secuaces no hablaban mucho: ocupaban varias sillas, vigilando las entradas, observando las sombras. Alguno tenía los dedos jugando con el tallo de una copa; otro simplemente dejaba descansar sus manos —demasiado grandes, demasiado firmes— sobre la mesa de lino blanco. No había risa, no había el murmullo habitual de los clientes. Solo el crujido de la porcelana cuando un plato era depositado, y el leve sonido de los cubiertos de plata al alinearse en las manos nerviosas de los camareros.

Los cocineros seguían trabajando detrás de la puerta de la cocina, aunque más despacio, conscientes de que aquella noche no cocinaban para clientes anónimos, sino para un hombre cuyo apetito no debía ser interrumpido ni decepcionado. En el aire flotaba el olor de la mantequilla, del vino tinto y un rastro de trufa, pero también de esa tensión espesa que obliga a hablar en susurros.

El restaurante entero parecía un escenario privado. Un templo de lujo vaciado de su público, reservado solo para él y sus guardianes. Hasta las paredes, con sus espejos altos y las flores frescas en los centros de mesa, parecían contener la respiración.

—Aleksei Vukovíc, primogénito de Radomir Vukovíc. —Por fortuna conocía mi idioma. Pero la "r" se le enroscaba en la lengua como un rugido contenido, y cada palabra que decía en español parecía más lenta, más pesada… como si el idioma se doblegara ante él. Era imposible no escucharlo.

Su mirada me atravesó antes de que pudiera reaccionar. Ojos claros, afilados, que parecían descifrar cada pensamiento que cruzaba por mi cabeza. Mi cuerpo se tensó; sentí un escalofrío recorrerme la columna. Había algo en él que me resultaba familiar, como un eco de la frialdad de su padre, pero más joven, más directo, más… Peligroso.

El traje oscuro le sentaba como una segunda piel. Su cabello se mantenía impecable, y cada gesto parecía deliberadamente calculado. Incluso al levantar la copa para beber, parecía consciente de que yo le miraba.

Cuando finalmente me miró, su sonrisa fue casi imperceptible. Sus labios se curvaron, pero lo suficiente para que supiera que todo lo que hiciera sería observado, analizado y evaluado. Una voz baja y peligrosa rompió el silencio, y supe de inmediato que no tenía escapatoria, que cualquier movimiento mío podía ser su juego.

Continuó degustando su carpaccio di manzo. Las finas láminas de carne cruda descansaban en su plato, tocadas por unas gotas de aceite y lascas de parmesano. Cada movimiento era lento, deliberado, casi ceremonioso. Comía con calma, como si el mundo entero girara a su alrededor, y yo no fuera más que un objeto a su alcance.

Había algo íntimamente amenazante en la manera en que comía. No era hambre; era ritual, estrategia, recordatorio de que me encontraba en su mundo y que, en cualquier momento, podía decidir mi destino.

—¿Quieres algo para comer? —De repente su voz baja rompió el silencio.

—No gracias, no tengo hambre —logré decir, aunque me temblara la voz y sintiera cómo las lágrimas comenzaban a acumularse.

Se inclinó ligeramente, sus ojos claros fijos en mí.

—Háblame de Román. Sé que eres psicóloga, así que… por favor, haz un diagnóstico certero de mi hermanastro.

—No lo conozco lo suficiente —dije, intentando mantener la calma.

—Tonterías…—chasqueó la lengua, dejando los cubiertos sobre la mesa. Se frotó los ojos y suspiró y, de repente, se levantó de golpe, moviéndose con una lentitud calculada que me heló la sangre. Caminó hasta mí y se colocó a mi espalda. Posó sus manos sobre mis hombros, el peso de su cuerpo empujando ligeramente el mío, recordándome su presencia dominante.

—Y yo qué pensaba, que íbamos a llevarnos bien. Isabella… —dijo, su aliento rozando mi oído—. No me gustaría tener que desfigurar este hermoso rostro…

Mi respiración se aceleró, pero intenté mantener la espalda recta, aunque sus manos sobre mis hombros me recordaban que no había lugar para desafiarlo. Cada músculo de mi cuerpo permanecía alerta; cada pensamiento evaluaba la distancia, la fuerza, la manera de escapar… aunque sabía que no había escape.

—Tranquila —susurró, su voz baja y suave, pero cargada de amenaza—. No te haré daño… todavía.

El "todavía" quedó en el aire como un cuchillo invisible. Mi estómago se encogió y mis manos comenzaron a temblar, aunque traté de disimularlo apoyándolas sobre mi regazo.

Sentí cómo movía los dedos ligeramente, ajustando su presión en mis hombros.

—Román… —murmuró, casi como un pensamiento más que una pregunta—. Es un chico interesante, ¿no? Dime, ¿qué ves en él que no ves en mí?

La pregunta me congeló. No era una curiosidad normal; era un desafío, un juego. Sabía que responder era peligroso, que cualquier palabra podía ser usada en mi contra, moldeada para justificar su control, su poder sobre mí.

—Dime, Isabella —su voz bajó aún más, acariciando cada palabra como un cuchillo—, ¿qué es lo que realmente siente Román por ti?

Cada fibra de mi cuerpo gritaba que no hablara, que cualquier palabra podría volverse en mi contra.

—No lo sé… —susurré, intentando sonar neutral, aunque mi voz temblaba.

—No mientas —replicó, girando ligeramente mi hombro para que nuestras miradas se cruzaran por el reflejo de un espejo lateral—. Sé

cuándo alguien oculta la verdad. Y tú… ocultas demasiado.

Su sonrisa fue un gesto delicado, casi invisible, pero suficiente para que sintiera que me devoraba con la mirada.

—Román cree que puede jugar con su mundo —continuó, acariciando mi cuello con la yema de un dedo—. Pero yo sé cómo terminan esos juegos. Y tú… tú estás atrapada en medio de esto.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunté, tratando de mantener la calma, aunque sabía que mis palabras eran insignificantes frente a él.

Se inclinó un poco más, su rostro cerca del mío, y su aliento cálido rozó mi mejilla.

—Quiero que entiendas… —dijo, susurrando—, que aquí mando yo. Que cada decisión, cada movimiento… incluso tu miedo… está bajo mi control. Román siempre fue el niño bonito de papá. Ahora ese mismo niño ha matado a mi padre.

—Entiendo tu dolor, yo también perdí a mi madre y…

—¡No me trates como uno de tus pacientes, Isabella! —gritó, me agarró del cuello y sus ojos parecían que se fueran a salir de sus órbitas—. No quiero tu compasión. Román me ha hecho un gran favor al quitarme de en medio a ese vejestorio salido del infierno. Pero era el jefe y ahora tengo que vengar su muerte. ¿Lo entiendes?

Sentí que me faltaba el aire, pero no podía mostrar debilidad. Había aprendido que en ese mundo la debilidad solo era un lastre.

—Sí… lo entiendo —susurré finalmente.

—Aquí no hay segundas oportunidades, Isabella —informó mientras me rozaba el rostro con sus dedos para llevar un mechón tras mi oreja. Giré el rostro, intentando apartarme de él cuando entró un hombre con un maletín negro.

Por fortuna, Aleksei se centró en el nuevo objeto, fue hacia la mesa donde habían dejado el maletín y lo abrió. Su sonrisa era

genuina, observó su contenido y después sacó un fajo de billetes. Vino hasta la mesa y lo arrojó para que lo viera.

—Tu papaíto ahora quiere hacer un nuevo trato —dijo, con esa voz baja y peligrosa que me hacía temblar incluso en el alma—. Vi el vídeo varias veces y debo reconocer que sabes encajar bien los golpes.

Me senté con la espalda rígida, conteniendo cada impulso de inclinarme. Mis manos se aferraban al borde del asiento mientras mis pies se movían inquietos sobre el suelo. Respiré hondo, intentando hallar un pensamiento que me mantuviera entera ante él y su mundo de reglas implacables.

—Pero mi pregunta es… ¿Quieres regresar con vida a tu país?

—Claro que sí.

—Bien, eso quería oír. Escúchame bien, Isabella —dijo, su voz baja y peligrosa—. Entonces deberás ser el cebo. La pieza que me permitirá destruir a Román.

Mi corazón se detuvo por un instante. La palabra "cebo" resonó en mi cabeza como un martillo. No era una amenaza vaga; era una sentencia.

—¿Yo…?

—Román, por alguna razón que todavía no comprendo, ha decidido confiar en ti. Y eso mismo me servirá para atraerlo directo a mí.

La mesa, el fajo de billetes, el maletín negro… todo parecía insignificante frente a la enormidad de lo que acababa de escuchar. Me había convertido en la herramienta perfecta de un hombre calculador y peligroso.

Pude ver cómo Aleksei se deleitaba solo con el pensamiento de dar muerte a su hermanastro.

—¿Y si fallas…? —susurré.

—Créeme, Isabella… no querrás saber lo que pasará.

Capítulo 64

***Shadow* - Milán**

La Torre Faro se alzaba sobre Porta Romana como un coloso de acero y vidrio en construcción; sus jardines suspendidos habían comenzado a crecer, colgando de los pisos superiores como verdes manchas contra el cielo nocturno. La plataforma panorámica estaba vacía, salvo por el hombre que había dejado colgado del tobillo. El balanceo era rítmico y leve hasta que se despertó.

El grito del joven rompió la noche; el movimiento de la soga, que sostenía su cuerpo colgado al vacío, comenzó a vibrar con fuerza y brusquedad.

Caminé despacio entre los escombros y los andamios, dejando que el viento me trajera el aroma de cemento húmedo y acero recién cortado. La lata de gasolina en una mano, la cerilla en la otra. Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de terror, mientras intentaba sujetarse a lo imposible.

—Por favor, por favor, no me mates —suplicó por su vida, alternando su mirada aterrada entre el vacío y mis ojos.

—¿Dónde está Isabella Ferrer? —pregunté calmado en voz baja.

—Yo no sé nada, tío. De verdad, no lo sé. Vamos… —gimoteó.

Vertí la gasolina sobre su torso, dejando que el líquido resbalara y captara los reflejos de las luces de la ciudad que se filtraban por la estructura metálica. Cada gota era un recordatorio de quién controlaba esta situación.

—¡Espera! —El joven gritó, tosió y se retorció—. Puede que algo recuerde… pero antes, súbeme. Súbeme y te diré lo que quieres.

Me acerqué y encendí la cerilla. Me moví con calma; sabía que mi víctima no tenía escapatoria ni forma de negociar conmigo.

—¡Vale! Vale, vale…

La gente de Milán seguía con sus vidas mientras yo miraba a los ojos de la muerte.

—Se la llevaron con Aleksei; él tiene un restaurante por el centro, pero iban a coger un avión. No sé dónde la llevan. Quieren utilizarla de cebo para matar a un tipo llamado Shadow; es todo lo que sé. Te lo juro, ahora súbeme.

La llama se extinguió y el olor a humo se lo llevó un viento repentino.

—¿En qué momento habíamos llegado a ese acuerdo…? —dije tirando la cerilla apagada y encendiendo otra. Me tomé mi tiempo prolongando su agonía. Gritaba y suplicaba por su vida, llorando como un niño al que no han zurrado lo suficiente.

Me había visto, podría llamar a mi hermanastro y contarle lo ocurrido; era, sin lugar a duda, un daño colateral.

—¡No diré nada, lo juro! —lloró como si leyera mi mente.

—Si esto mismo se lo hubieses dicho a Mirage… ahora no estaríamos en esta situación. Con tu silencio has provocado tu

propia muerte.

Él me había obligado a darle un golpe en la nuca, cargarle hasta esta torre, atarle del tobillo y tirarle por el borde de la plataforma, para después contemplar las vistas en completa quietud y silencio.

Dejé caer la cerilla y un silbido agudo se elevó mientras las llamas lamían la cuerda y se propagaban hacia el cuerpo del joven atado por el tobillo y suspendido en el aire. Sus gritos se mezclaron con el sonido del viento golpeando los andamios y los pisos de la torre. Y yo permanecí allí, inmóvil, saboreando cada instante de miedo, consciente de que Milán entera brillaba bajo nosotros, ajena a la violencia que se acababa de desplegar en su nueva torre.

Yo no me moví. Dejé que su desesperación llenara el aire, como si la ciudad allá abajo pudiera escuchar su confesión en cada alarido. El fuego iluminaba su anatomía, quemando su ropa y su carne. Solo podía ver su rostro desencajado, mientras su piel se derretía por el calor intenso.

Mi mente se aferraba a los detalles. El fuego en las vigas metálicas, el olor de la gasolina ardiendo; mezcla acre y dulce, como plástico quemado, y el contraste entre la piel que se ennegrecía. Esos eran los elementos que registraba, porque así funcionaba mi cabeza: fragmentos, patrones, estímulos que se ordenaban como piezas de un rompecabezas.

No sentía culpa. Tampoco una satisfacción convencional. Solo la certeza de que cada acción seguía una secuencia lógica. Interrogar, presionar, obtener respuestas. Era un patrón, y yo lo cumplía con precisión.

El miedo de él no me afectaba. No entendía del todo cómo debía conmoverme o repelerme. Pero sí entendía que el miedo era la variable que podía romper su resistencia. En mi mundo, la ecuación era clara: dolor + fuego + altura = confesión o silencio eterno.

Disfrutaba con el control: la certeza de que el caos podía reducirse a un algoritmo que yo dominaba, que las personas

respondían a estímulos como máquinas con botones escondidos. Y yo… yo sabía dónde apretar.

—¡Basta… basta! —balbuceó, con la boca seca, los labios agrietados. Su cuerpo ardía a retazos, como papel consumiéndose en una hoguera.

—No tardarás en caer, y créeme… la caída será más dulce que seguir ardiendo.

Su garganta gimió algo ininteligible. Me incliné un poco más, aislando los sonidos de fondo, el viento, el crujir de la estructura metálica, el chisporroteo de la gasolina, hasta que solo quedó su voz. Necesitaba claridad. No emociones, claridad.

—¡Fue Vuk! —gimió—. Solo cumplía órdenes.

Su cuerpo se retorció y se agitó tanto que la soga cedió por la fricción y las llamas. Cayó al vacío como una bola incandescente los 114 metros hasta chocar con el asfalto. Su cuerpo crujió con aquel golpe seco y, por fin, se extinguieron sus alaridos.

No sentí nada al verlo desaparecer. Solo registré que el interrogatorio había terminado. Datos obtenidos, variables actualizadas, experimento concluido.

Me quedé allí, mirando el horizonte. El fuego aún danzaba en mi memoria, dibujando patrones contra la oscuridad. No belleza, no horror. Solo… geometría en movimiento.

—Aleksei… juro que te arrancaré la piel a tiras si le has hecho daño.

Capítulo 65

***Shadow* - Milán**

Sabía qué aeropuerto utilizaban en esa ciudad; yo mismo había pasado por sus controles gracias a los guardias sobornados por La Alianza. Ahora tendría que utilizar un disfraz y convencer a Jelena para que fuera mi ángel en la sombra.

***

El reloj marcaba las 5:47 de la madrugada cuando nos acercamos al perímetro del hangar privado de Linate. Sentía el frío de la noche colándose debajo de mi chaqueta, pero no había tiempo para quejarme. Frente a mí, el Hangar X brillaba bajo las luces de seguridad, imponente y silencioso.

Saqué el móvil y marqué el número de Jelena.

—Ahora. Hazlo sonar —susurré al ver a un guardia acercarse a nosotros para pedirnos las credenciales.

En segundos, las pantallas de vigilancia comenzaron a parpadear. Alertas rojas intermitentes recorrían los monitores: un incendio simulado en la zona de carga, humo virtual proyectado en las cámaras, sirenas lejanas que se activaban con un retraso perfectamente calculado. Jelena controlaba cada píxel, cada sensor, cada luz desde su escondite en una furgoneta. Podía sentir cómo la confusión se extendía: los guardias corrían hacia la falsa emergencia, y nosotros, Mirage y yo, teníamos vía libre.

Mirage se ajustó la gorra y sus botas resonaron por el pasillo del hangar mientras sorteábamos carros de mantenimiento. Los operarios corrían en dirección contraria, alertados por la alarma y los rociadores del techo.

Nos movimos con rapidez hasta donde mi hermanastro solía guardar su avión privado, perfecto para escapar en cualquier ocasión.

Pero esta vez me estaba esperando. Sus ojos fríos buscaban como un cazador acecha a su presa. De pie, justo detrás de Isabella.

Mi mujer tenía la mejilla enrojecida, el rostro desencajado; la había amordazado y tiritaba al contacto de ese ser sin alma. Mi hermanastro, el mismo que había atado a su pecho tanto C4 como para volar todo el hangar X y reducirlo a cenizas.

—¡Román, sé que eres tú quien ha activado la alarma de incendio! ¡Sal, puto cobarde! Siempre escondiéndote tras un rifle de francotirador. ¡No tienes cojones para salir! —el grito de mi hermanastro alteró aún más a Isabella, que gimió e intentó controlar el llanto.

Rememoré una situación parecida, pero aquella vez la rehén no era nada para mí y pude volar su cabeza con la misma facilidad con que se les cortan las alas a una mosca. Esta vez era diferente. Ver cómo la sujetaba con fuerza, su rostro de nuevo hinchado y el terror en los ojos conseguían que mi cuerpo se llenase de una electricidad y un peso enorme.

Quería gritar, pero no podía; descubriría mi posición y la de Mirage.

Cada segundo que pasaba parecía más largo que el anterior. Y mi mente no dejaba de repetir una y otra vez: "Deberías hacer algo"

Una mezcla de rabia y miedo me hacía temblar por dentro. Me daba cuenta de que estaba impotente, y esa impotencia me dolía físicamente.

Mi hermano continuaba gritando. Yo me tiré al suelo notando los primeros coletazos de una nueva crisis.

—¿Qué hacemos, Shadow? —pregunta Mirage acercándose a mí con el arma lista.

Gruñí, me agité y me froté las manos desesperado tras dejar el arma en el suelo. Pero ni siquiera con aquel ritual lograba calmarme. Mi mente está en un bucle constante de ira y miedo contenido.

Mi corazón retumbaba en las sienes. Tapé mis oídos a causa de la sirena que ahora sonaba más fuerte y me desconcentraba. Los olores de queroseno, caucho quemado y lubricantes embotaban mis sentidos.

Poco a poco consigo empujar mis miedos, encerrarlos en aquella caja oscura de mi mente.

—Ve de frente. Yo daré un rodeo y le dispararé por detrás —informó DK haciendo el amago de levantarme.

—Lleva una puta bomba atada al pecho, Mirage… controlado con un mando a control remoto. Es como una granada de mano; si pulsa el botón, volaremos por los aires.

—Entonces le sorprenderé por detrás y le quitaré el mando. —Recapacitó unos segundos antes de ponerse en marcha.

Asentí sin mucha convicción. No me gustaba jugar con la vida de la única mujer a la que había llegado a amar.

—¡Aquí estoy, hermano…! —grité saliendo de mi escondite, dejando que la luz iluminase mi cuerpo. Los brazos en alto, el arma sujeta con un dedo por la estructura metálica que cubría el gatillo.

—¡Tira el arma! —ordenó agitando a Isabella para que la escuchara gritar.

Le hice caso, la tiré y avancé con los brazos en alto. Isabella negaba con la cabeza con urgencia, indicándome que no fuera hacia ellos, pero ¿qué otra cosa podría hacer?

—Puto bastardo. Has matado a nuestro padre, el mismo que te tenía en un pedestal. Siempre estuve a tu sombra para el cónsul… ¿Y así se lo pagas? ¿Matándolo por un coñito prieto? —Agarró con fuerza el cabello rizado de Isabella y tiró con fuerza.

—Suéltala —dije con una voz neutra para no sonar a amenaza—. Me quieres a mí, hermano.

—Medio hermano —me recordó—. Tú solo eres el hijo raro de una puta. Una yonki que no dudó en venderte al cónsul para seguir

drogándose.

Asentí mirando el suelo. Para que él creyera que me hería con su veneno, pero en realidad analizaba el terreno. Intentaba descubrir lo que los ojos de Isabella intentaron decirme.

Por más que analizaba el suelo, los alrededores, todo era normal. Algo se me escapaba y era de vital importancia que encontrara lo que Isabella quería que viera.

De repente, un destello de luz apareció en mi radar; entre las gruesas vigas de metal se escondía un francotirador. Me tiré al suelo en el mismo momento en que el tirador accionaba el gatillo. No fui más rápido que la bala; el proyectil rozó el lateral de mi cráneo.

Caí al suelo aturdido; por suerte, el instinto de supervivencia me hizo seguir moviéndome, arrastrándome por el suelo para poner el avión en medio del arma y mi cuerpo.

Isabella gritaba y se retorcía en los brazos de mi hermanastro.

—¡Estate quieta, zorra! —gritó Aleksei intentaba retener a Isabella entre sus brazos.

DK tomó impulso con su cuerpo para lanzar un fuerte golpe a la muñeca de mi hermanastro. Aleksei no se esperaba ese ataque y su mano se aflojó, dejando caer el mando de la bomba. Isabella, al verlo, le dio un pisotón para zafarse de él y correr hacia mí.

Me senté, aún mareado.

La sangre corría por mi cara.

Vi un movimiento lejano y supe que era el francotirador buscando un buen ángulo de tiro. Me levanté como pude para llevarme a Isabella de allí, buscar un buen escondite y volver a ayudar a DK cuando escuché el clic metálico de un arma pegada a mi nuca.

—Vidimo se —dijo un esbirro de Aleksei.

Escuché con atención el chasquido del gatillo al ser accionado, después la pequeña detonación que haría salir al proyectil del arma e incrustarse en mi cerebro. Cerré los ojos con fuerza, dejé de respirar y… el esbirro de mi espalda hizo un ruido sordo al caer al suelo.

—Siempre tengo que salvarte el culo, Shadow… —dijo Jelena dando una calada a su cigarro.

Aleksei y DK seguían luchando mientras el mando que determinaría la vida o la muerte de Isabella seguía en el suelo sin ser reclamado. Ayudé a Isabella a quitarse la mordaza y desaté la soga de sus muñecas.

—No podía decírtelo. No sabía cómo, Román.

—Tranquila —estudié el chaleco bomba con determinación. El mínimo contacto en falso de los cables que debía cortar y la bomba estallaría. Busqué el mando; tanto DK como Aleksei intentaban conseguirlo entre golpes, patadas y puñetazos. Por desgracia, el mando estaba a tiro del francotirador del techo y no podía salir y exponerme.

—Jelena… —Solo hizo falta una mirada para que entendiera mi plan.

Salí corriendo a por el mando; Aleksei me miró con furia y golpeó con todas sus fuerzas a DK en la mandíbula. Este perdió el conocimiento y el golpe seco de su cuerpo resonó en la gran sala diáfana. Su sonrisa se transformó en un grito de victoria al ver el puntero rojo de su aliado justo en mi frente.

El sonido del disparo de la pistola de Jelena llegó antes que ella, que había rodeado el avión de mi hermano para disparar al francotirador. Su cuerpo quedó colgando de la viga y su sangre goteó, manchando el suelo del hangar.

Jelena llegó junto a mí y apuntó a Aleksei justo cuando se acercaba con la amenaza de iniciar una lucha conmigo.

—Yo que tú, no lo haría.

—Jelena, cuánto tiempo…

Desconecté el mando del chaleco bomba y asentí a mi amiga. Jelena me pasó un arma y, mientras yo apuntaba a Aleksei, ella fue a despertar a DK con varias patadas y a quitarle el chaleco a Isabella. Cuando DK e Isabella se alejaban, Jelena regresó hasta su objetivo principal.

—Hace años que estaba esperando este momento —dijo Jelena, apuntó a la pierna de su enemigo y disparó. Aleksei gritó y se agachó a cubrir la herida de bala.

—Necesitas un entretenimiento… —gimió sarcásticamente.

—*Serem ti se u život —insultó Jelena en su idioma materno, aunque solo consiguió que mi hermano se riera. Se levantó la pernera del pantalón, sacó una pistola que tenía escondida allí y comenzó a disparar, hiriendo a Jelena en una pierna.

*Me cago en tu vida

Las luces se apagaron y las puertas del hangar comenzaron a cerrarse.

Capítulo 66

Isabella - Milán

DK tiró de mí al ver las grandes puertas metálicas del hangar X cerrarse. Se apresuró para salir de allí sin mediar palabra.

—¡No! ¡Román! —grité al ver que se quedaba atrás.

En el silencio de la noche pudimos escuchar el rugido de varios coches acercándose rápidamente y llegando hasta nosotros. El chillido agudo de sus frenos se coló en mis oídos y el olor a goma quemada me sobresaltó.

Hombres y mujeres salieron de los coches con sus armas listas para comernos a balazos cuando DK sacó su placa y alzó los brazos.

—¡Soy de la Interpol! —gritó poniéndose de rodillas—. De rodillas, Isabella. Haga caso, ya.

Fui a arrodillarme cuando una onda expansiva me tiró al suelo. Giré sobre la pista, desorientada y con un fuerte dolor de cabeza. No sabía qué estaba pasando; la cabeza me daba vueltas y la sentía como envuelta entre algodones cuando giré el rostro y lo vi. El hangar X destrozado por la bomba era un amasijo de metal incandescente y retorcido que escupía fuego y humo negro.

—Román… —murmuré cuando la oscuridad me engullía.

***

Intenté descansar en una maldita silla de plástico del hospital, rodeada de policías atentos a cada movimiento del pasillo. Pero mi mente parecía no estar conectada a mi cuerpo. No podía ni quería estar presente en aquel lugar que olía a desinfección, una esterilidad fría que crispaba mis nervios.

Los médicos me llamaron para entrar nuevamente a la consulta tras llevarme a cabo varias pruebas; pasé como un zombi dejando a mis guardaespaldas fuera de la consulta. Me senté y apenas escuché lo que aquel doctor italiano con cara de compasión me decía. Solo

me centré en su expresión: ojos ligeramente entrecerrados, cejas arqueadas hacia arriba, comisura hacia abajo…

Asentí a todo lo que me decía sin entender una palabra; después me levanté dejándole con la palabra en la boca y me fui de allí sin mirar atrás.

Nada más salir, pude ver de nuevo a mis guardaespaldas, uno a cada lado. Me siguieron por el pasillo, aunque no sabía a dónde iba.

DK me hizo detenerme.

—Isabella, hemos encontrado esto —dijo sosteniendo una bolsita cerrada; en su interior unas chapas militares; en una de ellas pude leer el grabado: Shadow.

Se las quité de un tirón y las apreté contra mi pecho. Las miré de cerca mientras tomaba asiento. La chapa se había manchado de cenizas y hollín.

—Estaban alrededor del cuello de un cuerpo calcinado. Lo siento, Isabella. Sé que no es buen momento para hablar de estos temas, pero necesito que nos ayudes a desarticular La Alianza contándonos lo que sabes de tu padre; solo así podré darte asilo político para ti y para tu bebé.

—¿Bebé? —murmuré, rozando mi vientre liso. Un gesto que había visto tantas veces a mujeres embarazadas. Un roce que me parecía de lo más estúpido, ya que era evidente que no podría sentirlo a tan temprana etapa del embarazo. Pero aun así necesitaba sentir que era verdad. Que dentro de mí permanecía una parte del hombre que había amado.

—Entiendo que es tu padre, pero… —continuó DK, con voz grave, intentando suavizar la tensión en sus palabras—. Si queremos detener a La Alianza antes de que más gente salga lastimada, necesito que confíes en mí.

Me quedé unos segundos en silencio, mirando las chapas todavía calientes en mi mano. Cenizas, hollín… y un nombre grabado: Shadow. Todo lo que creía cerrado en mi pasado volvía a abrirse con

violencia. Podía sentir el temblor de mi cuerpo, no de miedo, sino de impotencia.

DK inclinó ligeramente la cabeza, observándome con la paciencia de alguien que ha visto demasiadas tragedias. La compasión en su mirada me molestó; era como si quisiera curar un dolor que ni él podía comprender.

Mi mente dio vueltas, y el recuerdo del rostro de mi padre se mezcló con la sensación fría de la muerte y las cenizas. El bebé, mi bebé… era la única promesa de que algo podría sobrevivir a todo esto.

—Está bien… —murmuré finalmente—. Te contaré lo que sé, pero no me mires con lástima. No quiero lástima.

DK asintió, con la mirada firme, sabiendo que detrás de esas palabras había una decisión difícil: la de confiar en alguien después de tanto daño.

Capítulo 67

Isabella – Peñíscola, España - cuatro años después.

Nuestra casa se alza en lo alto de una montaña. Tan blanca que reflejaba la luz dorada del atardecer. Desde el gran ventanal podía ver el Mediterráneo, sus colores azules y turquesas mezclados con el dorado en las crestas de las olas y, a lo lejos, el castillo del Papa Luna.

El aroma a mar mezclado con el perfume dulce de la vegetación llenaba el aire, y el sonido de las olas rompiendo suavemente en la arena servía de banda sonora constante.

Disfrutaba de la algarabía que mi hijo era capaz de crear a cada segundo, de sus ocurrencias y fechorías; porque sí, me pintaba las paredes, las cortinas y asaltaba la despensa para comer chucherías a escondidas.

Desde mi escritorio podía verle jugar con sus puzles, tirado en la alfombra de mi habitación y concentrado en cada dibujo y forma para encajarlo.

Respiré profundamente y me centré en el cometido de cada tarde, me giré y acomodé el bolígrafo en mi mano, abrí el diario y escribí:

Querido Román:

Nuestro hijo crece cada día más. Hoy ha empezado el colegio, tras un largo verano rebosante de sol y arena en la playa.

Ayer me preguntó por qué los demás niños de su clase tienen padre y él no. Le sigo diciendo que tu trabajo te lleva a lugares lejanos; le he mostrado tus chapas del ejército, contándole que estás salvando al mundo. Ojalá fuera cierto… Espero que, cuando sea un poco mayor y menos inocente, pueda escuchar la historia real.

Deseo que puedas verlo desde donde estés. Es tu vivo retrato. A veces me parece que me observa a través de esos ojos tuyos, aunque los de él están llenos de amor y calidez, a pesar de ser de un tono tan frío como el hielo.

Aun sin ti, intento enseñarle a ser valiente, a comprender que hay personas que sacrifican todo por los demás. Cada vez que lo abrazo, siento que una parte de ti sigue aquí, viviendo en él, en su risa y en sus silencios.

Román, tu recuerdo es doloroso y hermoso a la vez. Me aferro a él para seguir adelante, para darle a nuestro hijo un mundo donde pueda sentirse seguro y amado, incluso sin ti. No puedo traer de vuelta lo que perdimos, pero puedo asegurarte que tu memoria nos acompañará siempre.

Creo verte en cada calle y rostro que se cruza en mi camino; mi mente me confunde y mi psicólogo dice que es normal tras lo ocurrido. El duelo es una perra rabiosa que a veces muerde a su presa y no la suelta. Y yo te tengo vivo en mi recuerdo y puedo matarte. Es más fácil mentirme y hacer como que en cualquier momento abrirás esa puerta, me tomarás en brazos y dirás que estás en casa.

Testifiqué en contra de mi padre y muchos políticos han caído con él. Me alegro de que por lo menos se haga justicia. A mi padre le comunicaron mi muerte y pude verle muy demacrado por las noticias, como si la vida para él no significase nada.

La Alianza tiene sus formas de esconderse y estoy casi segura de que todos ellos siguen escondidos y esperando a que se calme la marea para volver a salir.

Pero nosotros seguimos escondidos en España, y yo vigilo sin descanso a nuestro pequeño por miedo a que esos fantasmas salgan de nuevo.

Sé que debí cambiar y no transmitirle ese terror al salir a la calle, pero se me hace casi imposible sin ti.

Yo también me he transformado en un fantasma, muerta en vida sin ti. Me maquillo, me armo de valor y la rutina se lleva momentáneamente mis penas, pero cuando llega la noche, llegan las sombras, y tú eres la única que quisiera ver.

Con amor eterno,

Isabella.

Capítulo 68

Isabella

Peñíscola por fin recobró la calma, casi aburrida, se podría decir… En esta época del año, cuando ya los colegios en España habían comenzado, todos los veraneantes habían regresado a sus casas y a sus rutinas.

Para mí era el mejor momento; podíamos recorrer el Casco Antiguo sin chocar con los turistas y mi cabeza prestaba atención a cada acento que escuchábamos. Todo acento serbio, ruso o italiano, para mi cerebro, era un remanente de La Alianza dispuesto a secuestrar a Adrián.

Charlaba con los comerciantes y veíamos el mar desde aquella zona elevada. Mi hijo corría por las cuestas empedradas de la ciudadela y, aunque algunas resbalaban, él siempre se ponía en pie sin rechistar.

Intentaba ser una madre presente para su hijo; tal vez me impulsaba el darme cuenta de que debía suplir el hueco que Román nos dejó en esta pequeña familia.

Pero podía verle en esos ojos claros, en cómo fruncía el ceño al concentrarse, en cómo observaba todo con determinación e interés…

Yo lo seguía con calma, observando cómo sus dedos rozaban las paredes encaladas, como si quisiera asegurarse de que todo aquello era real.

Adrián se agachó y tomó una pequeña semilla y vino corriendo a entregármela. Su manita tierna, pequeña y suave rozó la mía.

—Mamá, tenemos que plantarla en el jardín. —Su sonrisa iluminó sus ojos inocentes.

—Claro, cariño.

Sí, él era la prueba de que incluso en las ruinas, algo podía florecer.

Regresamos pasando por la Avenida del Papá Luna, junto a la playa. El castillo quedaba a nuestra espalda, majestuoso y vigilante, como si observara cada uno de nuestros pasos. El viento marino me despeinaba, y la brisa, salada y cortante, me llenaba los pulmones.

Adrián subía por la barandilla y corría incansable hasta que se tiró hacia la arena. Por más que le decía que no se alejara, no hacía caso. Corrió a un parque en forma de barco dentro de la playa donde imaginaba que era un pirata y surcaba los mares.

Mi pulso se aceleró. Lo perdí de vista por un instante y sentí el vértigo de aquellos años oscuros volver a apoderarse de mí.

Aceleré el paso, pero entonces lo vi: un hombre se había detenido frente a él. No era un turista más. Su ropa era demasiado sobria para el calor de la tarde, y su mirada no se fijaba en las murallas ni en las buganvillas, sino en mi hijo. Adrián, ingenuo, lo miraba con la curiosidad desarmada de sus cuatro años.

—Adrián —llamé; la voz me salió rota, más un grito que un susurro.

El niño giró la cabeza hacia mí, sonriendo como si nada ocurriera. Pero yo solo podía ver al extraño, esa sombra inesperada

en medio de la luz mediterránea. Cada fibra de mi cuerpo me gritaba que lo apartara, que lo protegiera. El corazón me golpeaba con violencia, mis manos temblaban como en los días más duros, cuando todo era miedo y huida.

Corrí hacia ellos; el aire se me hacía cada vez más denso, y mientras me acercaba no podía dejar de pensar que la historia nunca termina de morir, que las heridas del pasado siempre buscaban nuevas formas de alcanzarnos.

El hombre se giró despacio. La luz del atardecer me golpeó en los ojos y tardé un instante en reconocerlo. Entonces, el mundo se detuvo.

Una cicatriz atravesaba ahora su pómulo, dura como un recuerdo que nunca sana. Sus ojos, capaces de atravesar cualquier máscara, seguían siendo pozos fríos que miraban con dureza aún sin proponérselo.

Mis piernas temblaron y mi corazón golpeó con tanta fuerza que me costaba mantenerme en pie.

Aquel hombre se agachó para ponerse a la altura de Adrián, mirándolo con fascinación e incredulidad.

—Román… —murmuré, con un hilo de voz que el mar casi devoró.

Él sonrió de lado, esa sonrisa que recordaba demasiado bien, aunque ahora estaba torcida, marcada por la cicatriz y por algo más oscuro que no supe nombrar.

El mar rugía detrás de él, y en ese instante supe que nada volvería a ser sencillo.

Adrián se apartó, fascinado por las olas, dándome el espacio que no sabía si deseaba. Román se quedó de pie frente a mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo a pesar del viento frío que soplaba desde el mar.

No sabía si golpearlo, gritarle o caer de rodillas. Todo en mí ardía de rabia y amor, mezclados como fuego y ceniza.

—Estás muerto —susurré, con lágrimas que no había sentido resbalar.

—Lo estuve… para ti —respondió con voz ronca, rota por silencios y recuerdos.

Su mano tembló un instante, dudando, antes de rozar mi mejilla. Fue un roce fugaz, pero sentí que el tiempo se desgarraba. La cicatriz en su pómulo lo hacía parecer un desconocido; sin embargo, en ese roce reconocí cada noche, cada palabra, cada herida que compartimos.

No pensé. No razoné. Solo me lancé hacia él, como si el mar me empujara, y nuestros labios se encontraron en un beso que no fue dulce ni pacífico, sino desesperado, violento, como un choque de mundos que se creían perdidos.

El salitre nos quemaba la piel, la arena se pegaba a nuestros zapatos, y aun así lo único que importaba era verlo de nuevo, vivo, reclamando un lugar que yo misma había implorado en mi memoria.

Cuando me separé, con el aliento entrecortado, lo miré a los ojos.

—No vuelvas a desaparecer —le dije, temblando, sabiendo que la mentira y la verdad eran dos caras de lo mismo.

Román no respondió. Solo me miró con esa mezcla de ternura y oscuridad.

Capítulo 69

***Shadow* - Unos meses más tarde**

Mi hijo, sangre de mi sangre, hundía sus manos en la tierra húmeda con tal solemnidad que me arrancaba una risa.

Había decidido enterrar los recuerdos en el jardín trasero. Jamás lo olvidaremos, pero debemos desprendernos de lo viejo y avanzar hacia un nuevo comienzo.

—Vamos a tener que cavar un poco más, campeón —le indiqué al ver que solo con la pala, con la cual jugaba con la arena, no bastaba.

—¡Claro, papi! —gritó, y aquella última palabra tenía el poder de atravesarme el pecho como un disparo.

Lo dijo con tal naturalidad, como si siempre hubiese estado allí, como si jamás hubiera desaparecido de su vida. Reí con él, aunque por dentro sentí un temblor, un desgarro que no se ve.

Isabella apareció entonces, más hermosa y fuerte que en mis recuerdos, aunque sus ojos arrastraban cicatrices que ni el tiempo ni el mar podían borrar. Traía en brazos una caja negra. No dijo nada. Solo me la tendió.

La abrí con las manos temblorosas. Dentro, sobre un terciopelo oscuro, había una nota con letras firmes: "No hay redención sin dolor". Y bajo la nota, mi cadena y las chapas militares, esas que una vez llevé como si fueran un amuleto y que ahora pesaban como un castigo.

Tomé la pala grande, la que utilizaba en la reconstrucción del jardín, y la hundí en la tierra para después pisarla y clavarla hasta el fondo. Creé un hueco tan amplio como la caja que quería enterrar.

—He ayudado a papá a hacer el agujero. Sin mí no hubiera podido hacerlo, mamá.

—Lo sé, cariño.

—¿Qué es eso? ¿Y por qué lo vais a enterrar? —preguntó con curiosidad.

El silencio se volvió espeso. El niño nos miraba, curioso, sin comprender el peso de aquella caja. Yo tragué saliva, intentando que mi voz no se quebrara.

—Es mía… —susurré. Tomé la caja y me agaché hasta quedar a la altura de mi hijo— Cuando nos hacemos mayores, hay cargas que es mejor dejar ir.

—O podrían aplastarte… —terminó Isabella.

Adrián nos miró extrañado, sin entender ni una sola palabra.

—Lo entenderás cuando seas mayor, cariño.

Isabella asintió, y entonces lo entendí: era el momento. Era un cierre. Una tumba para lo que habíamos sido.

Lo deposité en el hueco y lo cubrí. Me quedé mirando el pequeño montículo de tierra recién removida. El niño aplaudió satisfecho y me abrazó la pierna como si nada importara. Y yo, el francotirador de La Alianza, el hombre que había sobrevivido a la guerra y a la mentira, entendí que aquella tarde, en un jardín cualquiera, acababa de ser enterrada la última sombra de lo que fui.

Isabella se encontraba a mi lado. No decía nada, pero en su mirada cabía todo: el reproche, la herida, la ternura, la duda y esa fuerza suya que me había salvado tantas veces de mí mismo sin siquiera saberlo.

La tomé del rostro con cuidado, como si temiera que se deshiciera en el aire, y la besé. Fue un beso distinto al de la playa, menos violento, más profundo. No era un estallido, sino una promesa quebrada: el reconocimiento de todo lo perdido y, al mismo tiempo, de lo que aún podíamos construir.

Ella no se apartó. Cerró los ojos y, por un instante, dejó que el mundo se detuviera conmigo. Sentí el salitre de lágrimas no

derramadas, el temblor de una mujer que había soportado demasiado y aun así seguía en pie.

Cuando nos separamos, Isabella respiró hondo, como si hubiera cruzado un umbral.

—Esto no borra nada, Román —murmuró.

—Lo sé —respondí, acariciando su mejilla—. Pero quizá sea un comienzo.

El niño corrió hacia nosotros, abrazándonos con sus manitas, y su risa clara rompió la gravedad de la tarde. En ese instante entendí que la verdadera redención no estaba en enterrar mi pasado, sino en estar allí, con ellos, luchando por un futuro.

—Solo puedo prometerte una cosa: que no volverán a tocarte. — susurré, mi voz grave y temblorosa por la emoción contenida. Miré a nuestro hijo con determinación. —Pobre del que intente eliminar lo que me da felicidad: reduciré su mundo a cenizas antes de arrancar su corazón con mis propias manos. Conocerán el monstruo que puedo llegar a ser si me arrebatan mi razón de vivir.

Y en el último respiro del día, bajo el cielo que se teñía de naranja sobre Peñíscola, la besé de nuevo, sellando no un final, sino un nuevo principio.

Agradecimientos

Tengo tanto que agradecer, que no encuentro por dónde empezar. Gracias a mis lectores cero, a la corte de brujillos tiktokeros y a mis mafiosillos. Es un honor formar parte de vosotros.

Margarita Rodríguez, mi madre, mi lectora cero, beta, correctora y todo en mi mundo. Gracias por todas las horas de lectura y por ser siempre la primera en creer en mis historias. Este libro lleva mis palabras, pero también lleva tu voz, tu apoyo y tu luz. Sin ti, nada de esto habría sido posible.

Nina Mor, gracias a ti empecé a escribir un mafia romance. Sabes que jamás había tocado este género. He de decir que ha sido toda una experiencia. Me ha encantado meterme en este nuevo universo lleno de mafiosos, y todo ha sido gracias a esa frase: "¿Te atreverías a escribir un mafia romance?"

Eva, mi killer, gracias por tus propuestas, tus ideas y, sobre todo, por dedicarme tu tiempo. Para mí es muy valioso y tú me lo entregas con amor. Gracias por tus charlas para darle alma y nombre a Shadow.

Angely, mi ángel de guarda, mi correctora y amiga. Que los vídeos que te mandó no te den un infarto… que me quedaría sin ti.

Isa book, gracias por toda la ayuda que me has brindado. Un pequeño error nos hizo encontrarnos; tal vez fue el destino juntando a dos tocayas con las mismas taras mentales, pero aquel error se transformó en un gran acierto. Gracias.

Gracias a mi familia por seguir ayudándome y alentándome a seguir en este mundo de letras mezcladas. Donde la raíz de cada una está impregnada con amor. El mismo amor que ellos destilan y que nos une.

Y el último, pero no menos importante, mi marido, compañero silencioso de mis desvelos, sostén de mis dudas y cómplice de cada palabra que nace en mi mente. Gracias por creer en mí incluso cuando yo misma dudo, por caminar a mi lado entre párrafos y sueños, por celebrar cada logro y sostenerme en cada caída.

A todos os debo no solo estas letras, sino también la certeza de que, en este mundo vasto y a veces incierto, nunca estoy sola. Cada letra que escribo lleva un poco de vuestro amor, y cada historia que nace lleva la fuerza de vuestra presencia en mi vida.

¡Gracias por leer mi libro!

Si disfrutaste de esta historia, por favor, te agradecería mucho que dejaras una reseña en Amazon. Tu opinión ayuda a otros lectores a descubrir mi trabajo y me motiva a seguir escribiendo.

¡Gracias por tu apoyo!

***

Puedes seguirme en mis redes sociales

@isabelroman88

@isabel.roman8